



Cuentos de Boccaccio de

Lectulandia

Compilado de cuentos escritos por el autor en el siglo XIV.

Giovanni Boccaccio

Cuentos de Boccacio

ePub r1.0

Titivillus 21.11.2019

Giovanni Boccaccio, 1965
Traducción: A. Espina

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

CUENTOS DE BOCCACIO

Giovanni Boccacio

PROLOGO

Boccaccio o Boccacio nació en 1313, según unos en Certaldo, pueblecito de la Toscana, y según otros, en París, donde dicen que su padre lo tuvo de una muchacha francesa. Era muy niño cuando lo llevaron a Florencia, donde permaneció hasta 1330, cuando se trasladó a Nápoles.

En esta ciudad vivió, distribuyendo su tiempo entre el estudio, el arte y el amor, unos diez años. La figura literaria de Boccacio es muy importante, porque influye extraordinariamente en todo el Renacimiento. Su penetración en España es muy acusada ya en el siglo xv, y sus principales obras —la *Fiammetta*, el *Laberinto d'Amore* y *El Decamerone*— se tradujeron muy pronto al español y al francés. Giovanni Boccacio estuvo relacionado con todos los literatos de su tiempo y fue amigo y en cierto modo discípulo de Petrarca, cuyo trato frecuentó en Venecia. Parece que viajó mucho por Italia, que fue hombre dado a todos los placeres de la carne y del espíritu y que llegó a poseer una cultura excepcional.

Era Boccaccio, según el retrato físico que de él nos ha dejado su contemporáneo Filippo Villani, un hombre rubio, alto, corpulento, de facciones incorrectas pero expresivas, ojos vivos e irónica sonrisa. Estaba muy bien relacionado socialmente aunque nunca dispuso de verdadera fortuna, pero siempre se las compuso de manera que pudo llevar una vida holgada y señorial. El príncipe Roberto de Sicilia y otros magnates le protegieron constantemente seducidos por el encanto de su ingenio, su finura y su carácter cordial y sincero. Boccaccio tenía amigos en todas partes; conquistó pronto nombradía y prestigio y disfrutaba de gran favor entre las damas. Tuvo varios hijos de sus amantes, entre ellos una niña a quien quería con delirio, Violante, que murió muy joven. Además de *El Decamerón*, obra maestra del gran escritor, compuso poemas líricos y amorosos, como *Ninfane Fiesolano*; épicos, como *La Tesaida*, y el tratado erudito *Genealogía de los Dioses*.

Según explica Boccaccio en la introducción de su obra *El Decamerón*, siete damas y tres caballeros amigos suyos, se instalaron, con su servidumbre,

en una quinta de los alrededores de Florencia huyendo de la peste, que en 1348 asoló a esta ciudad.

Para distraerse y pasar agradables veladas acordaron contarse historietas, que había de constituir un conjunto de ciento, a diez por cada uno de los amigos allí reunidos. Muchos de estos relatos pecan de insulsos o de oscuros, por aludir a sucesos que sólo tuvieron resonancia en la época y ofrecen escaso interés para los lectores modernos. Pero bien puede seleccionarse más de una tercera parte de la colección, verdaderamente ingeniosos, originales y divertidos. En todo caso, representan lo más característico de una obra tan célebre como *El Decamerón*, consagrada universalmente. Murió el gran escritor renacentista en Florencia, el año 1375.

Los nombres que da Boccacio a los diez supuestos narradores y comentaristas de los cuentos son: los de las damas Pampinea, Fiammetta, Filomena, Emilia, Lauretta, Neifile y Elisa, y los de los caballeros, Filostrato, Pánfilo y Dioneo.

EL CASTIGO ESQUIVADO

En el país de Lunigiana, no muy distante del nuestro, existe un monasterio cuyos religiosos eran antes modelo de devoción y santidad. Hacia el momento en que comenzaron a degenerarse, vivía entre ellos un joven monje, en el cual las vigiliass y austeridades no lograban reprimir el aguijón de la carne. Habiendo salido un día a la hora meridiana, es decir, mientras los otros monjes hacían su siesta, y paseándose solo alrededor de la iglesia, situada en sitio solitario, la casualidad le deparó encontrarse con la hija de cierto campesino de la comarca ocupada en recoger hierbas en el campo.

El encuentro de esa joven, que era bastante linda y esbelta, hizo en el religioso la más viva impresión. Encárase con ella y entabla conversación; cuéntala cosas muy agradables, conduciéndose de tal suerte en su plática que muy pronto los dos están acordes. Llévela al convento y la introduce en su celda, sin que nadie lo viera. El lector comprenderá las delicias que entrambos gozarían.

Sólo me permitiré deciros que sus transportes eran tan ardientes y poco mesurados, que al padre superior, que había concluido su siesta y se paseaba tranquilamente por el dormitorio, llamóle la atención, al pasar por delante de la celda del monje, el ruido que hacían. Acércase silenciosamente a la puerta, aplica el oído a la cerradura y oye con claridad una voz de mujer. Su primer impulso fue llamar, mas luego mudó de opinión, comprendiendo que era mucho mejor, de cualquier modo, que se retirara a su celda sin decir palabra, aguardando que saliese el joven monje.

Aunque éste estaba muy ocupado y el placer lo había puesto casi fuera de sí, en un momento de reposo creyó oír pasos en el dormitorio. En el acto se dirige de puntillas a un agujero que había en la pared de su celda y ve al abad que escuchaba. Desde entonces no dudó que todo lo había oído y se creyó perdido. La sola idea de las reconvenciones y el castigo a que se había hecho acreedor, le hacía temblar; no obstante, sin dejar ver a su querida su turbación y temor, busca en su caletre un expediente para salir airoso, a lo menos hasta donde fuera posible, de tan cruel aventura. Después de reflexionar un

momento, encuentra uno asaz hábil, si bien malicioso en extremo, que le sale a pedir de boca. Fingiendo no poder retener por más tiempo a su lado a la joven campesina:

—Me voy —la dice— para ocuparme en el modo de hacerte salir de aquí sin que seas vista por alma viviente; no hagas ruido ni temas nada; pronto vuelvo.

El monje sale, cierra la puerta con doble vuelta, encamínase derechamente al cuarto del abad, le entrega la llave de su celda según costumbre de todo religioso cuando sale del convento y le dice con la mayor tranquilidad del mundo:

—Como no he podido esta mañana hacer trasladar toda la leña que se ha cortado en el bosque, voy a ocuparme ahora de transportar la que queda, si vos me lo permitís, reverendo padre.

Esto probó al abad que el joven monje estaba muy lejos de suponer que había sido descubierto. Encantado de su error, que le daba el medio de convencerse con mayor evidencia de la verdad, aparentó ignorar lo acontecido, tomó la llave y le dio permiso para dirigirse al bosque. Desde que le hubo perdido de vista estrujó su imaginación para ver el partido que debía adoptar. La primera idea que le vino a la mente fue abrir el cuarto del culpable a presencia de todos los monjes, a fin de que luego no se sorprendiesen del duro castigo que le preparaba; mas reflexionando que la joven podría pertenecer a honrada familia o que podía ser una mujer casada, cuyo marido mereciese atenciones, creyó de su deber, ante todo, ir en persona a interrogarla, para tomar luego el partido que mejor le pareciese. Dirígese, pues, al encuentro de la linda prisionera, y habiendo abierto la celda con toda precaución, penetra en ella y cierra la puerta tras sí.

Cuando la joven, que permanecía silenciosa, le vio entrar, quedó toda confusa y avergonzada, y temiendo alguna afrenta terrible echóse a llorar. El abad, que la miraba de reojo, sorprendido de encontrarla tan bella, condolióse de sus lágrimas y, trocando la ira en compasión, no tuvo fuerzas para dirigirle el más pequeño reproche. El demonio va siempre tras de los monjes; así, pues, se aprovecha de este momento de debilidad para tentar a nuestro abad, tratando de revivir en él el aguijón de la carne.

Preséntasele la imagen de los placeres que ha gustado su joven cofrade, y muy pronto, a pesar de las arrugas de la edad, el padre abad, experimentando el deseo de gustar otros parecidos, dícese en su interior: «¿Por qué privarme de un bien que se me viene a la mano? Bastantes privaciones sufro para que tenga que añadir ésta. En verdad, esta joven es deliciosa. ¿Por qué no tratar de

inducirla a los fines que me propongo? ¿Quién lo sabrá? ¿Acaso puede divulgarse este negocio? Pecado secreto está mitad perdonado. Aprovechémonos, pues, de una fortuna que tal vez no volverá a presentárseme nunca más y no desperdiciemos un placer que el cielo nos envía».

Animado de tales propósitos se acerca a la hermosa afligida, y tomando un aire muy distinto del que tenía al penetrar en la celda, trata de tranquilizarla suplicándola con dulzura que no se desazone.

—Cese vuestro llanto, hija mía, comprendo que habéis sido seducida, por lo tanto no temáis que os haga ningún daño; preferiría, al contrario, hacérmelo a mí mismo.

Enseguida ensalza su talle, su rostro, sus lindos ojos y se expresa con tal suerte y con un tono que deja ver su pasión.

Ya se comprenderá que la joven, que no era de hierro ni de diamante, no opuso gran resistencia. El abad aprovechó de su facilidad para hacerla mil caricias y darla mil besos cada vez más apasionados. Luego la atrajo junto al lecho, y al objeto de inspirarle valor sube él primero. La ruega, la solicita que siga su ejemplo, lo que hace ella después de algunos melindres. Mas ¿creeráse que el viejo libertino, con el pretexto de no fatigarla con el peso de su reverencia, que en verdad no era flaco, la hizo tomar una postura que habría debido adoptar él y que otro cualquiera, por cierto, no hubiese desdeñado?

Con todo, el joven monje no se había encaminado al bosque, sino que simuló hacerlo, escondiéndose en un sitio poco frecuentado del dormitorio monacal. Apenas vio al reverendo padre abad entrar en su celda, cuando desechó todo temor, comprendiendo, desde luego, que la maliciosa jugarreta que acababa de imaginar surtía el efecto deseado. Para convencerse de ello acercóse con cautela a la puerta y observó por un pequeño agujero que él sólo conocía cuanto pasaba con la niña y el muy reverendo padre.

Cuando éste quedó satisfecho del todo y hubo convenido con la joven lo que se proponía hacer, abandonándola, cerró la puerta con llave y se retiró a su cuarto. Al cabo de un rato, sabiendo que el monje se hallaba en el convento y creyendo de veras que volvería del bosque, lo llamó enseguida, con intento de reprenderle vivamente y mandarlo al calabozo, a fin de deshacerse de un rival y poder gozar exclusivamente de su conquista.

Desde que le vio entrar púsose muy serio. Después de reprenderlo con acritud y de anunciarle el castigo que le tenía reservado, el joven monje, que no se había desconcertado un momento, se apresuró a contestarle:

—Mi muy reverendo padre: yo soy neófito todavía en la orden de San Benito para conocer todas sus reglas. Verdad es que me habéis enseñado los ayunos y las vigiliass; pero jamás me habíais dicho que los hijos de nuestra Orden debiesen dar a las mujeres la preeminencia y humillarse debajo de ellas: ahora que vuestra reverencia me ha dado el ejemplo, os prometo no echarlo en saco roto, si me perdonáis mi falta.

El padre abad, que no era lerdo, comprendió en el acto la indirecta del monje y que había visto cuanto hiciera con la aldeana. Así que, muy avergonzado de su propia falta, no se atrevió a hacerle aplicar un castigo de que se había hecho tan merecedor como el joven. Perdonóle, pues, de buen grado, imponiéndole silencio sobre cuanto había pasado. Ambos tomaron sus medidas para hacer salir del monasterio sigilosamente a la joven, y es más que probable también que para hacerla entrar en él otras muchas veces.

EL ESPLÉNDIDO

En la ciudad de Pistoya, poco distante de Florencia, había un caballero de antigua e ilustre familia, llamado Francisco de Vergellesi, el cual era riquísimo, pero muy avaro, aunque hombre de bien, ingenioso y de grandes conocimientos. Habiendo sido nombrado podestá de Milán, montó su casa a todo tren, para poder figurar honrosamente en aquella ciudad, a dónde estaba a punto de llegar. Sólo le faltaba un caballo de silla, y como lo quería muy bueno, no encontraba ninguno que lo satisficiera del todo.

Había por aquel tiempo en la misma ciudad de Pistoya un joven llamado Ricardo, de origen oscuro, pero inmensamente rico. Vestía con tal gentileza y elegancia, que se le apellidó el *Espléndido* y sólo se le nombraba así. Este joven estaba perdidamente enamorado de la mujer de Francisco de Vergellesi; sólo la vio una vez, pero su belleza y encantos habían causado tal impresión en su ánimo, que habría sacrificado toda su fortuna por el solo placer de ser amado de aquella beldad.

Ningún medio dejó de poner en ejecución para Hacerse valer a los ojos de aquella mujer, pero en vano; el marido la tenía tan guardada, que ni siquiera había logrado hablarla. No ignoraba Francisco el amor que Ricardo sentía por su cara mitad, y sobre ello le bromeaba cada vez que se veían. Éste se chanceaba a su turno respecto a lo celoso que estaba, no impidiendo esas recíprocas burlas que los dos fuesen muy buenos amigos.

Como el *Espléndido* poseía el más hermoso caballo de toda la Toscana, aconsejaron al marido que se lo pidiera, dándole a entender que el galán era capaz de regalárselo, en atención al cariño que profesaba a su mujer. Francisco, devorado por su avaricia, accedió a ello, mandando un recado al *Espléndido* para que fuese a verle a su casa. Cuando estuvo allí, le preguntó si quería vender su caballo, no tanto porque deseara comprárselo, sino para ver si se lo regalaba. Encantado el *Espléndido* de la propuesta, contestóle que no le vendería por todo el oro del mundo:

—Mas por mucho que le aprecie —añadió— os lo regalo si me permitís tener una entrevista con vuestra esposa, a presencia vuestra, siempre que os

coloquéis a distancia conveniente para no oír lo que diga.

Aquel marido fue bastante vil para dejarse dominar por el interés; por lo tanto, contestó no tener reparo en ello, estando seguro de la virtud de su mujer y creyendo burlarse después del *Espléndido*. Déjalo solo en la sala y se dirige al momento en busca de su mujer, a quien cuenta lo que acaba de suceder, suplicándola tuviese a bien hacerle ganar el magnífico caballo de Ricardo.

—Tal complacencia —la dijo— no debe apenaros en lo más mínimo; yo estaré presente. Os prohíbo, sobre todo, que le déis contestación a sus preguntas. Venid a oír lo que tiene que deciros.

La señora Vergellesi era demasiado honrada para aprobar el procedimiento de su marido, por lo que rehusó someterse a sus designios; pero aquél insistió de tal manera que se vio obligada a obedecer. Acompañóle al salón, maldiciendo su sórdida avaricia. Apenas el *Espléndido* la hubo saludado, cuando renovó su promesa, y después de haber hecho retirar al marido al extremo opuesto del salón, sentóse al lado de la señora y hablóla en estos términos:

—Tenéis demasiado talento, señora, para no haber observado, desde hace tiempo, que estoy ardiendo de amor por vos. Os pido perdón por mi atrevimiento; mas no he podido librarme de los encantos de vuestra belleza, que es más grande, mucho más que la de cuantas mujeres conozco. No pretendo hablaros en este momento de las otras cualidades que os adornan y que rinden a vuestras plantas todos los corazones. Me haréis la justicia de creer que nadie sabe apreciarlas tanto como yo. Tampoco trataré de pintaros la violencia de la llama que habéis encendido en mi pecho; contentándome con aseguraros que sólo se extinguirá al par de mis días, y aún durará eternamente, si nos es permitido amar en la otra vida. En vista de lo que acabo de manifestaros, ya comprenderéis que cuanto valgo y cuanto tengo están a vuestra disposición: mis bienes, mi persona, mi vida, nada os puedo negar, y me consideraría el más afortunado de los mortales si pudiese hacer por vos algo que os satisficiera. Me atrevo a creer, pues, que en vista de todo esto os mostraréis en lo sucesivo más sensible al amor que habéis sabido inspirarme desde el primer día que tuve la dicha de veros. De vos depende mi tranquilidad, mi existencia, mi felicidad. Sólo vivo por vos, y mi aliento se extinguiría en este momento si no tuviera la esperanza de hallaros sensible a mi ternura. Apiadaos de un corazón que llenáis enteramente con vuestro amor; pagad cariño con cariño. ¡Qué pueda yo decir, que si vuestras gracias me han convertido en el más apasionado y más digno de los amantes, también me han conservado la vida y me han hecho el más feliz de los mortales! ¡Si

podíais leer en mi corazón! Estoy persuadido de que os compadeceríais del tormento que le devora. Sabed que no me es dado soportar ni un momento más y que tendréis que reprocharos mi muerte si insistís en vuestra insensibilidad. Además de la pérdida de un ser que os adora, que os idolatra, que arde de amor por vos, vuestro remordimiento será eterno y no dudéis que al solo recuerdo del mal que habrá producido vuestro desdén habréis de exclamar: ¡Ay! ¡Cómo fui cruel en causar la muerte de aquel joven que tanto me amaba! Pero ese arrepentimiento tardío no hará, señora, más que acrecentar vuestras penas y vuestro dolor. Para no exponeros a ese remordimiento, dejaos amar y que cesen los males que me causáis con vuestra indiferencia. Hacedlo por piedad, ya que no por amor. Sois demasiado humana para querer la muerte de un joven que hace tanto tiempo arde de amor por vos, que no ama ni nunca amará más que a vos, y que sólo vive y quiere vivir para vos. Si os dejareis convencer por la constancia de su ternura; si tendréis compasión de su suerte y le haréis tan dichoso como es digno de compasión, dándole a entender por medio de vuestras palabras que pagáis su cariño con tierna correspondencia.

Dicho esto en tono muy patético y conmovedor, el *Espléndido* quedó callado, esperando la respuesta de la dama, mientras enjugaba algunas lágrimas que se habían desprendido involuntariamente de sus ojos.

La señora, que hasta aquel momento se había mostrado insensible a cuanto hiciera por ella aquel amante apasionado, que había desdeñado los homenajes que le rindiera en torneos, justas y otras fiestas dadas en su honor, y que ni siquiera había querido consentir en concederle un cuarto de hora de conversación, no pudo oír aquel discurso sin emoción, afectándola vivamente y sintiendo que su corazón se abría insensiblemente a las dulces impresiones de la ternura. Su sensibilidad acreció hasta tal punto que ya no fue dueña de ocultar, y si bien, conformándose con el mandato formal de su marido, guardó silencio, los suspiros que se escaparon de su pecho expresaban bien claramente lo que tal vez hubiese declarado sin rebozo al *Espléndido* a no haber sellado sus labios la orden del marido.

El amante, sorprendido de su silencio, no tardó en conocer la causa que lo producía, viendo al marido reír solapadamente.

—Comprendo que os ha prohibido hablar —dijo—. ¡Qué bárbaro!... No imitéis su ejemplo, señora; una sola palabra basta para hacerme dichoso.

La dama no le dijo la palabra que él aguardaba; pero sus ojos, la expresión de su rostro y los suspiros que a cada momento se le escapaban, hacían a

maravilla el oficio de la voz. Al *Espléndido* no se le escapó nada de esto y desde aquel momento empezó a concebir alguna esperanza y cobró ánimos.

—Bien —repuso el joven— ya que vuestro marido os ha prohibido contestarme, yo contestaré por vos, yo seré el intérprete de vuestros sentimientos. Y enseguida se expresó de la manera que hubiera deseado se le contestara.

—Querido Ricardo —dijo él en tono muy dulce— hace mucho tiempo que he descubierto el amor que me profesas, y lo que acabas de decirme me prueba cuál tierno y sincero es. Te confieso que me halaga tu pasión. Te he parecido insensible, cruel; no quiero que por más tiempo creas en la insensibilidad de mi corazón. Sí, te amo, pero la prudencia me veda decírtelo. Tengo en mucho mi reputación y el aprecio público para haber obrado de otra manera; mas como no dudo de tu prudencia y tu discreción, vive tranquilo, que estoy resuelta a darte pruebas del cariño que te profeso. Todavía algunos días más de paciencia y está seguro que he de cumplir la promesa que te hago. Siento que sólo por el amor que me tienes vayas a regalar tu magnífico caballo a mi marido; justo es que seas indemnizado por ese sacrificio. Tú no ignoras que está en vísperas de partir para Milán; te juro, que inmediatamente después de su partida podrás verme cuando quieras, y a fin de que no tenga que hablarte otra vez para hacerte saber cuándo podremos reunirnos, te advierto que el día que me vea libre y lo tenga todo dispuesto para recibirte, colgaré dos gorros en la ventana de mi habitación que da al jardín. Tú acudirás a la cita, teniendo cuidado de no ser visto de nadie; yo te aguardaré y pasaremos juntos esa noche.

Después de expresarse de esta manera, desempeñando el papel que correspondía a la linda muda, habló por cuenta propia lo que sigue:

—Mi bella, mi querida, mi adorada señora: estoy tan penetrado de vuestras bondades, me causan tan viva alegría, que no encuentro frases adecuadas para pintaros mi reconocimiento, y aunque las hallara, todo el tiempo que me resta de vida no bastaría para manifestaros la sensibilidad que embarga mi corazón. Os ruego, pues, que supláis por vos misma cuanto pudiera deciros para daros dignamente las gracias. Sólo os puedo afirmar que preferiría perder mil vidas que tuviera antes que comprometeros en lo más mínimo, y que siempre sabré conducirme de modo que sea digno de vuestro amor. No tengo en este momento nada más que deciros, y sí sólo rogar a Dios que os haga tan constante y dichosa como yo deseo y vos os merecéis.

La señora no despegó los labios, pero dio a entender al *Espléndido* que no era tan insensible como al principio pareciera. El apasionado galán, viendo

que no podía sacarle ni una palabra, levantóse y fue al encuentro del marido, que le dijo con la sonrisa en los labios:

—Y bien, señor mío ¿he cumplido lo que os prometí?

—No por cierto —contesta éste secamente—. Me habíais prometido que tendría un rato de conversación con vuestra cara mitad y me habéis presentado una bella estatua.

La respuesta del *Espléndido* dejó muy complacido a micer Francisco, puesto que le afirmó más todavía en la opinión que se había formado de la virtud de su mujer.

—Sea como fuere, el caballo de vuestra propiedad no deja por eso de pasar a ser mío —repuso el marido.

—Convenido, pero si hubiese podido figurarme no sacar ventaja de la gracia que me habéis concedido, os confieso que prefiriera cien veces regalároslo, sin poner condiciones; a lo menos os habría tenido la satisfacción de ser galante del todo, mientras que ahora puede decirse que he hecho poco menos que vendéroslo.

El marido sonreía maliciosamente mientras el otro estaba hablando, burlándose de él en sus propias barbas. Habiendo logrado, pues, lo que deseaba, partió dos días más tarde en dirección a Milán.

Al verse la señora libremente en su casa, se le presentan de continuo en su ánimo los discursos del *Espléndido*, el amor que le devoraba, la generosidad con que había sacrificado su caballo más querido, y hasta su amor propio complacía en semejantes recuerdos. Lo que contribuía más que todo a entretenerla en esas ideas, era ver al apasionado Ricardo pasar y repasar todos los días bajo sus ventanas. Cuando le divisaba, decía para sí: «¡Pobre joven! ¡Cuánto me ama! ¿No debo tener compasión de él, puesto que por mí sufre? ¿Qué haré sola en esta casa por espacio de seis meses que durará la ausencia de mi esposo? Muy larga es la espera para una mujer de mis años. ¿Podrá resarcirme acaso mi marido de esos atrasos? ¿Quién sabe si no se procurará una querida en Milán? Por otra parte ¿cuándo se me presentará otro amante tan tierno, tan amable como el *Espléndido*?». Tales reflexiones, que acudían continuamente a su mente, la decidieron un día a colgar los dos gorros en la ventana de su habitación. Apenas vio la señal Ricardo, cuando, transportado de gozo, creyóse el más feliz de los mortales. Aguardó con gran impaciencia a que llegase la noche, y a la hora oportuna dirigióse a la puerta del jardín, que sólo estaba entornada, y después de haberla cerrado, corre presuroso a la entrada de la habitación donde le aguarda su bella.

Síguela a su cuarto y apenas está dentro cuando la abraza con los mayores transportes y la cubre de besos. Echáronse a la cama, donde disfrutaron placeres tanto más deliciosos cuanto que eran fruto del más tierno amor. No fue la sola noche que pasaron el uno al lado del otro, como es de suponer; su comercio duró tanto como la ausencia del marido. Y hasta pretende la crónica que hallaron ocasión de holgar varias veces después de la vuelta del cornudo.

LOS TRES ANILLOS O LAS TRES RELIGIONES

Saladino fue un tan grande y valiente personaje, que su mérito lo elevó no sólo a la dignidad de Soldán de Babilonia, sino que le procuró varias ruidosas victorias sobre los cristianos y los sarracenos. Habiendo tenido que sostener este príncipe un sin número de guerras y siendo, por otra parte, espléndido y liberal, agotó sus tesoros. Empeñado en nuevas contiendas tuvo necesidad de una fuerte cantidad de dinero, y no sabiendo dónde encontrarla, pues le hacía falta de momento, recordó que había en la ciudad de Alejandría un rico judío, llamado Melquisedec, que prestaba con usura.

El Soldán quiso valerse de él para salir de apuros: sólo se trataba de determinarle a que le hiciera aquel servicio. Pero en esto estribaba la dificultad, pues dicho judío era el hombre más interesado y avaro de su tiempo y Saladino no quería usar de la fuerza abiertamente. Hostigado, no obstante, por la necesidad y previendo que Melquisedec no daría de buen grado el dinero que necesitaba, valiéndose de un medio razonable en la apariencia. Al efecto, lo manda llamar, recíbelo familiarmente en su palacio, le hace sentar a su lado y le habla de esta suerte:

—Melquisedec, varias personas me han dicho que tú eres un hombre prudente, lleno de ciencia, y que, sobre todo, estás muy versado en las cosas divinas: quisiera, pues, oír de tus labios cuál de éstas tres religiones, la hebrea, la mahometana o la cristiana, te parece la mejor y la verdadera.

El judío, cuya prudencia corría parejas con su sagacidad, comprendió que Saladino le tendía un lazo y que indudablemente caería en él si daba preferencia a una de las tres religiones mentadas por el soberano. Afortunadamente, conservó todo su predominio, y con singular presencia de ánimo contestó:

—Señor, la pregunta que os habéis dignado hacerme es de la mayor importancia; pero para que pueda contestaros de una manera satisfactoria me permitiréis que empiece con un cuentecito: Recuerdo haber oído decir con frecuencia que, no sé en qué país, un hombre rico y poderoso tenía, entre otras joyas preciosas, un anillo de una belleza y precio inestimables. Este hombre,

queriendo honrarse con tan rara alhaja, formó el designio de legarla a sus sucesores como un monumento de su opulencia y ordenó en su testamento que aquél de sus hijos varones que en la hora de su muerte tuviese en su poder el anillo quedase por su heredero y fuese respetado como a tal por toda su familia. El que recibió en herencia el anillo, hizo con sus sucesores lo que había hecho su padre con él.

En poco tiempo la joya pasó por varias manos, cuando por último cayó en las de un hombre que tenía tres hijos, todos apuestos, amables, virtuosos, sumisos a su voluntad y que le estimaban en igual grado. Instruidos de las prerrogativas acordadas al poseedor del anillo, cada uno de ellos, celoso de la preferencia halagaba a su padre, ya anciano, para obtenerlo. El buen hombre, que les apreciaba y quería lo mismo al uno que al otro y que lo prometiera a los tres, encontrábase muy embarazado para saber a cuál de ellos debía entregarlo. Hubiera querido contentarlos a todos, y su amor le sugirió un medio. Avistóse secretamente con un platero muy hábil y le mandó labrar otros dos anillos, los cuales salieron tan parecidos al modelo, que él mismo no era capaz de distinguir los falsos del verdadero.

Cada hijo tuvo el suyo. Muerto el padre, suscitáronse, como era de presumir, grandes cuestiones entre los tres hermanos. Cada uno de ellos en particular se creía con legítimo derecho a la herencia; negativa de una y otra parte. Entonces los tres exhiben su respectivo anillo, pero son tan parecidos que no hay modo de distinguir el verdadero. Pleito para la sucesión; mas ese pleito, tan difícil de fallar, quedó pendiente y lo está aún. Lo mismo acontece, señor, con las leyes que ha dado Dios a los tres pueblos y sobre las cuales me habéis hecho el honor de interrogarme: cada uno cree ser el heredero de Dios, todos están seguros de poseer su verdadera ley y observar sus verdaderos mandamientos. Saber cuál de los tres va más bien fundado en sus pretensiones, es lo que no se ha decidido todavía, y según las apariencias, no se decidirá en mucho tiempo.

Saladino vio por la respuesta del judío que había sabido librarse hábilmente del lazo que le tendiera, comprendiendo que en vano trataría de tenderle otro nuevo. Así, pues, no tuvo otro recurso que hablarle con claridad, lo que hizo al momento. Expúsole la necesidad de dinero en que se encontraba, e indicóle si quería prestárselo; dióle a entender, al mismo tiempo, lo que tenía resuelto hacer si su contestación no hubiese sido tan discreta. El judío, por un rasgo de generosidad, le prestó cuanto necesitaba, y el Soldán, agradecido a su proceder, se lo tuvo muy en cuenta, pues no se

contentó con reembolsarle, sino que le colmó de presentes, lo retuvo a su lado, tratóle con gran distinción y honróle siempre con su amistad.

EL RESUCITADO

Hubo en otro tiempo y todavía existe en Toscana, una abadía situada en lugar apartado, como suelen estar esta clase de edificios. El fraile que llenaba las funciones de Abad llevaba una vida bastante regular, si se exceptúa tal vez el artículo mujeres, sin las cuales no podía pasarse; mas el buen reverendo tomaba tan bien sus medidas, que sus intrigas no llegaban a la comunidad, la cual le tenía por un santo varón. Cerca del convento vivía un rico campesino llamado Ferondo, hombre grosero y estúpido, quien trabó relaciones con el Abad, el cual viéndole tan sencillote e imbécil, sólo le daba conversación para tener ocasión de divertirse a su costa. Habiendo trascurrido algunos días sin comparecer por el convento, el Abad se decidió a visitarlo. La mujer de Ferondo era joven y linda y apenas la vio el fraile quedó prendado de ella. ¡Qué lástima, decía para sí, que ese palurdo posea semejante joya, cuyo precio sin duda ignora! Equivocábase de medio a medio el buen padre, pues, aunque Ferondo careciese de talento, no por eso dejaba de amar a su mujer, la vigilaba, y aun estaba tan celoso de ella, que no la perdía de vista.

Este descubrimiento no gustó mucho al Abad, que se había apasionado fuertemente de la casadita y temía no poder conseguir pervertirla. No obstante, no le abandonó la esperanza, y como era hábil y astuto, supo amansar de tal suerte al marido celoso, que logró que llevara a su mujer a pasear alguna vez por el lindo huerto del convento. El buen hipócrita compartía con ellos el placer del paseo, y para engañarlos mejor sólo les hablaba de cosas santas. La unción que empleaba en sus discursos, el celo que demostraba por su salvación, le hacían pasar por santo a los ojos de aquellos esposos. En fin, supo desempeñar el muy taimado tan bien su papel, que la mujer estaba muy impaciente por tomarlo por director espiritual, y habiendo solicitado el permiso de su marido, éste se lo concedió sin titubear. Ya la tenemos postrada a los pies del Abad, quien, encantado de habérselas con tan agradable penitente, se propone sacar partido de su confesión para conducirla a sus fines. El catálogo de los pecados de bulto no tardó en ser examinado,

pero los asuntos caseros merecieron más larga discusión. Allí la esperaba el confesor. Preguntóla si vivía en armonía con su marido.

—¡Ay! —contestó la penitente— difícil es satisfacer a semejante hombre; no podéis figuraros lo que sufro con sus tonterías y estupidez. Continuamente estamos en altercados, malos modos y reconvenciones respecto a cosas mezquinas. Por otro lado, sus celos no tienen límite, aunque, a decir verdad, no doy yo el más pequeño motivo para que los tenga. Os quedaría muy reconocida, padre mío, si me quisieseis aconsejar qué debo hacer para curarle de esa enfermedad que causa mi desdicha y también la suya. Mientras mi marido se porte conmigo como hasta ahora, temo que todas mis buenas obras queden sin recompensa, merced a la impaciencia que de continuo me está devorando.

Estas palabras alegraron en gran manera los oídos y el corazón del Padre Abad, pues le convencieron que sería fácil llevar a cabo sus designios respecto a la bella casada.

—No hay duda de que es muy desagradable —contestóla— para una mujer sensible y bonita, que su marido sea un tonto y pobre de espíritu; pero creo que todavía es más molesto tener que habérselas con marido rudo y celoso. Me hago cargo, hija mía, de lo grande de vuestras penas. El único consejo que yo puedo daros para mitigarlas es que tratéis de curar a vuestro marido del mal cruel de los celos. Convengo con vos en que la cosa no es tan fácil, mas os prometo ayudaros en lo que pueda. Sé un remedio infalible y lo emplearé, con tal que me prometáis guardar el más inviolable secreto de lo que voy a revelaros.

—No pongáis en duda mi discreción —contestó la señora—, antes mil veces la muerte, a ser posible, que divulgar una cosa que me hayáis prohibido decir. Hablad sin temor. ¿Cuál es ese remedio?

—Si hemos de conseguir que vuestro marido se cure de los celos —replicó el Abad—, es absolutamente necesario que se dé una vuelta por el purgatorio.

—¿Qué estáis diciendo, padre mío? ¿Acaso se puede ir al purgatorio en vida?

—No; morirá antes de ir, y cuando haya transcurrido bastante tiempo para que quede curado de sus celos, entonces los dos rogaremos a Dios para que le vuelva a la vida y puedo aseguraros que nuestras oraciones serán oídas.

—Mas durante el tiempo que estará sin vida, ¿deberé yo permanecer en estado de viudedad? ¿No podré volver a casarme?

—No, hija mía, no os será permitido tomar otro marido; esto irrita al Todopoderoso. Por otra parte, os veríais en la precisión de abandonarle cuando vuelva Ferondo del otro mundo, porque este nuevo enlace le haría más celoso que antes.

—Estoy resuelta a someterme ciegamente a vuestra voluntad, reverendo padre, siempre que quede curado de su mal y que no tenga necesidad de guardar por mucho tiempo la viudez; pues os confieso que, caso de no poderle resucitar, yo no podría pasar sin otro marido, aunque fuera tan celoso como el que ahora tengo.

—Estad tranquila, hija mía, todo se arreglará como corresponde; mas ¿qué recompensa me daréis por este servicio?

—La que deséis, si está en mi mano; pero ¿qué puede hacer una mujer de mi condición para un hombre como vos?

—Podéis hacer tanto o más por mí —repuso el Abad— que lo que yo por vos; voy a procuraros la tranquilidad y en vuestra mano está procurarme la mía, pues la he perdido por completo desde que os conozco, y aún podéis conservarme la vida, que indudablemente perderé si no ponéis remedio a mi mal.

—¿Qué debo hacer, pues? Muy satisfecha quedaré y puedo mostraros lo reconocida que os estoy. ¿Cuál es vuestro mal y de qué manera puedo curarlo?

—Mi mal no es otro que el inmenso amor que os profeso, y si no correspondéis a mi pasión, si no me acordáis vuestros favores soy hombre perdido.

—¡Ah! ¿Qué es lo que me pedís? —repuso la mujer toda sorprendida—. Yo os tenía por un santo varón. ¿Está bien que un sacerdote, un religioso, un confesor, haga semejantes declaraciones a sus penitentes?

—No debéis sorprenderos por esto, querida mía; la santidad no sufrirá menoscabo por ello, puesto que reside en el alma, y lo que os pido sólo atañe al cuerpo. Este cuerpo tiene sus necesidades, que es permitido satisfacer mientras se conserve la pureza del espíritu. No constituye pecado de gula el materialismo de la comida, sino la idea del regalo; otro tanto sucede con las demás necesidades del hombre. Si alguna cosa debe sorprenderos, es el efecto producido por vuestra belleza en un corazón que no acostumbra ver otras bellezas que las celestes. Es preciso que vuestros encantos sean bien poderosos para que me hayan movido a desear el favor que os pido. Podéis gloriaros de ser la más hermosa de las mujeres, ya que la santidad misma no ha podido resistir a vuestros atractivos. Aunque religioso, a pesar de mi

dignidad de Abad y de mi santidad, no he dejado de ser hombre. Sin duda que tendría más méritos a los ojos del Altísimo si pudiese hacer el sacrificio del amor que me habéis inspirado y del placer que espero me ha de proporcionar; pero debo confesaros que este sacrificio está más allá de mis fuerzas, tal ha sido la impresión que vuestra hermosura ha hecho en mi corazón. Así, pues, no me neguéis el favor que os pido. ¿Por qué titubearíais en acordármelo? Todavía no soy viejo; por austera que sea, la vida que llevo aún no me ha desfigurado; pero si no pudiese compararme a vuestro marido en lo físico ¿no debéis amar a quien os adora y demostrar alguna complacencia por aquel que intentará hasta lo imposible para procuraros la dicha así en éste como en el otro mundo? Más bien que causaros pesar, mi proposición debiera llenaros de alegría. Mientras el celoso Ferondo permanecerá en el purgatorio, yo os haré compañía y os serviré de marido, sin que nadie llegue a saberlo nunca. Aprovechad, pues, linda amiga mía, la ocasión que el cielo os ofrece; conozco un sin número de mujeres que estarían contentísimas de que se les presentara semejante oportunidad. Si sois discreta, no la dejaré escapar. Sin contar que poseo muy lindas sortijas y otras valiosas joyas que os regalaré, si consentís en hacer por mí lo que yo estoy dispuesto a hacer en favor vuestro. ¿Seríais tan desagradecida que me rehusaríais un servicio que tan poco ha de costaros, cuando quiero haceros uno de tal importancia para vuestra tranquilidad?

La pobre mujer, fijos los ojos en el suelo, no sabía qué contestar al santo religioso; no se atrevía a contestar un no, y el decir si no la parecía decente. El Abad, viendo su embarazo, auguró un buen resultado a su empresa, pues creyó que se encontraba indecisa. Para darle ánimo y acabarla de resolver, redobló sus ruegos y sus instancias, logrando, por último, persuadirla, por medio de pensamientos sacados de su devoción y santidad, de que no había nada de criminal en lo que la pedía. Entonces la bella le contestó, no sin cierta vergüenza y timidez, que haría cuanto fuese de su agrado, pero que esto sería cuando ya estuviese Ferondo en el Purgatorio.

—No tardará en ir —repuso el Abad—, pintada la alegría en su rostro. Sólo os pido que le digáis venga a verme mañana o pasado, cuanto antes mejor. Y, dicho esto, colocóle una sortija en el dedo y la despidió.

La buena mujer, bastante satisfecha del regalo que acababa de hacerle el Abad, y aguardando recibir otros, encaminóse en busca de sus amigas, antes de volver a su casa para charlar con ellas sobre el Abad. Contólas cosas estupendas de su santidad y no se cansaba de elogiarle. Las otras mujeres creyeron con tanta más razón lo que decía, cuanto que nadie tenía motivo para sospechar de su hipocresía y galanteos.

No tardó en presentarse Ferondo en el convento. Al verlo el muy taimado del Abad, creyó llegado el momento de poner en práctica su negro designio. Había recibido de las tierras de Oriente unos polvos maravillosos, que producían un sueño más o menos largo, según la dosis. La persona que se los procuraba le dio también la receta, habiendo hecho la experiencia varias veces. Podían usarse sin temor cuando se quería hacer dormir a alguno para despertarle más tarde, y era tal la virtud de aquellos polvos, que mientras obraban sobre el que los había tomado, hubiérase dicho que estaba muerto, sin que por eso le causara ninguna molestia. El Abad mezcló una cantidad con vino y lo dio a beber a Ferondo, de suerte que no despertara de su letargo durante tres días. Hecho esto abandonaron ambos la celda para pasearse por el claustro, hasta tanto que Ferondo se quedase dormido. Allí encontraron a algunos frailes a quienes divertían las necedades del buen campesino. No duró mucho la diversión, pues los polvos empezaron a hacer su efecto.

Ferondo se duerme y cae al suelo. Fingiendo el Abad cierta desazón por el accidente, que se creyó fuese un ataque de apoplejía, ordena que el enfermo sea trasladado a una de las celdas. Todos se apresuran a socorrerle: unos le rocían la cara con agua fría; otros le dan a respirar vinagre para reanimarlo; todo es inútil. Se le toma el pulso y vese que ha cesado de latir, por lo que no cabe ya duda que el hombre está muerto. Dase parte de ello a su mujer y a sus allegados, que se lamentan y derraman muchas lágrimas sobre el inanimado cuerpo. Por último, es enterrado con todas las ceremonias de costumbre, pero vestido como estaba y en una fosa muy grande. La mujer, que, conforme a lo que la prometiera el Abad, espera que no tardará en volver a la vida su Ferondo, no se afligió tanto como si verdaderamente estuviese muerto y regresó a su casa, asegurando a los deudos de su marido que no volvería a casarse en su vida.

Apenas la noche hubo extendido sus sombras sobre la tierra, cuando el Abad y un fraile boloñés, íntimo amigo suyo, que había traído a su convento hacía pocos días, se encaminan a la fosa, sacan a Ferondo del ataúd y lo trasladan al *vade in pace*, hoyo oscuro y profundo que servía de cárcel a los frailes que cometían algún pecadillo. Desnudándolo, lo ponen un hábito y lo extienden sobre un montón de paja, aguardando a que despierte.

El siguiente día el Abad, acompañado de otro fraile, hizo una visita de cumplido a la viuda, que encontró toda enlutada y en la mayor aflicción. Después de consolarla con palabras muy edificantes, tomóla a su lado y la recordó, en voz baja para que no le oyera su compañero, lo que le había prometido. La mujer, libre por la muerte de su marido y viendo relucir en el

dedo del abad una sortija mucho más linda que la que le regalara, contéstale que está pronta a cumplir lo prometido, y convienen en reunirse a la noche siguiente.

Preséntase en efecto el Padre, vestido con las ropas del pobre Ferondo, que todavía dormía. Se acuesta con su mujer y se refocila de lo lindo a pesar de su profesión religiosa. Ya se comprenderá que el bribonzuelo no se contentó con aquella noche, sino que menudeó tanto sus visitas, que lo observaron varias personas; pero como sólo iba de noche a casa de su dama, las buenas gentes se imaginaron que era el mismo Ferondo que se aparecía para pedir algunas oraciones o hacer penitencia; lo cual dio lugar en toda la comarca a mil patrañas, más absurdas las unas que las otras. Hasta llegóse a participar el suceso a la pretendida viuda, pero como ella estaba más enterada que nadie del asunto, no le dio ningún cuidado lo que se decía.

Al cabo de tres o cuatro días despertó el pobre Ferondo. No podía darse cuenta del sitio en que se encontraba, cuando penetró en su calabozo el fraile boloñés provisto de un haz de juncos y aplicóle cinco o seis golpes con todas sus fuerzas.

—¡Ay, ay! ¿Dónde estoy? —exclamaba el buen hombre llorando amargamente.

—Estás en el Purgatorio —le contesta el fraile con voz muy lúgubre.

—¿Acaso he muerto?

—Indudablemente —replica el fraile.

Al oír estas palabras el palurdo renueva sus lamentos, echa de menos a su mujer y a su hijo y profiere las mayores extravagancias. Al poco rato vuelve el fraile trayéndole de comer y beber.

—¿Cómo es eso? —exclama Ferondo—. ¿Acaso comen los muertos?

—Sí —dice el religioso—, sí; comen cuando Dios lo manda. La comida que aquí ves es la misma que ha dejado ésta mañana en la iglesia la mujer que dejaste en la tierra para que dijese misas por el descanso de tu alma. Dios quiere que te sea dada en este sitio.

—¡Oh, vos, quien quiera que seáis, saludad de mi parte a tan cara mujer, saludadla! La amaba tanto antes de morir, que toda la noche estaba abrazado con ella; la daba mil besos, y luego, cuando la cosa apretaba, la hacía otras caricias. Saludadla, os digo de mi parte, si podéis hacerlo, señor Diablo o señor Angel, pues ignoro cuál de las dos cosas seáis.

Dichas estas palabras, nuestro imbécil, como se sentía débil despachó la comida y la bebida con ansia; mas como no le pareciera bueno el vino:

—¡Qué Dios la castigue! —exclamó en el acto—. Es una verdadera perdida. ¿Por qué no ha mandado al cura vino de la cuba que está adosada al muro?

Cuando se hubo engullido la frugal colación que le trajera el fraile, éste comenzó a disciplinarle de nuevo.

—¿Por qué pegarme así?

—Porque Dios me lo ha ordenado y quiere que recibas igual número de azotes dos veces al día.

—¿Y el motivo, cuál es?

—Por haber tenido celos de tu mujer, la más honrada y virtuosa del lugar.

—¡Ah! Es muy cierto. Era más dulce que la miel; pero yo ignoraba que los celos fuesen un pecado a los ojos de Dios. Puedo aseguraros que, a haberlo sabido, no hubiera estado celoso.

—Cuanto digas ahora es inútil; yo debo ejecutar las órdenes que tengo y nada más; cuando vivías debiste informarte. A lo menos este castigo te enseñará a no serlo otra vez, si vuelves al mundo de los vivos.

—¿Acaso los muertos pueden volver a la tierra?

—Sí, siempre que así lo quiera Dios.

—¡Ay! Si algún día vuelvo allí, prometo ser el mejor de los maridos. No, nunca regañaré ni maltrataré a mi mujer, contentándome tan sólo con reconvenirla por el pésimo vino que me ha enviado y por no haber regalado algunas velas a la iglesia, siendo causa de que haya tenido que comer a oscuras.

—No han faltado las velas, pero se han gastado en misas.

—¡Es una mujer muy buena! ¡Cuánto me pesa el haberla atormentado algunas veces! Verdad es que no se conoce el valor de las cosas, sino cuando se han perdido. Si algún día vuelvo a su lado la dejaré la libertad de hacer cuanto la acomode. ¡Buena y excelente mujer! Pero vos, que de tal modo me habéis vapuleado para vengarla de mis celos, decidme quién sois.

—Soy un difunto como tú, natural de Cerdeña, y por haber loado los celos de un amo que tuve, Dios me ha condenado a ser tu camarero y tu verdugo dos veces al día, hasta que decida de otra suerte de nuestro destino.

—Otra pregunta —repuso Ferondo—. ¿No hay más que nosotros dos en este sitio?

—Somos muchos miles, pero no te está permitido verlos y oírlos, ni ellos te ven ni te oyen a ti.

—¿A qué distancia nos hallamos de nuestros países?

—A miles de miles de leguas.

—¡Cáspita! Muy lejos es; sin duda debemos estar fuera del mundo, ya que se encuentra tan distante de aquí nuestro pueblo.

El fraile apenas podía retener la risa al oír las estúpidas preguntas del buen hombre. No faltaba todos los días con la comida, si bien dejó de azotarle y hablarle. Diez meses hacía que el infeliz permanecía encerrado en aquella mazmorra, cuando su mujer, que ya casi le había olvidado del todo, quedó embarazada. Al momento que lo notó participólo al Abad, que la visitaba con frecuencia. Entonces juzgaron ser llegado el momento de resucitar al marido para encubrir el libertinaje. Sin tal accidente es muy posible que el pobre diablo hubiese pasado todavía algunos años en el Purgatorio.

La siguiente noche el Abad, dirigiéndose en persona al calabozo de Ferondo y fingiendo la voz, le dijo con el auxilio de una bocina:

—Consuélate, Ferondo, Dios quiere que vuelvas a habitar la tierra, donde tendrás otro hijo, a quien darás el nombre de Benito. Debes tan señalada gracia a las reiteradas oraciones de tu mujer y a las del santo Abad del convento de tu pueblo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el prisionero en medio de su contento—. Voy a ver otra vez a mi dulce y santa mujer, a mi querido y tierno hijo y al santo piadoso abad a quien deberé mi redención. ¡Qué Dios los bendiga para siempre, amén!

Apenas hubo dicho estas palabras cuando cayó aletargado. El padre Abad había tenido la precaución de hacer mezclar los consabidos polvos en su bebida, mas sólo puso lo suficiente para que durmiera cuatro o cinco horas. Aprovechó su sueño, ayudado del fraile boloñés, su confidente, para ponerle otra vez su traje y conducirlo a la fosa donde había sido enterrado al principio.

Estaba ya muy adelantado el día cuando despertó el pretendido difunto, y al ver por un agujero la claridad natural, cosa que no le acontecía desde hacía diez meses, notando desde aquel momento que verdaderamente estaba vivo, acercóse al agujero y empezó a gritar con todas sus fuerzas que le abrieran. Como no obtuviese contestación, esforzóse con la cabeza y los hombros para levantar la losa que cubría apenas la sepultura, y tales fueron sus esfuerzos, que la entreabrió, pues no estaba bien cerrada. Pide socorro por segunda vez. Los frailes, que acababan de cantar maitines, acuden al oír aquellos gritos; se acercan a la fosa y apodérase tal miedo de todos ellos que huyen precipitadamente dando parte al Abad de aquel prodigio. El superior fingía estar orando.

—Nada temáis, hijos míos —dice a los atemorizados frailes—, tomad la cruz y el agua bendita y vamos a ver con santa reverencia lo que la

omnipotencia de Dios acaba de obrar.

Mientras tanto, el bueno de Ferondo había logrado, merced a sus esfuerzos, apartar la losa de manera que pudiese pasar por la abertura y salir del hoyo. Estaba pálido, desencajado, como era natural en un hombre encerrado durante diez meses sin ver la luz del día. Al momento que ve al Abad arrójase a sus pies y le dice:

—Padre mío, vuestras oraciones y las de mi mujer me han librado de las penas del Purgatorio y vuelto a la vida. Ruego al Altísimo que os guarde mucho tiempo en esta vida y os colme de bendiciones.

—¡Bendito y alabado sea el nombre del Señor! —repuso el Abad—. Levántate, hijo mío, y ve a consolar a tu mujer, que desde tu muerte no ha cesado de llorarte; anda, y sé un fiel servidor de Dios.

—Conozco, padre mío, de cuánto le soy merecedor; puedo aseguráros que haré todo cuanto esté en mi mano para demostrarle mi agradecimiento. ¡Mi buena y excelente mujer! Vuelvo a su lado para probarla con mis caricias el gran aprecio en que tengo su amor. La recomiendo, buen padre, a vuestras santas oraciones y a las de toda la santa comunidad.

El Abad fingía mayor sorpresa que el resto de sus cofrades; no olvidando hacer resaltar la grandeza de aquel milagro, en cuyo honor mandó entonar el *Miserere*.

Ferondo regresó a su casa. Cuantos encontraba en el camino huían a su vista, cual si fuera un espectro. Hasta su mujer, aunque advertida, tuvo miedo, o a lo menos lo fingió así. Pero cuando se vio que desempeñaba las funciones de un ser vivo, cuando hubo llamado a todos por su nombre, desechóse el temor, y se creyó que efectivamente había resucitado. Entonces fue el interrogarle hasta lo infinito; él, en cambio, dio a todos noticias del otro mundo, hablóles del alma de sus deudos, contóles sus tristes aventuras, introduciendo mil fábulas ridículas, cual si su ingenio se hubiese desarrollado y tratase de burlarse de la tonta credulidad de sus vecinos. La revelación que tuvo pocos momentos antes de resucitar tampoco fue olvidada, pretendiendo que le había sido hecha por Ragnolo Braghiello. En una palabra, no hubo extravagancia que no relatara con la mayor sangre fría y que no fuese admitida con avidez por los campesinos de aquella aldea.

Su mujer le recibió con las mayores demostraciones de contento; al cabo de siete meses dió a luz un niño, a quien el pretendido resucitado puso por nombre Benito Ferondo, creyéndose verdaderamente su padre. Cuanto había relatado del otro mundo, su larga ausencia, el testimonio de los frailes y de sus allegados, que concurrieron a sus funerales, todo ayudó a probar que

realmente resucitara de entre los muertos, lo cual aumentó la reputación de santidad de que gozaba el padre Abad.

Ferondo no pudo olvidar los buenos azotes que habían recibido sus espaldas en el Purgatorio, y vivió al lado de su mujer sin sospecha de ninguna clase, ni atormentarla con sus celos. Ésta, por su parte, aprovechó la indulgencia y rusticidad de su marido para continuar sus intrigas con su santo director.

UNA COMIDA DE GALLINASO ANECDOTA SOBRE EL REY DE FRANCIA

El marqués de Monferrato fue uno de los más grandes y más valerosos capitanes de su tiempo. Habiéndose elevado por su mérito a la dignidad de gonfalonero de la Iglesia, vióse precisado en tal calidad de hacer un viaje a ultramar con un gran ejército de cristianos que se dirigía a la conquista de la Tierra Santa. Un día que se relataban sus hazañas en la corte de Felipe *el Tuerto*, rey de Francia, el cual se preparaba para el mismo viaje, un cortesano se atrevió a decir que no había bajo el cielo más bella pareja que el marqués y la marquesa su mujer, y que, así como el esposo superaba por sus altas calidades a todos los demás guerreros, así la esposa era superior a las otras mujeres en belleza y virtudes.

Estas palabras causaron tal impresión en el ánimo del rey, que, sin haber visto nunca a la marquesa, sintióse desde aquel momento atraído hacia ella. Como estaba a punto de partir para Palestina, resolvió embarcarse en Génova, a fin de que, yendo por tierra hasta esa ciudad, tuviese ocasión de pasar por Monferrato y ver tan linda persona. Formábase la ilusión de que, merced a la ausencia del marido, podría obtener de ella lo que deseaba.

No tardó Felipe en ejecutar su proyecto. Después de haber hecho adelantar sus preparativos, púsose en camino con una pequeña escolta de nobles. Al llegar a una jomada del lugar en que habitaba la marquesa, mandóla decir que al día siguiente iría a comer a su casa. La dama, prudente y discreta, contestó que mucho la halagaba tamaña honra, y que haría cuanto estuviese en su mano para recibirle cual correspondía. Esta visita por parte de un tan gran monarca, que no podía ignorar la ausencia de su marido, inquietóla un tanto, sin que adivinara el motivo; mas, después de mil conjeturas no dudó que la reputación de su belleza era la causa del honor que se la dispensaba.

No obstante, a fin de sostener la dignidad de su rango, resolvió hacer al monarca todos los honores posibles. Mandó reunir los gentiles hombres de la

comarca, para decidir, ayudada de sus consejos, cómo convendría obrar en semejante caso; pero no quiso confiar a nadie los cuidados del festín ni la elección de las viandas que debían servirse. Dio orden para que se trajeran cuantas gallinas pudieran encontrarse, y mandó a sus cocineros que las disfrazaran lo mejor que pudieran, y aderezasen con ellas varios platos sin añadir otra vianda.

Fue recibido el rey con todos los honores por la marquesa. Encantado quedó Felipe de la acogida que le hacía, y viendo que su belleza sobrepujaba a lo que pregonaba la fama, su amor aumentó a proporción de los encantos que veía. Elogióla en gran manera, si bien sus cumplidos sólo eran una débil expresión del fuego en que se abrasaba. Para dar descanso a su cuerpo retiróse enseguida a la habitación que le habían preparado, y llegada la hora de comer el rey y la marquesa se sentaron solos a la mesa.

Los platos succulentos, los vinos escogidos y excelentes, el placer de estar junto a una linda mujer, a la que no cesaba de devorar con la vista, trastornaron la cabeza del rey. Habiendo, no obstante observado que a cada servicio sólo le ofrecían gallinas, preparadas, es cierto, de diversos modos, pareció algo sorprendido de tal predilección. Se había fijado en que el país producía otra clase de comestibles y no podía dudar que a haber querido la dama se la hubiesen servido. El espíritu galante que le animaba, le impidió, a pesar de todo, manifestarse descontento. Al contrario, felicitóse de encontrar el medio, merced a la multiplicidad de platos compuestos de una sola y única vianda, de echar algunos piropos a la marquesa.

—Señora —díjola con aire risueño—, ¿acaso sólo en este país las gallinas nacen sin gallo? —aludiendo tal vez a que, en tantas gallinas no había encontrado un solo pollo o capón.

La señora de Monferrato comprendió perfectamente el sentido de la pregunta, y viendo que había llegado el momento de expresarle su idea, contestóle valerosamente y sin titubear:

—No, sire, pero las mujeres son de la misma pasta que en todas partes, a pesar de la que establecen entre ellas el traje y las dignidades.

El rey, sintiendo todo el alcance de esta contestación, comprendió entonces lo que se propusiera la marquesa al mandar se le sirviesen tantas gallinas. En el acto vio que era inútil adelantarse más; que nada alcanzaría de una mujer de tal temple y que no era prudente emplear la violencia. Reprochóse en su interior haberse inflamado con tanta ligereza, y juzgó que el mejor partido que convenía a su honra era tratar de apagar su ardiente llama renunciando a las lisonjeras esperanzas que había concebido.

Por lo cual desechó el deseo de provocarla más, temeroso de exponerse a nuevas réplicas. Apenas hubo abandonado la mesa, cuando a fin de encubrir mejor el motivo de su criminal visita, tomó nuevamente el camino de Génova, no sin dar las gracias a la marquesa por los honores que le había prodigado.

LA MUJER ANIMOSA

Hubo en Francia un conde del Rosellón, llamado Isnardo, que no disfrutaba de buena salud, conservaba siempre a su lado un médico conocido por Gerardo, natural de Narbona en el Languedoc. El conde no tenía más que un hijo llamado Beltrán, el cual era todavía muy tiernecito y lindo como un serafín, cuando su padre juzgó a propósito hacerlo educar en compañía de otros niños de su edad, entre los cuales se encontraba Giletta, hija del susodicho médico.

Esta niña desde un principio se aficionó al hijo del conde; su inclinación se fortificó con la edad, trocándose en un amor tan grande, que nadie hubiera podido imaginarse que una joven que todavía no había llegado a la edad de la pubertad fuese capaz de tan violenta pasión. El conde, después de arrastrar un estado valetudinario toda su vida, acabó por morir, dejando a su hijo Beltrán bajo la tutela del rey de Francia, que no tardó en llamarlo a París.

Fácil es figurarse la pena que su partida causaría a la joven; fue tanta, que estuvo a las puertas de la muerte. La esperanza de volverle a ver la sostuvo y devolvióla la salud. Después de haber perdido a su padre, cuya muerte no tardó en seguir a la del conde, habiendo entrado en la edad de la reflexión, temió las murmuraciones. Por otra parte, como no tenía ningún hermano, y su padre la había dejado una gran fortuna, le fuera difícil burlar la vigilancia de sus allegados, que no la perdían de vista. Llegada a la edad de casarse rehusaba cuantos partidos se la presentaban, puesto que seguía encendida en su pecho la pasión que la había inspirado el conde; mas como la mantenía secreta, contestaba que era aún demasiado joven para ligarse para toda la vida. Tenía como un presentimiento de que algún día lograría unirse a su bien amado.

El deseo de ir a París, tan sólo para tener ocasión de verle, no la abandonaba ni un minuto, y no tardó en presentarse la ocasión de satisfacerlo. Supo que el rey sufría en extremo de una fístula, causada de una hinchazón del estómago que no había sido bien curada; que cuantos médicos consultaba no lograron otra cosa que enconar el mal, y que desesperando de su curación

había renunciado a los socorros de la medicina. Tal noticia la llenó de contento, puesto que la procuraba un buen pretexto para dirigirse a París, diciendo que tenía ánimo de curar al rey. En efecto, su padre la había dejado varios secretos, entre otros uno contra las úlceras más rebeldes. Partió, pues, en el acto, esperanzada de que si su remedio sanaba al rey después le sería fácil obtener la mano de Beltrán.

El primer cuidado de Giletta, una vez llegada a París, fue ir en busca del conde, que la acogió con gran cortesía. Luego consiguió introducirse a presencia del rey y le pidió por gracia que le mostrase su mal. Aquel príncipe, animado por su juventud, su dulzura y su belleza, no creyó deber rehusarla lo que pedía. Después de haber examinado la parte atacada:

—Me atrevo a prometeros, Sire —díjole—, que os curaré radicalmente en el espacio de ocho días si queréis aplicaros los remedios que os daré y que no os causarán el más pequeño dolor.

El rey, al principio, se burlaba de ella, diciendo para sí:

«¿Cómo una joven de su edad podrá lograr una curación en la que se han estrellado los médicos más eminentes?».

Por lo tanto, contentóse con responderla que no quería probar más remedios.

—No dudo, señor, que mi sexo y mi juventud son causa de que no tengáis fe en mi remedio; mas tengo el honor de deciros que no me valgo en esta ocasión de mis cortas luces, sino de las de mi padre, que durante su vida gozó de gran reputación entre los médicos. Con el mismo remedio que me propongo aplicaros obtuvo varias curaciones tenidas por imposibles por sus colegas. ¿Por qué no queréis probarlo? Ocho días tardan poco en pasar.

Estas palabras convencieron al soberano, el cual, pareciendo como que reflexionaba, se hacía el siguiente razonamiento: «Tal vez Dios me envía esta niña para mi bien. ¿Por qué no ensayar su ciencia, puesto que se compromete a curarme en pocos días y sin hacerme sufrir?».

Dirigiéndose a la joven:

—¿Y si no me curáis, qué castigo merecéis?

—Ser quemada viva, y podéis de antemano asegurar mi persona y poner a mi lado guardianes hasta que hayan transcurrido los ocho días que os pido. Pero si logro curar a Vuestra Majestad, ¿qué recompensa me está reservada?

—Os colocaré muy bien —contestóla el rey—, si, como presumo, tenéis intención de casaros.

—Es cuanto puedo desear, Sire. Mas suplico a Vuestra Majestad me prometa darme el marido que yo pida, exceptuando vuestros hijos y los

príncipes de la sangre.

Habiendo el rey consentido en lo que ella le pedía, la joven preparó su remedio y le administró tan bien que el monarca quedó completamente curado antes del plazo prescrito, con gran sorpresa de todos sus médicos. Muy satisfecho, el príncipe colmó de elogios a Giletta y la dijo que podía pedir el marido que deseara, pues lo tenía bien ganado.

—He merecido, pues —contestó ella—, al conde Beltrán del Rosellón, que empecé a amar desde mi tierna infancia y que amo todavía con toda mi alma.

El rey le mandó llamar y le dijo:

—Como ya tenéis edad para manejaros sólo quiero que regreséis a vuestra provincia con una amable y linda señorita que os he elegido por esposa.

—¿Y cuál es esa señorita, Sire?

—La que me acaba de curar.

El conde, que la conocía, la estimaba y la amaba también, pero no lo bastante para tomarla por mujer a causa de la desigualdad de clase, contestó desdeñosamente:

—¡Queréis, Sire, darme por esposa la hija de un médico! Os suplico me dispenséis este enlace.

—¿Intentaréis acaso —repuso el príncipe— hacerme faltar a la palabra que he dado a tan amable criatura, a quien debo la salud, y que os ha pedido en recompensa del servicio que acaba de prestarme? Tengo formada muy buena opinión del cariño que me profesáis.

—Nada hay, Sire, que no esté dispuesto a hacer para demostrároslo. Sois dueño de mis bienes y de mi persona; siendo vuestro vasallo, podéis casarme con quien os plazca, pero no debo ocultaros que el enlace que me proponéis repugna a mi corazón.

—Ya desecharéis esa repugnancia —replicó el monarca—; la señorita es joven, bonita y discreta; os ama mucho. Vos llegaréis a amarla, no lo dudo, y os encontraréis más dichoso con ella que con otra de más alta cuna.

El conde, que no ignoraba que los reyes de Francia quieren ser obedecidos, no tuvo por conveniente objetar nada más, ocultando su despecho. Enseguida mandó el soberano hacer los preparativos de boda, y llegado el día fijado para ella, Beltrán del Rosellón, a presencia de Su Majestad, dio, violentando su corazón, la mano a Giletta. Después de la ceremonia pidió el recién casado permiso para ir a consumir el matrimonio a su país.

El rey, que había cumplido la palabra empeñada, se lo otorgó, y el conde partió al momento; mas apenas hubo andado algunas leguas cuando abandonó a su mujer, tal como le había sido entregada. Ganó el camino de Italia y se encaminó a Toscano para pedir un destino a los florentinos, en guerra en aquel tiempo con los de Siena, quienes le recibieron con los brazos abiertos, dándole el mando de un regimiento que conservó mientras estuvo a su servicio.

La recién casada, no muy contenta con su suerte, como puede suponerse, y esperando que el tiempo y su buena conducta traerían a su lado a su marido, dirigióse al Rosellón, donde fue recibida como esposa del conde, es decir, en clase de soberana, encontrando el país muy desordenado a causa de la ausencia del príncipe. Ella logró, con sus sabias medidas, poner las cosas en buen estado, y su inteligencia y buena conducta le valieron la estimación y amor de los señores del pueblo, que censuraban al conde que obrara tan mal con una mujer de su mérito. Después de establecer el orden en todas las cosas y de haberlo consolidado con sabias medidas, mandó a dos gentiles hombres en busca de su marido, para decirle que si ella era causa de no presentarse en el Rosellón estaba pronta a abandonarlo para darle gusto.

—Que se arreglen como les parezca —contestó éste con dureza a los mensajeros—; por lo que a mí toca, no me reuniré con ella sino cuando tenga puesta la sortija que yo llevo y estreche en sus brazos un hijo mío.

Queriendo dar a entender con estas palabras que jamás vivirían juntos. La sortija que había señalado la tenía en mucha estima y nunca le abandonaba por haberle dicho que poseía cierta virtud. Como los enviados juzgaran ser imposible lo que pretendiera, hicieron cuanto pudieron para hacerle desistir de su propósito; pero todo fue en vano.

Viendo, pues, que nada podían alcanzar, regresaron a su país para darle parte a su soberana del mal éxito de su embajada. La señora, harto afligida, no sabía qué partido tomar, y después de haber reflexionado mucha resolvió ensayar si podría obtener por la astucia o de otro modo las dos cosas a que se había referido su marido.

Una vez meditado su plan, mandó reunir a los notables del Estado y a las personas más honradas del país. Noticióles los pasos que había dado cerca de su marido, representándoles con su acostumbrada discreción que su permanencia entre ellos les privaba de la satisfacción de ver a su señor, y que por lo tanto había resuelto retirarse, desterrarse de su país y emplear el resto de sus días en peregrinaciones y obras piadosas para la salvación de su alma.

—Así, pues, os suplico que elijáis quien tome interinamente las riendas del gobierno e informéis a mi marido de mi partida, noticiándole que si he tomado semejante resolución ha sido solamente para que pudiese volver al lado de sus vasallos, a los que yo abandono para siempre y a fin de que viva tranquilo.

Mientras Giletta hablaba de este modo, sus súbditos derramaban lágrimas de agradecimiento e hicieron todo cuanto pudieran para que cambiara de propósito; pero inútilmente. Después de proveerse de dinero y de muchas joyas, partió, acompañada tan sólo de un primo suyo y una camarista, sin que nadie supiese dónde se dirigía.

Apenas hubo abandonado el Rosellón cuando se disfrazó de peregrino, encaminándose en aquel traje a Florencia lo más rápidamente que pudo. Alojóse en una pequeña posada, cuya posadera era una buena viuda, y allí se ocupó en el modo de ver a su marido, sobre el cual no se atrevía a pedir noticias. La casualidad quiso que al día siguiente pasara montado a caballo por delante de la posada, al frente de su regimiento. Aunque Giletta le reconoció perfectamente, preguntó a la posadera quién era aquel arrogante jinete.

—Es —contestó la viuda— un gentilhomme extranjero llamado el conde Beltrán del Rosellón, hombre cortés, afable y muy estimado en la ciudad, donde ocupa un puesto honroso.

La condesa no se contentó con esto, sino que hizo otras varias preguntas, y supo que su marido estaba locamente apasionado de una joven de calidad de la vecindad, bella, pero pobre, y que tal vez hubiese correspondido a su amor a no ser por su madre, que era la honradez y la virtud misma.

La dama no perdió una sola palabra de lo que le había dicho la posadera, y resolvió aprovecharse de ello para sus fines. Todavía hizo charlar un rato a la buena mujer, y cuando supo lo que le convenía y se hubo informado del nombre y domicilio de la joven en cuestión, fue a verla secretamente. Encontró a la madre y a la hija juntas, y después de saludarlas dijo a la primera que deseaba hablarla un momento a solas. Pasan a la otra habitación y, tomando ambas asiento, la condesa dice:

—Creo, señora, que no tenéis que agradecer, como yo, mucho a la fortuna; mas si queréis hacerme el favor que voy a pedir os prometo reparar su ingratitud para con vos.

—¿Qué puedo hacer en vuestro servicio?

—Mucho, señora; pero antes he de abriros mi corazón. Os pido que guardéis el secreto de lo que vais a oír.

—Os lo prometo; podéis hablar con toda seguridad. Soy una mujer honrada y preferiría morir mil veces antes que faltar a mi palabra.

Bajo esta promesa la condesa le dijo quién era; contóle el principio y progreso de su pasión, las resultas de su matrimonio y la respuesta de su marido a los mensajeros que le mandara. En una palabra: relatóle la historia de su vida, sin ocultarle nada, y empleó tal acento de verdad en su narración que la florentina quedó plenamente convencida de cuanto la decía, y compadeciósese de sus desdichas.

—Sabía, señora, una parte de lo que acabáis de contarme —la dijo—, y me interesaba por vos sin conoceros; pero ¿en qué puedo seros útil?

—No ignoráis, señora —repuso la condesa—, cuáles son las dos cosas que debo tener para recobrar a mi marido; en vuestra mano está procurármelas, si es verdad, como me han dicho, que el conde ama a vuestra hija.

—Si la quiere sinceramente —respondió la dama— es lo que yo ignoro; lo único que sé es que hace cuánto puede para demostrar que está loco por ella. Pero decidme, os repito, ¿cómo puedo serviros y procuraros lo que deseáis?

—Os lo diré después que os haya participado mis designios. Mi reconocimiento, si me servís, no conocerá límites. Vuestra hija está en edad de casarse y tal vez ya lo estaría si fuese rica. Corre de mi cuenta dotarla convenientemente para que pueda encontrar un marido digno de su estirpe. En cambio sólo os pido un favor que nada os costará y me podréis hacer sin comprometeros.

Las ofertas de la condesa agradaron en gran manera a esa tierna madre, que sólo deseaba casar convenientemente a su hija. No obstante, como tenía el corazón muy noble:

—Decidme lo que queréis que haga para agradaros —repuso—; lo haré gustosa y sin interés, ya que en ello no va mi honra. Si después juzgáis a mi hija digna de vuestro aprecio, seréis muy dueña de favorecerla.

—El favor que os pido, señora, es que hagáis participar a mi marido, por persona de toda vuestra confianza, que vuestra hija no es insensible a su amor, y hasta que no se halla muy distante de corresponderle, si estuviese segura de qué es sincero; que para demostrar su sinceridad le bastaría con que le enviase la sortija que lleva puesta, pues ha sabido que dicha sortija es prenda que aprecia. Si os la envía, me la entregáis, y le mandaréis un recado diciéndole que en pago de aquel sacrificio vuestra hija está dispuesta a coronar sus deseos, no dudando ya de la sinceridad de su amor. Se le dará una cita

nocturna, yo ocuparé el lugar de vuestra hija y tal vez Dios me hará la gracia de que quede embarazada. Si obtengo esa dicha, como espero, y tengo un hijo, entonces podré hacerle cumplir la palabra empeñada y os seré deudora de la satisfacción de vivir a su lado.

La florentina, temerosa de exponer a su hija a la maledicencia, opuso al principio grandes dificultades; pero la condesa supo vencerlas, diciéndola que se daría a conocer, a fin de testimoniar la virtud de su hija, si el conde fuese lo bastante mal educado para permitirse la menor indiscreción. En una palabra: supo conducir tan bien el asunto, que la señora, quien por otra parte no podía menos de confesar que su complacencia tenía un fin loable, prometiéndola secundar en todo y por todos sus designios, y lo cumplió.

Pocos días después, sin que ni su hija lo supiera, vino la sortija, habiendo costado mucho al conde desprenderse de ella. La condesa acudió la noche siguiente a la cita y fue desflorada por su marido, que la creía muy lejos de allí. Dios hizo que quedase embarazada de dos robustos mellizos aquella misma noche, a juzgar por la fecha del parto, pues las citas continuaron hasta que hubo pruebas del embarazo; y el conde, cada vez que se reunía con ella, hacía un buen regalo, consistente ya en una sortija, ya en un corazón de oro u otra alhaja que la condesa conservaba para valerse de ellas cuando llegase la ocasión.

Al estar segura de su embarazo, a pesar del placer que le causaban las citas del conde, creyó deber terminarlas para no importunar más a la florentina.

—Gracias a Dios, señora —la dijo—, tengo lo que deseaba. Ya es tiempo de que me vaya a cumplir la promesa que os hice tocante a vuestra hija.

La señora la contestó que aquella noticia la satisface en gran manera, añadiendo que no por ninguna mira interesada, sino por amor a la honestidad la ha ayudado en sus proyectos.

—Es muy loable por vuestra parte; mas no será en pago del importante servicio que me habéis hecho, sino también por amor a la honestidad, que dotaré a vuestra hija. Así, pues, señora, pedid lo que queráis para vuestra hija.

—Ya que no hay medio de desviaros de vuestra generosidad —la contestó la señora, enrojeciendo—, cien francos son más que suficientes para el objeto.

La condesa quedó admirada de su modestia y la obligó a tomar quinientos, acompañándolos con varias joyas de a lo menos igual valor. La florentina quedó muy agradecida. Aquella honrada señora, para quitar al conde todo pretexto de introducirse en su casa, fuese con su hija a vivir al campo, en la de unos parientes. Desesperado Beltrán por haber desaparecido la que creía su

querida, plegóse al fin a los deseos de sus vasallos, quienes desde que faltaba su mujer no habían dejado de solicitar su regreso al Rosellón.

Mucho placer causó su partida a la condesa, si bien creyó lo mejor quedarse ella en Florencia hasta que hubiese dado a luz.

Nacieron dos gemelos que poseían todas las facciones de su padre. Procuróles una nodriza, y cuando estuvo completamente restablecida, preparó su vuelta a Francia, poniéndose en marcha acompañada de la nodriza, su primo y su camarista. Llegada al Languedoc permaneció algunos días en Montpellier, y allí supo que el día de Todos los Santos debía celebrarse en el Rosellón una asamblea de personas notables de ambos sexos. Encaminóse a su país disfrazada con el hábito de peregrino que llevaba a su partida, y llegó al palacio del conde, donde se verificaba dicha asamblea, en el acto de ponerse a la mesa. Penetra en el patio sin cambiar de traje, y con los niños en los brazos atraviesa la sala de la guardia, entra en la que estaban reunidos los notables, adelántase hacia el conde, échase a sus plantas y, bañada en lágrimas, le dice:

—Ved aquí, monseñor, esta mujer desdichada que ha preferido desterrarse de su país y de vuestro palacio antes que privar a vuestros súbditos por más tiempo de vuestra presencia. Ahora viene a pedirlos que mantengáis la promesa que hicisteis a los mensajeros que os envió cuando vivíais en Florencia. Os traigo vuestra sortija, y en vez de un hijo, he aquí dos, que son vuestros. He cumplido las condiciones que impusisteis, y a vos os toca ahora cumplir la palabra empeñada.

Todos los allí presentes, y en particular el conde, no sabían lo que les pasaba. Fácilmente reconoció la sortija, mas si bien los niños se le parecían en gran manera, no se atrevía a creer que fuesen hijos suyos. La condesa le relató, con gran sorpresa de la concurrencia y del mismo conde, cuanto había pasado, y entonces éste quedó convencido de la verdad.

Beltrán admiró su discreción, elogió su constancia y, vencido por las suplicas de sus vasallos, y muy contento, por otra parte, de tener dos niños tan lindos, hizo levantar a la condesa, abrazóla con gran ternura, estimándola y adorándola en lo sucesivo según sus merecimientos. Mandó que vistiera las ropas correspondientes a su rango y se sentara en la mesa a su lado, con gran contento de cuantos estaban presentes. Aquel día y los siguientes se pasaron en regocijos. En fin, el conde del Rosellón llegó al colmo de su alegría, y tuvo en lo sucesivo tantos miramientos y amor para su mujer como antes había demostrado menosprecio e indiferencia.

EL FALSO ARCANGELO EL HIPOCRITA CASTIGADO

Hubo en Imola un hombre de mala reputación llamado Berto de la Massa, con tal fama de rapacero y pícaro redomado, que nunca se daba crédito a lo que decía, y se le hubiera atribuido torcidos designios al ser capaz alguna vez de una buena acción. Viendo que era tan conocido en dicha población resolvió marchar a Venecia, refugio ordinario de bandidos y libertinos. Esperanzado de proseguir allí con más holgura sus perversas inclinaciones, creyó deber cambiar de nombre y ser más cauto. Así, pues, comenzó por mostrarse muy distinto de lo que era, fingiendo probidad, amor a la religión y acabando por hacerse fraile franciscano bajo el nombre de hermano Alberto de Imola, no porque se hubiese convertido, sino para ponerse al abrigo de la miseria y procurarse los medios de satisfacer sus pasiones bajo el manto de la religión. ¡Cuántos hombres han abrazado el estado religioso con iguales miras!

El hermano Alberto comprendió que algo le debía costar alcanzar sus fines, y resolvióse a ello, proponiendo resarcirse cuando se presentara la ocasión. Empezó por demostrar la más grande austeridad. Hacer elogios de las personas devotas, recomendar el ayuno y la oración, ponderar las dulzuras de la penitencia; éste era el tema de sus sermones. No comía sino de vigilia, sólo bebía vino a escondidas, a menudo tomaba los sacramentos y consagraba sus horas de recreo al estudio. De este modo no tardó en adquirir la estimación de sus colegas, quienes considerándolo tan sabio como piadoso, no titubearon en hacerle tomar el hábito.

Desde aquel instante se entregó a la buena vida, y como no carecía de talento ni de ambición, no tardó en hacerse célebre entre sus oyentes. Era el más estimado de todos. Al oírle predicar nadie hubiera dudado que no estuviese penetrado de las verdades que enseñaba, tal era el arte que poseía para disfrazar sus pensamientos. A veces hasta derramaba lágrimas en el púlpito a fin de mostrarse más conmovido y conmover al mismo tiempo a su

auditorio. En una palabra, supo ingeniarse tan bien que en poco tiempo adquirió el aprecio y la confianza de toda la población.

Nadie hablaba más que del hermano Alberto; cuantas devotas había querían poseerle por director espiritual; los hombres más honrados lo llamaban a la cabecera de su lecho de muerte; varios lo nombraron ejecutor de su última voluntad; otros pusieron su dinero y cuanto de más precioso tenían en sus manos. ¡Cómo obraría aquel tunante no temiendo ser descubierto ni que sospechasen de él, pues aunque se le hubiese cogido con las manos en la masa nadie le creería culpable, tal era la veneración que había sabido inspirar en los ánimos! Nunca franciscano alguno, ni el mismo San Francisco de Asís, gozó en vida de tal reputación de santidad.

Como siempre había sido inclinado a las mujeres, cuando encontraba una penitente fácil o crédula sabía envolverla con mucha maña en sus redes. Cierta día, una joven de espíritu débil y frívolo, llamada Lisetta de Caquirino, fue a confesarse con el hermano Alberto. Dicha joven estaba casada con un rico comerciante a quien sus negocios habían llamado a Flandes hacía poco tiempo. Tras una detallada exposición de sus pecados, el fraile la preguntó si tenía algún galán.

La señora, fiera y orgullosa como buena veneciana, contestóle con buen humor:

—¿De qué os sirven los ojos, reverendo padre? ¿Creéis que mi belleza es de naturaleza a ser fácilmente prostituida? No hay duda de que si quisiera tendría más amantes que ninguna mujer; pero como mis gracias son extraordinarias, las reservo para hombres que valgan la pena. ¿Habéis visto nunca una mujer mejor formada ni más hermosa que yo?

Y continuó diciendo otras mil extravagancias tocante a su belleza, que llamó celeste y divina. No tardó en comprender el hermano Alberto que su penitente tenía muy poco seso, aunque fuese bonita, y viendo que precisamente era lo que él necesitaba, la codició en el acto y llegó a enamorarse apasionadamente de ella.

Pocos días después, y acompañado de un fraile de toda su confianza, dirigióse a casa de la joven penitente, y habiéndola tomado aparte, échase a sus plantas y la dice:

—Señora, os pido me perdonéis lo que os dije el domingo pasado al confesaros; fui tan castigado por ello la noche siguiente que desde entonces casi no he abandonado el lecho.

—¿Y quién os ha castigado así? —preguntó la joven y locuela Lisetta.

—Vais a saberlo. La noche que siguió a vuestra confesión estaba, como de costumbre, orando en mi celda y apercibo de repente vivo resplandor. Vuelvo la cabeza para ver lo que aquello significaba, cuando un lindo joven se abalanza sobre mí y me apalea con todas sus fuerzas. Terminado que fue el vapuleo, le pregunto quién era y por qué me había molido a palos. Contéstame que era el arcángel Gabriel y que me había castigado por haber osado censurar la celestial belleza de la señora Lisetta, a la cual amaba, después de Dios, sobre todo el mundo. Como comprenderéis, le pedí humildemente perdón por mi fala. «Te lo otorgo —me contestó— a condición de que vayas en busca de esa señora y te excuses con ella. Arréglate como puedas —añadió—; mas estate persuadido que si no obtienes su perdón volveré y te propinaré tantos palos que quedarás servido para el resto de tus días».

Así, pues, señora, acordadme vuestro perdón, que después os daré cuenta de lo que añadió el arcángel.

La tontuela oía regocijadísima cuanto la decía el hermano Alberto, ya que tales palabras halagaban su loca vanidad.

—Ya os lo decía yo, padre Alberto —contestó ella en grave tono—; mis encantos son celestes. No obstante, me pesa el mal que os he causado, y a fin de que no seáis maltratado de nuevo os perdono; pero con una condición: que volváis a contarme cuanto el arcángel os ha dicho.

—Puesto que me habéis perdonado —repuso el fraile—, ya nada os ocultaré. Pero recordad que debéis guardar el más inviolable secreto sobre lo que voy a revelaros.

—Podéis hablar sin temor, y contad con mi discreción.

—Sois la más afortunada de las mujeres —la dijo entonces el padre Alberto—. El arcángel Gabriel os ama apasionadamente, y si no temiera desagradaros o más bien causaros espanto, hace mucho tiempo que hubiera venido a dormir en vuestra compañía. Me ha encargado os dijera que tenía muchas ganas de hacerlo, y que vendría a vuestro encuentro la noche que tuvierais a bien indicarle. Mas como es arcángel, y si se presentase en aquella forma vos no podríais tocarle, me ha declarado que para agradaros tomará forma humana, y me ha ordenado preguntaros cuándo os dignaréis recibirlo y bajo qué forma, pudiendo estar persuadida de que acudirá a la cita. Por lo cual podéis gloriaros de ser la más afortunada de las mujeres así como sois la más hermosa.

La buena señora contestó cándidamente que estaba muy contenta del amor que concibiera el arcángel hacia ella, siendo así que siempre había sido muy

devota de él.

—No puedo ver una imagen suya en la iglesia o capilla sin que al momento haga encender un cirio a su devoción. Puede venir a verme cuando le acomode, que será muy bien recibido y sin testigos. Es dueño de tomar la forma que más le plazca, con tal de que no me cause miedo.

—Habláis perfectamente, señora; dejad las cosas de mi mano y quedaréis satisfecha. Mas tengo que pedir os una gracia, la cual no os costará nada y me complacerá en extremo. Esta gracia es que aceptéis que el arcángel se valga de mi cuerpo para presentarse a vuestra vista. Voy a deciros el bien que de ello me resultará: al animar el arcángel mi cuerpo enviará mi alma al paraíso y la retendrá allí mientras él permanezca a vuestro lado.

—Es muy justo —repuso Lisetta— que os dé este consuelo a fin de indemnizaros de la paliza que habéis recibido por mi causa.

—Podéis dar orden, bella señora, para que el arcángel encuentre esta noche abierta la puerta de vuestra casa, ya que, visitándoos en forma humana, sólo puede entrar por la puerta, como los hombres.

Habiendo prometido Lisetta que así lo haría, el franciscano se retiró, dejándola tan alegre e impaciente por ver a su arcángel que los minutos se le hacían siglos.

El hermano Alberto hizo sus preparativos para poder representar bien su papel aquella noche. No siendo el de arcángel el que había de desempeñar, comenzó por tomar varios confortativos a fin de cobrar fuerzas y ponerse en estado de hacer prodigios de valor. Llegada la noche, salió del convento acompañado del fraile con cuya fidelidad contaba, y se dirigió en busca de una zurcidora de voluntades amiga suya, de cuya casa tenía la costumbre de servirse cuando encontraba alguna mujer fácil y de buena voluntad.

Después de proveerse de un largo ropaje blanco, encaminóse, cuando creyó ser hora, a casa de Lisetta. Abre la puerta, que sólo estaba entornada, pónese el traje blanco de que iba provisto, sube al cuarto de la señora, la cual, maravillada con la sorprendente blancura de aquel pretendido arcángel, arrodillarse ante él. El arcángel la bendice, levántala del suelo y la indica que se acueste. Ella obedece al momento y el caballero arcángel la sigue.

Como el hermano Alberto era bastante buen mozo y de una constitución vigorosa, al encontrarse bajo las mismas sábanas de Lisetta, joven fresca y delicada, no tardó en probarle que los ángeles de su temple eran mucho más hábiles que su marido. La señora estaba loca de contento y bendecía al cielo por haberle acordado una belleza tan fascinadora que era capaz de enamorar a un arcángel. La escena duró lo bastante para contentar a la joven sin dejarla

cansada, empleándose los entreactos en departir sobre asuntos celestiales. Al rayar la aurora, juzgando el franciscano que era prudente retirarse, tomó sus medidas para regresar al convento, yendo a juntarse con su compañero, que la caritativa vieja alcahueta había hecho dormir con ella para que no se fastidiara.

No bien hubo acabado de comer la hermosa Lisetta, cuando se dirigió en busca del padre Alberto para notificarle que había recibido la visita del arcángel Gabriel y contarle lo que hablaron sobre la gloria celestial, mezclando en su relato mil fábulas a su manera. Después de un buen rato de conversación Lisetta regresó a su casa, donde estuvo aguardando con impaciencia la segunda visita del arcángel, que en efecto obtuvo, y luego la tercera, y otras y otras, y hubieran continuado a no ser por su infelicidad, que todo lo desbarató.

Encontrábase un día en compañía de una de sus amigas, cuando recayó la conversación sobre la belleza de las mujeres. La locuela se apresuró a colocar la suya por encima de las demás.

—Si supieseis, amiga mía, a quién he tenido la fortuna de agradar, no titubearíais en darme la preferencia tocante a belleza sobre todas las mujeres que acabáis de mencionar.

Y a renglón seguido la contó toda su historia con el arcángel.

—El lindo Gabriel me ha probado, cada vez que ha dormido conmigo, que a su lado mi marido no es más que un inválido. Por otra parte, me ha asegurado que en el paraíso se hace la corte igual que entre nosotros, y que sólo se ha enamorado de Lisetta porque no ha encontrado en el cielo mujer cuya belleza le agradara tanto como la mía. ¿Comprendéis ahora? ¿Es claro lo que os digo?

La amiga ardía en deseos de encontrarse sola para reírse de la imbecilidad de Lisetta. Aquella misma noche reuníase con gran cantidad de mujeres en una fiesta de boda, y contólas, para divertir las, el amor angelical de la loca de Lisetta con todos sus pormenores. Estas mujeres lo contaron todo a sus maridos, éstos lo contaron a otras mujeres y en menos de dos días casi toda Venecia supo la anécdota.

El asunto llegó a oídos de los cuñados de Lisetta, los cuales, sabiendo su gran simplicidad, no dudaron de que alguien había logrado engañarla haciéndose pasar por un ángel, y resolvieron saber qué clase de ángel era éste.

Enterado el hermano Alberto de los rumores que corrían, presentóse en su casa una noche para reconvenirla amargamente por su indiscreción. Los cuñados, que estaban de centinela toda la noche, le habían visto entrar y

siguiéronle los pasos muy de cerca. Apenas se hubo desnudado cuando sintió ruido a la puerta del cuarto. Al momento cayó en lo que pudiera ser, máxime al oír que forzaban la puerta, cerrada con candado.

No había más remedio que escapar, que tirarse rápido por la ventana que daba sobre el gran canal. Así lo hizo, y como había mucha agua no sufrió ningún daño al caer; sólo quedó un poco aturdido, mas no para impedirle ganar a nado la orilla opuesta. Refugióse en casa de un marinero que encontró abierta, rogando a aquel hombre que tuviese a bien salvarle la vida. Dio tal giro a su aventura que logró enternecerle y hasta no infundirle sospechas al verle en aquel estado, o sea, casi en cueros. El marinero le ofreció su propia cama y prometió hacer en favor suyo todo lo que pudiera. Cuando fue de día se excusó por verse obligado a dejarlo, puesto que le llamaba un asunto que a lo sumo le ocuparía una hora, suplicándole que no se moviera hasta su vuelta.

Al penetrar los cuñados en casa de la señora, viendo que el ángel había volado, dijeron mil pestes a Lisetta, amenazándola con hacerla encerrar, y se retiraron llevándose los hábitos del fraile angélico.

Como la aventura se había divulgado desde muy temprano, el marinero oyó decir en la plaza de Rialto que el arcángel Gabriel había dormido la noche anterior con la señora Lisetta; que habiendo sido descubierto al lado de ésta por sus parientes, se había tirado al Gran Canal, temeroso de ser cogido, y que se ignoraba su paradero. Al oír esto pensó al momento el buen hombre que aquel ángel podía muy bien ser el sujeto que se había refugiado en su casa. Encamínase a ella, interroga al huésped, le reconoce y le amenaza con entregarle a los cuñados de la señora si no le da cincuenta ducados.

El franciscano escribe un billetito que el marinero hace llevar a su destino por un mandadero, quien vuelve con el dinero. El fraile piensa salir librado con esta cantidad; pero el marinero, justamente indignado de su hipocresía, no le cree bastante castigado.

—Padre angelical —le dice—, sólo un medio os queda para salir de mi casa y escapar a la irritación de los parientes de la señora Lisetta. Celébrase hoy una fiesta en la plaza de San Marcos en la que cada ciudadano puede llevar a un hombre de oso o de salvaje. Si queréis poneros uno de esos disfraces, os llevaré conmigo, y cuando la ceremonia, que debe representar una cacería, esté terminada, os prometo llevaros a lugar seguro y daros las ropas que me pidáis. Por este medio os libraréis de las iras de los deudos de la señora en cuya casa pasasteis la noche.

Repugnaba no poco al hermano Alberto presentarse en público bajo ese disfraz. Mas ¿qué hacer? El tono en que había hablado el marinero indicaba

que era el único recurso que le quedaba para librarse de las manos de sus enemigos, y como éstos le inspiraban un miedo cerval, aceptó lo que se le proponía. Inmediatamente, el dueño de la casa le unta de miel y le empluma, pónole una careta, pásale una cadena por el cuello, le hace empuñar un palo en una mano y con otra sostener una cuerda en la que estaban atados dos perrazos de presa. Mientras se entretiene en ponerle este disfraz de hombre de la selva manda un pregonero para que publique a son de trompa, en la plaza de Rialto, que el que quisiese ver al arcángel San Gabriel se dirigiese a la plaza de San Marcos.

Apenas el marino hubo salido a la calle llevando su salvaje sujeto por la cadena y haciendo que marchara delante de él, cuando se vio rodeado de un sinnúmero de personas. Todos ignoraban lo que aquello significaba, y se lo preguntaban el uno al otro.

La plaza de San Marcos estaba llena de gente cuando penetraron en ella. El primer cuidado del marinero fue atar su salvaje a un pilar, en sitio elevado, bajo el pretexto de aguardar el momento de la pretendida cacería, dejándole por más de una hora a merced de las moscas, los tábanos y de la rechifla del populacho. Cuando vio que la plaza estaba bien repleta, fingiendo querer desatar al salvaje, quitóle la máscara, diciendo en alta voz a la muchedumbre que le rodeaba:

—Puesto que el jabalí no se presenta a la cacería, no puede celebrarse hoy; pero, señores, para que no perdáis vuestro tiempo en balde voy a mostraros el arcángel que ha bajado del cielo para consolar de noche a las señoras venecianas. Helo aquí, ese bello arcángel del que ya tenéis noticia —añadió, descubriendo el rostro del hermano Alberto, que acababa de desenmascarar y que todos reconocieron en el acto.

Puedes imaginarte, querido lector, cuáles serían sus sufrimientos al verse burlado de aquella manera y expuesto a las bromas de la plebe, que no tardó en estar al corriente de la aventura de la noche anterior.

La historia añade que el hermano Alberto, una vez en el convento, fue encerrado en un calabozo, donde es de presumir que acabase sus días miserablemente. De esta suerte, un bribonazo de fraile, después de engañar por mucho tiempo a toda la ciudad con su hipocresía, de haber abusado de la crédula vanidad de una mujer y de cometer tal vez mil actos más negros, aunque más ocultos, fue desenmascarado a los ojos del público y recibió el castigo que merecían sus iniquidades. ¡Ojalá suceda lo mismo a cuantos se le parecen!

EL SAPO O LA INOCENCIA JUSTIFICADA

No ha mucho había en Florencia una joven llamada Simona, hija de padres pobres, pero excesivamente bella y bastante mal criada, atendida su condición. Como tenía necesidad de trabajar para vivir, hilaba lana para varias personas. Estos cuidados no eran obstáculo para que fuese sensible al amor. Pasquino, joven de una condición igual a la suya, tuvo ocasión de conocerla por haberla llevado lana para que la hilara, de parte de su amo, y la encontró tan linda y tan honesta que no pudo menos de enamorarse de ella. Cortejóla asiduamente, no tardando en agradar a Simona. Como se apercibiese de esto, redobló sus atenciones, atacó más y más, solícito ya acabó de enardecer a la joven hasta el punto de suspirar y quejarse ésta cuando dejaba de verle.

Bajo el pretexto de vigilar para que la lana de su amo quedase bien hilada y antes que otra alguna, visitaba con frecuencia a la joven, pareciéndole minutos las horas que pasaba a su lado. La hablaba continuamente de su ternura, elogiaba los placeres del amor, la exhortaba y requería para que satisficiera su pasión haciéndole el más dichoso de los mortales a la par que ella lo sería también. Simona tenía el corazón quebrantado con las súplicas de su amante, pero su timidez la impedía acceder a lo que la pedía. Más atrevido cada día él, mientras ella iba desechando la timidez, acabaron por esconder el huso, encontrando tal placer en el negocio que mutuamente resolvieron continuar la obra comenzada.

En vez de debilitarse su amor con el placer, encendíase más y más, no dejando escapar ninguna ocasión de saborear sus frutos, lo que, aunque se presentaba con frecuencia, no era con tanta como ellos deseaban. Además, el temor de ser sorprendidos solía abreviar sus placeres, lo cual hizo desear a Pasquino ver a su amada en otro sitio que en su casa, para poder entregarse con toda libertad a sus transportes. Al efecto, le indicó un jardín donde podía estar al abrigo de toda alarma y temor. Aceptó Simona con alegría la proposición y prometió a su amante encontrarse el domingo en aquel sitio después de comer. Llegada la hora, anunció a su padre que iba con Lagina, una de sus mejores amigas, a la iglesia de San Galo, para ganar la indulgencia

plenaria, y acompañada de aquella encaminóse en derechura al jardín. Su amante la esperaba en compañía de un amigo suyo llamado Puccino, aunque más conocido por Stramba.

Éste aprovechó la ocasión para entablar relaciones con Lagina cumplimentándola por su gentileza, y no tardaron en hacerse amigos. Mientras éstos se entretenían en su amorío, Pasquino y Simona se retiraron a apartado sitio, donde fácil es comprender lo que hicieron. Había en aquel punto una grande y magnífica planta de salvia; mientras nuestros dos amantes se felicitaban de encontrarse en lugar tan agradable y tomaban sus medidas para volver allí cuanto antes, Pasquino cogió una hoja de aquella salvia y se frotó los dientes, diciendo que no había nada mejor para conservar su blancura; mas apenas la planta había tocado sus encías cuando palidece, cierra los ojos y muere.

Sorprendida Simona de tan funesto y rápido accidente, comienza a gritar desesperadamente y llora a mares. Llama a Stramba y a su amiga Lagina, que vuelan en su socorro. Nada iguala su sorpresa cuando ven a Pasquino tumbado en el suelo y sin movimiento, Stramba nota que su amigo está hinchado y su rostro cubierto de manchas negras.

—¡Desdichada —exclama— tú lo has envenenado!

Los vecinos y los dueños del jardín que se presentaron al oír los gritos de Simona, viendo el cadáver de su amante tan desfigurado, unen sus sospechas y reproches a los de Stramba, y aquella pobre muchacha, a quien el exceso de su dolor impedía justificarse, con su silencio acaba de persuadirles de su culpabilidad. En vano quiso defenderse cuando se hubo calmado. Es presa y conducida a presencia del podestá, acusándola Stramba y dos amigos de Pasquino que habían acudido al lugar de la catástrofe, llamados Atticciato y Malagevole. El juez trabajó sin descanso en la instrucción del proceso; tomó declaración a Simona y en vista de sus respuestas, no pudiendo admitir que fuese criminal, quiso trasladarse con ella al sitio donde había ocurrido el suceso, en el cual estaba tendido el cadáver, para conocerlo en todos sus detalles.

Llegados a aquel sitio Simona contó al juez cuanto había ocurrido, y para convencerlo de que no mentía repitió las palabras que había pronunciado Pasquino, la situación y actitud en que se encontraban, sus movimientos, sus gestos, llevando la imitación hasta el punto de arrancar una hoja de salvia con la que también se frotó los dientes. Cuantos presenciaron el acto se burlaron de lo que llamaban nimiedades de la acusada.

Stramba y los otros testigos la acusaban con más calor que nunca, pidiendo que se la castigara por medio del fuego, cuando la infortunada Simona, a quien a pesar de haber perdido a su amante y el temor de la pena que para ella solicitaban sus acusadores habían quitado la palabra, cayó muerta, con gran sorpresa de todos los asistentes.

Así terminaron en un solo día y casi a la misma hora, el amor y la vida de estos dos amantes. ¡Dichosos ellos si en el otro mundo se aman como se amaron en éste! Pero tres veces más dichosa la tierna Simona, cuya inocencia triunfó, gracias a su muerte, del falso testimonio de Stramba, Atticciato y Malagevole, gentes de la hez del pueblo, pero más despreciables aún por la bajeza de su alma que por la inferioridad de su cuna.

El juez y los demás espectadores no volvían en sí de su sorpresa. Al cabo de un rato, el podestá, viendo que aquella planta de salvia debía ser venenosa, dio orden de que fuese arrancada, a fin de evitar nuevos accidentes y bajo sus raíces se descubrió la presencia de un sapo de enorme tamaño, no dudándose ya de que había envenenado la planta y sido causa de la muerte de los dos amantes.

La presencia de aquel animal causó tanto espanto entre los asistentes, que nadie se atrevía a matarlo, temiendo acercarse a él por el veneno que podía lanzar. Adoptóse el partido de echar fuego en el agujero donde se guarecía, para que se consumiese junto a la salvia que había envenenado.

Creo inútil decir que se sobreseyó el proceso comenzado contra la desgraciada Simona, la cual fue enterrada al lado de su amante en la iglesia de San Pablo, su parroquia, y sus propios acusadores se impusieron la obligación de asistir a sus funerales.

LAS DESDICHAS DE LOS CELOS

Marsella es, como sabéis, una de las ciudades más antiguas y populosas de la Provenza. Siendo puerto de mar, su comercio es muy activo, si bien ahora ha decaído un poco. Entre los comerciantes de dicha ciudad había uno inmensamente rico en tierras y en dinero sonante, llamado Arnald Claude, de muy baja estofa, pero honrado y probo hasta lo sumo. Había tenido varios hijos de su mujer, entre otros, tres niñas mayores que los varones. Las dos primeras, gemelas, contaban quince años, y la más joven catorce. La madre sólo aguardaba para casarlas el regreso de su marido, que había ido a España para asuntos comerciales. Una de estas niñas se llamaba Ninette, la otra Magdalena y la tercera Bertelle.

Un joven gentilhomme, si bien escaso de medios de fortuna, llamado Restaignon, estaba perdidamente enamorado de Ninette, que le correspondía con igual ternura, y como era bastante amable e insinuante, supo obtener sus favores, lo cual en vez de debilitar su pasión no hizo más que acrecentarla y hacerla más violenta. Mientras disfrutaban de tanta dicha, dos jóvenes caballeros, hermanos y huérfanos, que habían heredado inmensos bienes, se enamoran el uno de Magdalena y el otro de Bertelle. El primogénito se llamaba Foulques y el menor Huguet. No bien se enteró el amante de Ninette, cuando concibió el proyecto de salir de su estado de pobreza merced a la protección que de aquéllos pensaba obtener.

Animado por esta idea, trabó conocimiento con ellos, apresurándose a procurarles los medios de ver a sus adoradas, y acompañándoles a la cita que obtuvieron por conducto de Ninette; en una palabra hizo cuanto pudo para demostrarles su celo, a fin de que estuviesen agradecidos. Cuando creyó haber ganado su amistad, invítalos un día a comer a su casa, y después de hablar de diversos asuntos, les dice:

—Amigos míos, me complazco en que me haréis la justicia de creer que estoy muy satisfecho de haberos conocido y trabado amistad con vosotros, y haré cuanto de mí dependa para daros de ello buenas pruebas. Tampoco pongo en duda la sinceridad del afecto que me profesáis, lo cual me alienta

para haceros ahora una proposición que, si la aceptáis, puede darnos la felicidad a los tres. No ignoráis que estoy, cuando menos, tan enamorado de Ninette como vosotros de sus hermanas; tampoco se os ocultan las dificultades con que luchamos para verlas; pues bien, yo me comprometo a que desaparezcan todos los obstáculos que se oponen a nuestra felicidad, si consentís en lo que voy a proponeros: sois ricos, yo pobre; por lo tanto, si queréis darme una parte de vuestros bienes y convenir en un lugar donde podamos retirarnos y vivir en común como buenos amigos, me comprometo a determinar a las tres hermanas que nos sigan, si es que aceptáis la idea. ¿Qué amantes en la tierra, qué hombres habrá más afortunados que nosotros? Pensadlo bien y decidid.

Los dos hermanos, que estaban locamente enamorados, viendo que podían disfrutar libremente de su amor, no titubearon un instante y aceptaron la idea.

—A vos toca elegir el sitio —le contestaron—; estamos dispuestos a establecernos donde os parezca mejor, con tal de que nos acompañen nuestras queridas.

Restaignon quedó muy complacido de la respuesta. Pocos días después se le ofreció la ocasión de tener una entrevista con su adorada Ninette, a la cual dio parte del complot tramado por Foulques y Huguet, rogándola que facilitara su ejecución. Ninette consintió en lo que se la pedía voluntariamente, pues estaba ansiosa de poder dar rienda suelta sin obstáculo alguno a los movimientos de su apasionado corazón. Aseguró a su amante que conseguiría que sus hermanas la ayudaran en aquella empresa, y que podría tener todo preparado cuanto para la partida.

Restaignon se apresuró a ir en busca de los dos hermanos para comunicarles el éxito de su embajada. Éstos, después de haber convenido elegir a Candía como lugar de refugio, vendieron todos sus bienes raíces e inmuebles, pretextando querer dedicarse al comercio y compraron una fragata que armaron secretamente, esperando la ocasión favorable para hacerse a la vela.

Ninette, por su parte, que sabía que sus hermanas no se hallaban menos contrariadas ni enamoradas que ella, supo interesarlas tan bien que estaban impacientes aguardando la hora de la partida. Habiendo llegado tan anhelado momento, las tres marsellesas encontraron medio de meter mano en la gaveta de su padre, llevándose cuánto dinero pudieron cargar. Huyeron de noche de la casa paterna, yendo en busca de sus amantes, que las esperaban. En el acto se embarcó el enamorado terceto y el barco se hizo a la vela. Bogaron todo el

día con viento favorable y aquella misma noche llegaron a Génova, donde los dos hermanos probaron, por vez primera, los placeres del amor.

Los de Restaignon no fueron menos vivos, a pesar de que ya los había gustado otras veces; pero como anteriormente estaba con miedo, y siendo tan grande su pasión, ésta vez encontró nuevos encantos al consumir el acto.

Después de divertirse algún tiempo en Génova y proveerse de cuanto les hacía falta, prosiguieron su viaje. La navegación fue tan feliz que en menos de ocho días llegaron a Candía, estableciéronse muy cerca de la ciudad de este nombre, donde compraron buenas tierras y quintas de recreo, viviendo espléndidamente. Gran jauría, muchas aves raras, caballos de precio, numerosos criados, en una palabra: tenían cuanto puede procurar el dinero. Todos los días daban festines y se regalaban con sus queridas, habiendo llegado al colmo de la alegría y de la dicha.

Como todo cansa en esta vida, hasta la felicidad; como la querida más bonita y amable deja a la larga de parecerlo al que la disfruta con libertad, sucedió que Restaignon, que tanto había amado a la suya, enfrióse hasta el extremo de buscar el medio de serle infiel. En una de las fiestas encontró una señorita de la alta sociedad, tan encantadora que súbitamente quedó prendado de ella. Hizo cuanto pudo para ocultar esa nueva inclinación, sobre todo a Ninette; pero sus asiduidades para con su rival, las fiestas que le daba y su apresuramiento para encontrarse en todas partes a dónde ella iba, empezaron a hacer sospechar y poner inquieta a Ninette, que seguía amándole con igual ardor.

Desde aquel momento no podía dar un paso sin que la marsellesa le siguiese o hiciese espiar; llenábalo de denuestos y sus celos cobraron tales proporciones, que se encolerizaba contra él por el más leve pretexto. Como las dificultades encienden los deseos, cuanto más esfuerzos hacía ella para alejar a su amante de su rival, más y más aumentaba la pasión de Restaignon. No sabemos si logró éste obtener los favores del nuevo objeto de su pasión; sólo se cuenta que a Ninette, por habérselo asegurado, o por indicios, no le cupo duda de que le había sido infiel.

Su despecho la produjo gran melancolía, convirtiéndose en aversión la pasión y ternura que la inspirara su amante, y abandonándose a su resentimiento y furor, resolvió deshacerse del infiel. Con tal designio va a ver a una vieja griega, célebre en el arte de envenenar, y la convence para que componga un licor mortífero, que dio a beber a Restaignon una noche que se hallaba muy exaltado y que menos que nunca podía sospechar una venganza por parte de su amante.

El efecto del veneno fue tan rápido que murió aquella misma noche. La noticia de muerte tan repentina causó la mayor pena a Foulques, a su hermano y a las dos marselesas, que ignoraban la causa. Ninette afectó igual tristeza que los demás, para alejar toda sospecha, pero su crimen fue descubierto.

Pasado algún tiempo, Dios hizo que la vieja griega fuese presa por algún otro delito y habiéndola aplicado el tormento, en la confesión que hizo de sus crímenes, declaró haber tomado parte en la muerte de Restaignon, puesto que había vendido a su amante el veneno que sirvió para matarle. En vista de esta declaración, el duque de Candía, sin manifestar a nadie su propósito, dirigióse de noche al frente de un piquete de soldados a rodear el palacio que habitaban los provenzales e hizo prender a Ninette. Ésta, sin esperar el tormento, confesó todo lo que quisieron. Fácil es comprender cuál sería la sorpresa de Foulques y de Huguet, cuando supieron de labios del mismo duque la causa de la prisión de la hermana de sus amantes, las que tampoco quedaron menos sorprendidas ni fue menos su dolor. Unos y otras emplearon todos los medios imaginables para librarla de la pena que merecía; pero perdían la esperanza de lograrlo, tal era el empeño del duque en no concederla ninguna gracia.

Magdalena, joven y bonita, a quien el duque había cortejado algún tiempo, pero sin fruto, creyó que si se mostraba menos esquiva con él, podría lograr el perdón de su hermana, y con tal motivo envió un emisario secreto a ver al duque, para anunciarle que se plegaría a sus exigencias si le devolvía a su hermana y le prometía que por nada del mundo revelaría el secreto.

La proposición gustó en extremo a aquél; pero todavía dudó un momento si aceptaría o no. El amor fue más fuerte que la razón y la justicia. Así, pues, ordenó que fuesen detenidos, con el consentimiento de Magdalena, Foulques y Huguet, bajo el pretexto de que debían prestar declaración y ser careados con Ninette, para saber si acaso eran cómplices en el envenenamiento, y la noche siguiente fue secretamente a ver a Magdalena.

Antes tuvo la precaución de esparcir el rumor de que había hecho meter en un saco y tirar al mar a la culpable Ninette, a la cual puso, aquella misma noche, en poder de su caritativa hermana, recomendándole, no obstante, que la alejara de su lado, temeroso de tener que castigarla si la cosa llegaba a descubrirse. Al día siguiente los dos hermanos fueron puestos en libertad y como estaban en la creencia de que Ninette había sido ahogada, trataron de consolar a sus amantes por la muerte de su hermana.

Por mucho cuidado que puso Magdalena en ocultarla, no tardó Foulques en descubrir que vivía en su casa, lo cual le sorprendió no poco. El misterio con que se había llevado el asunto le inspiró sospecha. Al momento recordó el

amor que tuvo el duque por Magdalena, la cual le hizo un largo sermón para ocultarle la verdad, si bien no le convenció. Al contrario, aumentáronse sus sospechas, hasta el punto de recurrir a la violencia para obligarla a decir lo que había pasado. La joven, intimidada por las amenazas de su amante, tuvo la debilidad de confesarle la falta que le hiciera cometer el cariño de su hermana. Semejante declaración fue una puñalada para Foulques, quien no dando oídos más que a los impulsos de su cólera y furor, desenvaina al momento la espada y la hunde en el pecho de la infortunada, que se había arrojado a sus pies implorándole perdón.

Apenas hubo dado el golpe cuando, temeroso de la venganza del duque, dirígese en busca de Ninette y la dice con aire tranquilo y sereno que venía en su busca para librarla de las iras del duque, quien, sabiendo que no había partido, mandaba para buscarla para que fuese traída a su presencia.

Ninette, que tenía motivos para creer lo que Foulques la decía, no dudó en seguirle, sin acordarse de despedirse de sus hermanos, pusiéronse en marcha al comenzar la noche, llevándose todo el dinero que pudieron. Ganaron el puerto más próximo y se embarcaron sin que se haya vuelto a saber de ellos.

Advertido el duque del triste fin de Magdalena, mandó prender a Huguet y a su amante. Por más que protestaran de su inocencia y de excusarse con la huida de Foulques y Ninette los dos fueron puestos al tormento, la violencia de éste les obligó a declararse cómplices de la muerte de Magdalena, y como después de semejante declaración, por forzada que hubiese sido, sólo les aguardaba la muerte, encontraron el medio de corromper a su carcelero, prometiéndole una cantidad de dinero que irían a buscar, una vez en libertad, en el sitio que lo tenían guardado para caso de necesidad. Embarcáronse de noche, en compañía de aquél, dirigiéndose a Rodas, donde no tardaron en sentir todos los horrores de la miseria, que no les abandonó hasta la tumba.

EL ENCUENTRO FELIZ

En la isla de Isquia, inmediata a Nápoles, vivía en otro tiempo un excelente gentilhombre llamado Marín de Bulgaria, el cual tenía una hija muy bonita y amable, llamada Restituta, de la que se enamoró perdidamente un joven habitante de la isla de Prócida, cercana a la de Isquia. Este isleño, llamado Juan, supo interesar a la joven, logrando obtener varias entrevistas tanto de día como de noche, pero sin alcanzar más favores que algunos besos.

Cuando no encontraba ningún barquichuelo para pasar de una a otra isla, antes de faltar a la cita, hacía la travesía a nado, y si tenía la desgracia de no ver a su novia, siquiera le quedaba el consuelo de haber contemplado las paredes de la casa en que vivía. Aquel edificio le parecía un templo y su bienamada, una divinidad digna de los homenajes que todos los corazones sensibles rinden a la virtud unida a la belleza.

Durante estas relaciones amorosas, pero inocentes, quiso un día la joven ir a dar un paseo por la costa, y viéndose sola, saltaba de roca en roca armada de un cuchillo para coger ostras y comérselas. Entre las rocas manaba una fuente rodeada de arbustos que prestaban plácida sombra. La frescura de aquel sitio había convidado a varios jóvenes que venían de Nápoles a descansar; en cuanto vieron llegar a Restituta que, distraída, no los apercibió, resolvieron llevársela. No le valió que pidiera socorro, fue arrastrada de allí y trasladada a la embarcación y aunque desde un principio la trataron con miramientos y trataron de consolarla, la joven no cesaba de llorar.

Llegados a Calabria deliberaron sobre cuál de ellos la gozaría; todos querían poseerla y disfrutar exclusivamente de sus favores, hasta tal punto había logrado interesarles su belleza. Grandes disputas trabáronse por uno y otro lado, impidiéndoles los celos ponerse de acuerdo. A fin de no reñir del todo y evitar una desgracia, convínose en que ninguno de ellos la tuviese, sino que la presentarían a Federico, rey de Sicilia, joven príncipe que sabían gustaba en gran manera de aquél género de regalos, que pusieron en ejecución inmediatamente después de su llegada a Palermo.

El rey la encontró muy de su gusto, aceptando el presente con alegría. Pero como en aquel momento se encontraba bastante mal de salud, mandó que la bella fuese trasladada a una quinta llamada «Lacuba», con orden de tratarla regaladamente y con todo miramiento hasta su total restablecimiento.

El rapto de Restituta no tardó en divulgarse por todo Isquia y si bien se ignoraba quién había dado el golpe, Juan, su enamorado, al que importaba más que a nadie descubrir su paradero, valióse de todos los medios para indagarlo, así como del nombre de sus raptos.

Manda armar con diligencia una fragata y recorre todos los mares de las cercanías, desde la Minerva hasta la Scala, en Calabria, y allí fue donde supo que había sido regalada al rey, el cual la guardaba en «Lacuba». Esta noticia le afligió en gran manera, desesperando de poderla poseer, ni tal vez verla más. No obstante, resolvió mantenerse a la mira, despachando su fragata con objeto de detenerse en Palermo para ver el giro que tomaban las cosas. Como nadie le conocía, paseábase con el mayor atrevimiento por delante de la quinta, y a fuerza de pasar y repasar sucedió que un día vio a Restituta asomada a una ventana. Acercóse un poco más para que su novia se fijase en él y, efectivamente, ésta le divisó, causándole la más grande alegría. Como el lugar era silencioso y poco frecuentado, la joven se acercó cuanto pudo para poderle hablar, y sin más preámbulos, le indicó lo que tenía que hacer para verla y estar más cerca de ella sin testigos.

Examina la topografía del terreno que acaba de indicarle, y ya muy avanzada la noche vuelve allí, se encarama a la pared, penetra en el jardín, y por medio de una escala que apoya en la ventana, se introduce en el cuarto de la cautiva, autora del proyecto que acaba de llevar a feliz término.

Como la joven prevé que no podría conservar su virginidad por mucho tiempo, ya que tantos peligros había corrido, propúsose aprovechar las circunstancias para ofrendársela a su amante, convencida de que nadie era más merecedor de tal cosa y que su complacencia tal vez le determinaría a librarla de aquella especie de cárcel donde se fastidiaba de lo lindo.

En cuanto el joven estuvo a su lado le dio a conocer ingenuamente sus intenciones. El enamorado galán, en el colmo de su alegría, prometió arrancarla de aquel sitio, pues una vez fuera de allí tomaría sus medidas para llevarla consigo en una segunda visita. Entretenidos con estos planes, Juan de Prócida, que ardía en deseos de probar las delicias del amor, desnudóse y se acostó al lado de Restituta. Imposible es describir las delicias que mutuamente se prodigaron; fueron tan vivos los placeres que gozaron, que se

olvidaron de todos sus infortunios y hasta del lugar en que se encontraban y el sueño les sorprendió estrechamente abrazados.

Todavía dormían cuando el rey, a quien había halagado en extremo la belleza de Restituta, sintiéndose bastante restablecido de sus dolencias y con cierto apetito carnal, partió al despuntar el día con una pequeña escolta para visitar a su linda cautiva. Abre suavemente la puerta de su dormitorio y se acerca al lecho con una antorcha en la mano, a fin de gustar el placer de verla dormida. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarla en brazos de un hombre!

Fue tan grande su cólera que no pudo proferir una sola palabra y estuvo a punto de apuñalarlos a los dos; mas considerándolo que era indigno, no ya de un rey, sino de un sujeto cualquiera que se precie de honrado, matar a dos sujetos indefensos, moderó su cólera, resolviendo castigarlos con el suplicio del fuego.

Se aleja, pues, de la cama y dirigiéndose a la puerta llama a uno de sus gentilhombres, preguntándole qué opina de aquella miserable criatura en quien había puesto su afecto y si conoce al temerario que osara hacerle el ultraje en su propio palacio. El gentilhombre, sin decir nada tocante a la joven, contéstale que no recuerda haber visto antes al mancebo.

Abandona el rey la habitación y ordena que los dos amantes sean atados desnudos como estaban y trasladados de aquella manera a Palermo para ser puestos de espaldas en un poste y a la vergüenza pública, aplicándoles después el tormento del fuego. Dadas estas órdenes regresa a Palermo y se encierra en sus habitaciones rebosando despecho.

Fácil es figurarse el dolor y consternación de Restituta y de su amante, los cuales, según las órdenes del rey, fueron trasladados a la ciudad y atados a un poste, alrededor del cual levantóse el ara que había de consumir sus cuerpos. No es para descrito el horror que sintieron al ver los preparativos de tan horrible suplicio. Todo Palermo acudió a presenciar aquel triste espectáculo. La juventud y belleza de la joven, que era en lo que se fijaban los hombres preferentemente, y la gallardía y dulzura del mancebo, que se apresuraban a examinar las mujeres, excitaba la compasión de todos. No había nadie que no los juzgase dignos de mejor suerte y que no hubiese querido librarlos de aquel suplicio a haber tenido poder para ello. Pero la pública compasión no dulcificaba la suerte de aquellas pobres víctimas del amor, que se deshacían en llanto y sólo aguardaban el acto de su muerte.

Roger Doria, hombre célebre por sus campañas militares y entonces almirante de Sicilia, al saber la aventura de los infelices amantes, tuvo deseos de conocerlos. Encamínase, pues, al lugar del suplicio y sus primeras miradas

son para la joven, que encuentra tan linda como se la había pintado. Después se fija en el joven, al que, no sin sorpresa, reconoce, y acercándose a él le pregunta si su nombre es Juan de Prócida. El mancebo sentenciado levanta la cabeza y, reconociendo a su vez al almirante, le contesta:

—Lo he sido hasta ahora, pero todo induce a creer que muy pronto dejaré de serlo.

El almirante le pregunta por qué motivo se veía en aquel trance.

—Por lances de amor y gracias a la cólera del rey —le contesta el joven.

Roger Doria quiso saber todos los detalles de aquella aventura y oídos por boca de la víctima, retírase harto compadecido de la desdicha de aquellos jóvenes. Juan de Prócida volvió a llamarlo y le dijo que por el amor de Dios pidiera una gracia al rey.

—¿Cuál? —preguntó el almirante, que tenía ganas de servirle en lo que pudiera.

—Veo, caballero —repuso el joven—, que estoy próximo a morir y por lo tanto, quedo privado para siempre de esa amable persona que va a tener igual suerte que la mía y a quien he amado más que a mi vida; me parece que moriría menos triste si el rey permitiese que mi rostro estuviese de cara al suyo.

—Puedes tranquilizarte —contestó el almirante sonriendo—, voy en busca del rey y tal vez obtenga para ti el permiso de ver tanto a tu amante que te canses de ella.

Y encarándose con los verdugos y arqueros, ordenóles que suspendieran la ejecución hasta nueva orden del rey. Aquel valiente militar corrió en busca del monarca y aunque no ignoraba su irritación, le dijo:

—Sire, ¿puedo atreverme a preguntaros qué crimen han cometido esos dos jóvenes condenados a ser quemados vivos?

Y como el rey le contase todo lo ocurrido:

—Convengo —repuso el almirante— en que la falta que cometieron es digna de un castigo ejemplar, y no encontraría demasiado duro el castigo a que se les condena, si otra persona que Vuestra Majestad lo hubiera ordenado; mas ya que los crímenes merecen castigo, me parece que asimismo deben recompensarse los servicios. ¿Conocéis bien a esos criminales?

—Ignoro quienes sean —repuso el rey.

—Permitidme, pues, que os los dé a conocer, para que juzguéis por vos mismo si habéis ido demasiado lejos impulsado por vuestra cólera. Perdonad la libertad que me tomo, mas los príncipes magnánimos no deben abandonarse con tanta facilidad a la impetuosidad de sus pasiones, sino que

han de hacer un prolijo examen de las cosas antes de decidirse. No dudo que su Alteza será de mi misma opinión, cuando sepa que el joven a quien quiere mandar quemar es hijo de Landolfo de Prócida, hermano de Juan de Prócida, a quien debéis la corona; y que el padre de la joven llámase Marín de Bulgaria, el mismo que impidió que fueseis destronado y que sostuvo en Isquia la gloria y poderío de vuestro nombre. Por otra parte, esos jóvenes se amaban hacía mucho tiempo; el amor les unió y no el designio de ofender a Vuestra Majestad. Me parece, pues, que lejos de darles muerte, deberíais, Sire, colmarles de bienes y de honores.

El rey no se ofendió por la noble libertad con que le había hablado el almirante; al contrario, se lo agradeció, y sólo pareció contrariado por haber dado oídos más de lo justo a su resentimiento.

Ordenó inmediatamente que compareciesen a su presencia los dos amantes, y después de convencerse por sí mismo de que era verdad cuanto dijese el almirante, resolvió reparar el daño que les había hecho por medio de honores y con donativos dignos de su generosidad. Empezó por procurarles las ropas que requería su rango, y no queriendo hacer las cosas a medias, uniósles en indisoluble lazo, les colmó de presentes y los mandó a su país, donde fueron recibidos por sus parientes y amigos con la mayor alegría y vivieron rodeados de la estimación de todos, amándose y acariciándose sin cesar, no recordando las pasadas desdichas más que para sentir mejor el bien presente.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Vivió en Florencia un afamado glotón, llamado Ciacco, cuyo exterior prevenía en favor suyo. Nadie se expresaba con más gracia ni sabía dar un giro tan divertido a la conversación. Como sus ingresos eran superiores a sus gastos, valíase del talento natural que Dios le dio para ser recibido en la mejor sociedad, cuidando en gran manera de frecuentar aquellas casas donde la mesa era más espléndida.

Por entonces residió en dicha ciudad un tal Biondello, hombre excesivamente pequeño, pero elegante y bien proporcionado, y que se dedicaba al mismo oficio que Ciacco. Cierta mañana de cuaresma, ese Biondello había comprado en el mercado dos grandes lampreas para micer Vieri de Cerchi, cuando encontró a Ciacco, que le pregunta lo que va a hacer con aquellas lampreas.

—Anoche —contesta Biondello— se mandaron tres mucho más grandes que éstas y un esturión a micer Corso Donati, pero no siendo bastante para obsequiar a varios gentihombres que ha invitado a comer, me ha mandado a mí con encargo de comprar este pescado. ¿No vendrás al convite?

—¿Cómo he de faltar? Demasiado me conoces para imaginarte que deje escapar ocasión tan propicia.

Llegada la hora de la comida, dirígete a casa del señor Corso.

—¿Qué se ofrece al señor Ciacco? —le pregunta éste.

—Caballero, vengo a comer con vos.

—Sois un hombre muy galante y me complacéis mucho con honrar mi mesa. Pasemos al comedor, pues ya es hora.

Sirviéronse unos garbanzos, un poco de atún, una fritada, pescado del Arno y nada más. Al momento comprendió Ciacco que Biondello había querido burlarse de él. La vergüenza de haber caído en aquel lazo le inspiró deseos de venganza, no tardando en presentarse la ocasión de satisfacerlos.

Biondello, que se había divertido mucho a costa suya, contando en todas partes la treta que le jugara, al encontrarle en la calle le dice:

—¡Vamos a ver! ¿Cómo encontraste las lampreas de micer Corso?

—Antes de ocho días lo sabrás mejor que yo.

Y sin pérdida de momento va en busca de un ganapán, trata con él, le entrega una botella de vidrio, le lleva cerca del mercado de Cavicciuli, le indica un caballero llamado Felipe Argenti, hombre de elevada estatura, de genio arrebatado, vanidoso, original.

—¿Ves ese caballero? —dice a su ganapán—. Acércate a él y le dices: El señor Biondello me envía para suplicaros que tengáis a bien *engrificarle*^[1] este frasco con vuestro excelente vino clarete, pues trata de obsequiar a algunos de sus amigos. Ten cuidado de ponerte a cierta distancia, pues podría cogerte por el pescuezo y entonces, al paso que no saldrías bien librado de sus manos estropearías todos mis planes.

—¿Es cuanto debo hacer? —pregunta aquel hombre.

—Sí, repite lo que te he dicho, vuelve a mi lado y te daré lo estipulado.

Parte el comisionado y desempeña su comisión.

Felipe, hombre muy propenso a sulfurarse, creyendo que Biondello, a quien conocía perfectamente, pretendía burlarse de él, levántase encendido en cólera y echando chispas por los ojos.

—¿Qué significa esto? —exclama—. ¿De qué *engrifamiento* y de qué amigos se trata? ¡Idos al diablo vos y quien os envía!

Y mientras hablaba alargaba los brazos para apoderarse del ganapán; pero éste, que estaba sobre aviso, huye a toda carrera volviendo al lado de Ciacco, a quien dio cuenta de su comisión y del cual recibió la suma estipulada.

No descansó Ciacco hasta encontrar a Biondello. Al verle le dice:

—¿Hace tiempo que has estado en el mercado de Cavicciuli?

—No; pero ¿a qué viene esa pregunta?

—Es porque micer Felipe te está buscando por todas partes; no sé lo que quiere de ti.

—Voy, pues, a verle al momento.

Cuando se despidió Biondello, Ciacco le siguió a distancia para presenciar el lance. Micer Felipe que no había podido desfogarse sobre la ganapán, todavía estaba ardiendo de coraje, pues en la embajada de Biondello no veía otra cosa sino que quería burlarse de él. Preocupado estaba con semejantes pensamientos cuando Biondello en persona entra en su casa. Al verlo Felipe se le echa encima, empezando por aplicarle un fuerte puñetazo en la nariz.

—¡Dios mío! —exclama Biondello aturdido de tan inesperada recepción—. ¿Qué significa esto, caballero?

Felipe le agarra por los cabellos, le arranca el peluquín, arroja por el suelo el capuchón, y golpeándole:

—¡Traidor! ¡Voy a decírtelo! Pero antes querrás decirme tú lo que significa ese *engrifamiento* y esos amigos y cuanto me mandaste decir. ¿Acaso me tomas por un niño? ¿Piensas divertirte conmigo? Y mientras iba hablando, descarga sobre el rostro del infeliz Biondello una granizada de golpes; le arranca los cabellos, le arrastra por el suelo y desgarras sus ropas.

Tan ocupado estaba con este trabajo, que la pobre víctima no lograba hacerse escuchar ni que le explicara el motivo de tan extraño tratamiento. Las palabras *amigos*, *engrifamiento*, habían llegado a sus oídos; mas ¿qué sabía con ellas? Los vecinos que habían corrido al ver aquella escena, pusieron término al furor de Felipe, arrancando de sus manos al infortunado Biondello. Sólo entonces llegó a saber la causa de la indignación de aquel individuo.

Para consolarle se le hicieron algunas observaciones, tratando darle a entender lo peligroso que era burlarse de un hombre como micer Felipe, y le recordaron, sobre todo, no volviese a reincidir. Biondello, bañado en llanto, juraba y perjuraba que jamás había enviado en busca de vino a casa del señor Felipe. De todos modos tuvo que quedarse con los golpes y los insultos.

Poco trabajo costó al pobre hombre pensar que tamaña aventura era un acto de venganza por parte de Ciacco. Mas ¿cómo pagarle con la misma moneda? Mantenerse tranquilo, no divulgar el hecho, era el mejor partido que podía adoptar, y así lo hizo. No salió de su casa hasta que desaparecieron de su rostro las trazas de los puñetazos que le prodigara el señor Felipe. La primera vez que pisó la calle se encontró a Ciacco.

—¡Hola, Biondello! —le dice éste riendo—. ¿Cómo te supo el vino de micer Felipe?

—¡Que no hayas encontrado tu tan buenas las lampreas de micer Corso!

—Cuando quieras darme una comida igual a la que me hiciste participar en su casa, te daré de beber como te ha dado el señor Felipe.

Biondello, que vio que ningún provecho sacaría en luchar contra Ciacco, juzgó prudente hacer las paces con él, y en lo sucesivo se guardó muy bien de prepararle ninguna burla.

EL CORNUDO CONSOLADO

Vivía en Perusa un hombre riquísimo llamado Pedro Vinciolo, muy conocido por su afición a los placeres, pero sospechoso de indiferencia a lo que procuran las mujeres. A fin de desterrar del ánimo de sus compatriotas esas sospechas, por cierto muy fundadas, resolvió casarse, tomando por esposa a una señorita a propósito para conducirlo por la buena vía. Era joven, alta, robusta, ojos vivos, de pasiones ardientes; en una palabra, de complexión que necesita no un marido, sino dos.

Por desgracia suya, aquél a quien diera la mano de esposa, estaba muy poco dispuesto a satisfacer los deseos naturales del matrimonio; sus gustos e inclinaciones le alejaban de las mujeres, de suerte que tenía trato con la suya lo menos posible, y sólo para no infundirla sospechas sobre el vergonzoso vicio de que era apasionadísimo. Semejante conducta distaba mucho de gustar a su mujer, la cual veíase instigada por su temperamento.

Como no podía tachar de impotente a su marido, puesto que era vigoroso y se encontraba en la flor de su edad, sospechó de su depravación, lo cual le causó un enorme disgusto. Empezó reconviniéndole y terminó injuriándole. Diariamente renovábanse los debates en aquel matrimonio. Por último y viendo que todas aquellas pendencias no conducían a nada más que a alterar su salud, sin lograr reformar a su indigno consorte, resolvió castigarlo por su indiferencia.

»Ya que éste desgraciado, dijo para sí, no se porta conmigo como está obligado, y me abandona en plena juventud para satisfacer una mala inclinación, justo es que me provea de algún galán, a fin de resarcirme de los goces que él me escatima. Si le he llevado un buen dote y le he aceptado por marido, es porque creí que era hombre y gustaba de lo que a los otros agrada y debe agradar. Sabía que yo era mujer; si no estima mi sexo no debió tomarme por esposa. ¡Oh infame! nunca le perdonaré el haberme engañado de esta manera. Si hubiese querido renunciar a los placeres mundanos me habría encerrado en un convento; mas supuesto que no los he renunciado, ¿por qué me priva de ellos? ¿Acaso debo pasar mi juventud sin disfrutar lo mejor

posible de ella? Cuando sea vieja nadie me querrá. Aprovechemos, pues, los floridos años para que más tarde no tenga que arrepentirme del pasado, cuando se hayan borrado mis encantos. Él mismo me da ejemplo. Mi infidelidad no será tan criminal como la suya. Yo sólo faltaré a las leyes de la convivencia, mientras que mi marido falta a éstas y a las de la conveniencia.

Con tan loables propósitos, sólo se preocupa en la manera de realizarlos, tratando, no obstante, de no comprometerse a los ojos de su marido. A tal objeto se dirige a una vieja alcahueta, que parecía una santita, a juzgar por su exterior. Esta mujer llevaba siempre el rosario en la mano y pasaba la mayor parte del día en las iglesias; sólo abría la boca para bendecir al Señor, elogiar la vida de los santos o hablar de las llagas de San Francisco. Al verla se la habría canonizado.

La joven tomó sus precauciones para abrir su corazón a esta hipocritona, contándole lo que la pasaba y lo que se había propuesto hacer.

—Hija mía —contestóle la vieja beata—, apruebo vuestras intenciones, y aunque vuestro marido no fuera tan culpable, haríais perfectamente en aprovechar los momentos de la juventud. Para toda mujer que razone un poco, no hay pesar más doloroso que el haber desperdiciado el fruto de sus buenos años.

Impaciente estaba la joven porque acabase su discurso la pretendida santurrona, a fin de decirla que si encontraba por casualidad un joven que solía pasar a menudo por su barrio y cuyo retrato le hizo, tratase de sondearle para saber si le agradaría obtener los favores de cierta dama. Así convenidas, regaló a la vieja un trozo de carne salada y la despidió.

Esta ingenióse tan bien que no tardó en traerle el joven, pocos días después le procuró otro, y luego otro, y otro, según la fantasía de la damisela, quien, a lo que parece, era aficionada a variar. Pero se ingeniaba para que su marido no se enterase del nuevo género de vida que llevaba, a pesar de lo quejosa que estaba de él.

Como tenía muy buen apetito, multiplicaba y prolongaba tanto como podía las visitas de los galanes, para no desperdiciar el tiempo, siguiendo en esto los buenos consejos que la diera la vieja. Cierta día que su marido estaba convidado a cenar en casa de uno de sus amigos, llamado Ercolano, creyó debía aprovechar la ocasión comprometiendo a la vieja a traerle un joven de los más gallardos y hermosos de Perusa; lo cual hizo muy bien la hipocritona.

No habían hecho la señora y su nuevo galán más que sentarse a la mesa para cenar, cuando Vinciolo llama a la puerta pidiendo que la abran. Al oír la joven la voz de su marido, a quien no esperaba tan temprano, creyóse perdida.

Pero piensa en esconder a su amante, el cual, por su parte, tampoco sabía qué hacer. Como la sorpresa no la dejó razonar, le introdujo en una especie de galería contigua a la sala donde cenaban, debajo de una jaula de gallinas que tapó con un saco recién cosido.

Mientras la criada, que estaba al corriente de todo, quita el servicio de la mesa y corre a abrir a Vinciolo.

—¡Cómo! ¿Ya estás de vuelta? —le dice su mujer—. Corta ha sido la cena.

—No he cenado, ni tal cosa —contesta el marido.

—¿Es posible? —replica ella—. ¿Y por qué no cenaste?

—Un accidente que ha puesto en conmoción toda la casa de Ercolano, nos ha privado de hacerlo. Apenas estuvimos sentados a la mesa, él, su mujer y yo, cuando oímos estornudar a corta distancia de nosotros. La primera vez no nos llamó la atención; pero no fue poca nuestra sorpresa al oír el mismo ruido cinco o seis veces seguidas y aún más. No viendo a nadie a nuestro alrededor no sabíamos qué pensar, y nuestra sorpresa crecía por momentos. Entonces Ercolano, que ya estaba incomodado con su mujer porque nos había hecho aguardar algún tiempo a la puerta de la casa, pregúntala encolerizado qué significa aquello. Y como ella no contestara y pareciese embarazada, levántase de la mesa y se dirige a una escalera contigua a la habitación donde nos hallábamos, bajo la cual había un cuartito hecho con tablones, de donde le parecía habían salido los estornudos. Al abrir la puerta de aquel gabinetito (el cual no falta en ninguna casa), salió de él un olor insoportable, que ya habíamos olfateado, quejándose de ello Ercolano; pero su mujer se excusó diciendo que no era otra cosa que el vapor de un poco de azufre que había quemado para blanquear alguna ropa que extendiera en aquel sitio a fin de que se sahumara.

Un tanto disipado el humo, Ercolano registra el escondrijo y al que había estornudado, y que acababa de hacerlo nuevamente merced a la fuerza del mineral cuyos vapores le subían a la cabeza, faltando muy poco para que se ahogara. Entonces el marido, volviéndose hacia su mujer, le dice:

—Ya comprendo ahora por qué nos hiciste aguardar tanto rato a la puerta. Tal procedimiento merece una recompensa, y soy demasiado equitativo para negártela; será tan buena que me envanezco de que no la olvidarás en la vida. Al oír estas palabras la mujer ha escapado sin tratar de justificarse siquiera. Ercolano, desatendiendo a su mujer repitió varias veces al estornudador que saliera de su escondrijo; pero como estaba más muerto que vivo, no se movió. Agárralo entonces de una pierna y lo arrastra afuera, hecho lo cual va en

busca de su espada con objeto de matarlo. El temor de verme envuelto en una causa de asesinato, me hizo precipitarme a su encuentro, oponiéndome a que hiriera a aquel hombre.

Mis gritos y el ruido que hacía para defender al culpable atrajeron a algunos vecinos, quienes viendo al joven más muerto que vivo, se lo llevaron no sé dónde. He aquí cuál ha sido nuestra cena. Sólo había tragado el primer bocado cuando empezó dicha escena; así pues juzgad si tendré apetito.

Este relato dio a comprender a la señora que no era ella sola quien tenía amantes, a pesar de los peligros a que éstos exponían. De buena gana hubiese excusado a la mujer de Ercolano; pero como la parecía que censurando las faltas de otras le sería más fácil ocultar las suyas, empezó a criticarla en estos términos:

—¡Vaya una conducta! ¿Quién lo hubiera creído? Yo la tenía por la más honesta, virtuosa y santa de las mujeres. ¡Fiaos de esas devotas que se hacen las remilgadas para ocultar mejor sus manejos! Y nadie puede excusar a ésta, que ni es joven ni mal casada.

Debemos convenir en que da buen ejemplo a las otras mujeres. ¡Maldita sea la hora en que vino al mundo! ¡Que esa mujer impura sea objeto de maldición, ya que vive encenagada en el crimen y los desórdenes! ¡Criatura indigna! Es la vergüenza y oprobio de nuestro sexo. ¿Es ésta la recompensa que tenía reservada a la honradez de su marido, de ese hombre generalmente respetado, que la trataba con todas las consideraciones y miramientos posibles? ¡Ingrata!, en premio de sus beneficios no ha titubeado en deshonorarle ella misma. Mujeres de esa clase merecerían ser quemadas vivas, sin conmiseración.

Después de este discurso, y no olvidándose de que su galán permanecía debajo de la jaula, dijo a su marido que era hora de acostarse. Éste, que tenía más gana de comer que de dormir, la preguntó si no había sobrado alguna cosa de la cena.

—¡De mi cena! —repuso ella—. En verdad que no acostumbro a regalarme mucho cuando tú estás ausente de mi lado. Sin duda, me tomas por la mujer de Ercolano... Vé a acostarte, te repito, y mañana almorzarás con mejor apetito.

Aquella misma noche los colonos de Vinciolo la habían traído algunos objetos de una de sus alquerías, y colocaron sus jumentos, sin abreviar, en una pequeña caballeriza que comunicaba con la galería donde el galán estaba enjaulado. Sucedió que uno de aquellos animales, instigado por la sed, se desató y salió de la caballeriza, olfateando a uno y otro lado en busca de agua.

Vagando de este modo el cuadrúpedo, pasó junto a la jaula y le pisó los dedos que tenía un poco fuera del escondrijo, pues el desdichado se veía obligado, por la forma de la jaula, a mantenerse encorvado de cara al suelo apoyando las manos en él para no fatigarse tanto.

El dolor que le causó la patada del jumento le hizo lanzar un agudo grito. Vinciolo lo oyó y quedó sorprendido al reflexionar que no podía salir de ningún otro sitio sino de su casa. Sale de la habitación y como el galán siguiese quejándose, pues el asno continuaba con las patas sobre sus dedos, pregunta:

—¿Quién hay por aquí? —y corre en derechura hacia la jaula. La levanta y ve al pajarito que temblaba como un azogado temeroso de que el irritado marido no le hiciese pasar un mal rato.

Pero como le reconociera Vinciolo, por haberle él mismo hecho la corte, aunque sin resultado, limitóse a preguntar qué venía a hacer a su casa. La única respuesta que obtuvo fue una súplica para que no le hiciese ningún daño:

—Levántate —dícele entonces Vinciolo— y nada temas, pero a condición que me digas por qué medios y a qué viniste a mi casa.

Lo cual hizo el joven sin más dilación. El marido, tan satisfecho de haber encontrado a su Adonis, como triste y afligida estaba su cara mitad, le toma de la mano y le conduce a presencia de la infiel, cuyo temor y turbación no es fácil explicar:

—Y bien, querida mía, —dice encarándose con ella— ¿cómo vais a justificarnos ahora? ¿Opináis que deben ser quemadas todas las mujeres de la catadura de la de Ercolano? ¿Estaba bien que os exaltaseis tanto contra ella, siendo así que vos tenéis iguales defectos? ¿Honráis acaso más a vuestro sexo? Sólo lo censurasteis a aquélla con tanto ardor para ocultar mejor vuestra intriga. He aquí cómo sois todas las mujeres: ninguna vale más que la otra ¡Ojalá el demonio se os llevara a todas juntas!

Viendo la dama que sólo la maltrataba de palabra, y juzgando que saldría del lance a menos costa de lo que había creído, no le cupo duda de que su marido estaba muy contento de tener cogido en sus redes a un tan gallardo mozo. Semejante idea la reanimó y contestóle sin el menor embarazo:

—¡Tú quisieras que el diablo se nos llevara a todas! No lo dudo, y ello no me sorprende en lo más mínimo, ya que aborreces nuestro sexo; pero, a Dios gracias, no se cumplirán tus deseos. Y añadido, ya que ha llegado la hora de las explicaciones, que tus imprecaciones no me causan ningún temor. Al fin y al cabo ¿puedes con razón quejarte de mi conducta? Hay una gran diferencia

entre la mujer de Ercolano y la tuya: aquélla es una gazmoña, una hipócrita, una verdadera *furia* a quien su marido concede cuanto pide; ella no hace ningún ayuno a pesar de sus años. Todo lo contrario me acontece a mí. Convengo que en cuanto a trajes y adornos muy poco tengo que envidiar a las demás; pero ¿acaso a una mujer de mis años le basta eso? No ignoras cuanto tiempo hace que no me has prodigado la más pequeña caricia... Preferiría estar descalza y mal vestida con tal que cumplieras con tus deberes conyugales, a ir la más galana de toda la ciudad.

Escúchame, Pedro, ya que debo hablarte sinceramente, quiero que sepas una vez por todas, que soy mujer como las demás; lo que éstas desean, lo deseo yo también. Como ellas tengo pasiones y debo tratar de satisfacerlas. Si tú no quieres contentarme ¿puede saberte mal que recurra a otros? A lo menos te honro con mi elección, puesto que no me abandono ni a criados ni a chanflones. No puedes negar que el galán que he elegido es todo un buen mozo.

El marido, que según ya he dicho, aborrecía a las mujeres y ya empezaba a cansarse de la vocinglería de la suya, interrumpióla así:

—Vamos, mujer, no se hable más de esto; espero que estarás contenta de mí a este respecto. Ya sabes que soy blando como una malva; así, pues, afuera reproches por uno y otro lado. Lo único que pido es de cenar, pues yo creo que este joven está tan en ayunas como yo.

—Es muy cierto —repuso la señora— acabábamos de sentarnos a la mesa cuando, desgraciadamente para nosotros, llamasteis vos.

—Apresúrate, pues, y danos de cenar —replicó Vinciolo— y luego compondré las cosas de manera que no tengas motivo para quejarte de mí.

La buena señora, viendo apaciguado a su marido, mandó poner de nuevo la mesa, cenando con toda calma ella, el excelente cornudo y el joven galán. Informaros de lo que pasó entre estos tres personajes terminada la comida, es cosa que se resiste a mi pluma. Bastará deciros que al día siguiente los noveleros de la plaza de Perusa, hallábanse muy indecisos para decidir cuál de los tres, el marido, la mujer o el galán, habían pasado una noche más agradable.

EL MARIDO AVARO Y LA REPLICA

Un señor catalán, llamado micer Diego de la Rata, gran mariscal de los ejércitos de Roberto, rey de Nápoles, fue a Florencia cuando estaba ocupando su sede el sabio virtuoso Antonio d'Orso. Como aquel señor era tan galante como gallardo buen mozo, su principal ocupación, durante su estancia en nuestra buena ciudad, era cortejar a las damas, enamorándose, entre otras, de una sobrina del hermano del obispo, que pasaba por una beldad de primer orden.

El marido de esa señora, aunque rico y de elevada estirpe, tenía muy bajos sentimientos y malísimo carácter. Su vicio dominante era la sórdida avaricia. El mariscal, que conocía a este personaje, tanto por la voz pública como por sus propias observaciones, no tuvo dificultad en ofrecerle quinientos ducados para que le dejara pasar una noche con su mujer, a quien nuestro avaro tenía poco menos que en ayunas.

Aceptada la proposición sin muchos circunloquios, el taimado catalán, que quería castigar al marido por su vileza, mandó dorar algunas monedas con el nombre de *popolinas*, que por aquel tiempo tenían curso en Toscana, y después de pasar la noche con la señora, que indudablemente no fue consultada en el negocio y tal vez tomó a Diego por su marido, entregó a éste los pretendidos ducados.

Sea porque el catalán se jactase de su buena fortuna o que el marido, al quejarse del engaño de que había sido víctima, diese a conocer su ignominia, el caso es que la aventura corrió de boca en boca y los graciosos se rieron mucho con ella.

El obispo, como hombre prudente, se hizo el desentendido, recibiendo al catalán lo mismo que siempre y teniéndole con frecuencia a su lado. Un día de San Juan que ambos se paseaban a caballo por la ciudad, detuviéronse en la calle donde se verificaban las carreras. Acércanse a un grupo de señoras que se entretenían con aquel espectáculo, y se encuentran al lado de una joven y linda mujer, recién casada, que todos vosotros habéis podido conocer y que la peste acaba de arrebatarnos. Era la señora Nonna de Pulci, prima de micer

Alejo Rinuncci, que vivía junto a la puerta de San Pedro. Esta dama, además de su juventud y belleza, estaba dotada de gran talento y su conversación era tan fácil como elegante.

El obispo, que la conocía, mostróla al gran mariscal. Poco después el prelado, olvidándose de su ordinaria circunspección, dirige la palabra a aquella señora, y tocando en el hombro el catalán:

—¿Qué me decís de ese caballero, señora Nonna? ¿Os sentiríais con ánimo de emprender su conquista?

Creyendo la señora que estas palabras eran un ataque a su honra, y juzgando que no podían menos de causar una impresión poco favorable respecto a ella en el ánimo de cuantos lo habían oído, respondió enseguida y sin tratar de justificarse:

—Tal vez él tendría también mucho trabajo en conquistarme a mí; en todo caso, puedo aseguraros que si me dejaba vencer no sería en pago de moneda falsa.

Tanto el prelado como el catalán, heridos en lo vivo por semejante respuesta, el uno por haberse conducido tan deshonestamente con una mujer honrada, y el otro, como pariente o aliado del marido avaro y crapuloso, retiráronse del todo confundidos, sin osar responder.

EL COCINERO

Habéis podido oír decir o visto vosotros mismos que micer Conrado, ciudadano de Florencia, fue siempre hombre muy gastador, liberal, magnánimo, aficionado a perros y pájaros, sin hablar de sus demás aficiones. Un día, en la caza del halcón, se apoderó de una grulla cerca de un pueblecito llamado Peretola, y como la viese tierna y gorda, ordenó que fuese entregada a su cocinero para que la asara y se la sirviera en la cena. Habéis de saber que el cocinero, veneciano de origen, llamado Chichibio, era un tonto en toda la extensión de la palabra.

Toma la grulla y la asa lo mejor que sabe. Estaba ya casi hecha y exhalaba un olorcillo muy agradable, cuando una mujer del barrio llamada Brunetta, de la que estaba enamorado Chichibio, entró en la cocina. El agradable tufillo que se desprendía del ave recién salida del asador da ganas a aquella mujer de probarla, y no vacila en pedir un muslo al cocinero.

Éste se burla de ella y la dice cantando:

—¡No le tendréis, señora Brunetta, no le tendréis!

—Si no me dais la pierna os juro no otorgaros el más pequeño favor.

Después de una empeñada discusión, Chichibio, que no quería desagradar a su adorado tormento, corta el muslo y se lo da. Aquel día había gran número de convidados a la mesa de su amo. La grulla fue servida con un solo muslo. Uno de los convidados, el primero en notarlo, demostró su sorpresa. Entonces Conrado manda llamar a su cocinero y le pregunta dónde está la otra pierna:

El veneciano, embustero por naturaleza, le contestó con descaro que las grullas sólo tenían una pata.

—¿Acaso crees tú que no he visto más grullas que ésta?

—Lo que acabo de deciros, señor, es la pura verdad; y si me obligáis, me obligo a probároslo con las que están vivas.

Todos se rieron de semejante respuesta; mas Conrado, no queriendo que pasase adelante la cosa por respeto a las personas que había en la mesa, contentóse con responder a aquel zopenco:

—Ya que te empeñas, picaronazo, en demostrarme lo que no he visto ni oído decir en mi vida, veremos si mañana mantendrás tu palabra; pero te juro que si no lo haces te acordarás por mucho tiempo de tu imbecilidad y de tu obstinación. No quiero que por ahora se hable más de esto. Retírate.

Al día siguiente, micer Conrado, quien no había podido cerrar los ojos en toda la noche, levántase al alba, muy resentido con su cocinero. Monta a caballo, ordena al muy taimado que suba en otro y le siga, dirigiéndose hacia un riachuelo en cuya orilla veíanse siempre grullas a aquella hora.

—Vamos a ver —decíale en el camino de vez en cuando y con acento despechado— cuál de los dos tiene razón.

Notando el veneciano que su amo no se había apaciguado todavía y que iba a encontrarse confundido, buscaba inútilmente un medio para disculparse. De buena gana hubiera huido si no le faltara valor para tanto; tal miedo le causaban las amenazas del gentilhombre.

Por otra parte, ¿cómo huir yendo su amo mejor montado que él? Así, pues, miraba despavorido para todos lados, antojándosele cuanto veía otras tantas grullas que se sostenían en dos patas. Ya cerca del riachuelo fue el primero en divisar una docena de grullas que todas se mantenían sobre una pata, según costumbre cuando duermen. Enseguida las enseña a su amo, diciéndole:

—Ved, señor, cómo lo que os decía anoche es la pura verdad. Observad aquéllas; no tienen todas más que una pierna.

—Voy a probarte que tienen dos —repuso micer Conrado—; espera un poco.

Y aproximándose a las aves empieza a gritar: «¡Hu, hu, hu!». Al ruido despiertan las grullas, alargan la otra pata y vuelan aprisa.

—Vamos, tunante —dijo entonces el gentilhombre—; las grullas ¿tienen una o dos patas? ¿Qué dices ahora?

—Pero, señor —repuso Chichibio, que no sabía cómo salir del atolladero y dejó de ser tonto por un momento—, vos no gritasteis anoche: «¡Hu, hu, hu!». Si lo hubierais hecho la grulla hubiera alargado la otra pata lo mismo que éstas.

Respuesta tan ingeniosa agradó mucho a micer Conrado y desarmó su cólera. No pudiendo contener la risa:

—Tienes razón, Chichibio —le contestó—. En verdad que debiera haber hecho lo que tú dices. Ve, te perdono, pero no reincidas.

De manera que con una réplica chistosísima el cocinero esquivó el castigo e hizo las paces con su amo.

EL APARECIDO

Hubo en la ciudad de Siena dos jóvenes ligados tan estrechamente por la amistad, que casi nunca se separaban. El uno se llamaba Tingoccio Mini y el otro Meuccio di Tura, viviendo los dos junto a la puerta Salaya. Llevaban una existencia muy pacífica y frecuentaban las iglesias, no faltando a ningún sermón. Como oyeran predicar muchas veces sobre los placeres y las penas de la otra vida, según los méritos que cada cual tuviera en ésta, y no pudiendo formarse idea cabal de ello vistas las divergencias de los predicadores, prometiéronse mutuamente un día, bajo juramento, que el primero de los dos que muriese vendría a informar al otro de lo que era la mansión eterna.

Sucedió a todo esto que cierta señora Mita, mujer de un tal Ambrosio Anselmini, que residía en Camporeggi, dio a luz un niño, y fue invitado Tingoccio a tenerlo en la pila bautismal. Como la señora Mita era joven y agraciada, y el padrino y su amigo Meuccio visitábanla algunas veces, insensiblemente se enamoraron de ella los dos, sin atreverse, no obstante, a declararse, cada cual por distinto motivo.

Tingoccio consideraba como un crimen amar a su comadre, y temeroso de perder la estimación de su amigo, creyó deber ocultar su pasión. Meuccio, que había observado que Tingoccio estaba locamente enamorado de la que también laceró su corazón, creyó no deber declarar al amigo el estado de su alma, temeroso de infundirle celos y perjudicarle en sus amores. Su calidad de compadre le daba facilidades para verla más a menudo y ser recibido con mayor afecto que su compañero. Y en efecto, Tingoccio no dejó de aprovecharse de esa doble ventaja para hacerse amar, siendo tanto el ahínco con que se expresó y su celo, que no tardó en verse correspondido tiernamente y obtener cuantos favores puede desear un amante. No costó gran trabajo a Meuccio apercibirse de lo que pasaba, lo cual le afligió en extremo; pero, esperanzado de obtener algún día los mismos favores, y estando en su interés no dar celos a su amigo, fingió ignorar el asunto, y era, efectivamente, lo mejor que podía hacer.

El amante favorecido encontraba tan dulce la compañía de su comadre, que no cesaba de ir y venir a su cortijo, y sabía aprovechar tan bien el tiempo, que a fuerza de cavar en el jardín de la bella contrajo una enfermedad del pecho que lo llevó a la tumba en muy poco tiempo.

Tres días después de su muerte (sin duda no había tenido tiempo antes), aparecióse durante la noche a su amigo Meuccio, cumpliendo la promesa que le hiciera en vida, y le dijo que venía a traerle nuevas del otro mundo. Al primer momento Meuccio se asustó de aquella aparición, pero pronto se repuso.

—Querido amigo —dice al aparecido—, bien venido seas; veo que no te hallas en el número de los perdidos.

—Las cosas perdidas —contestó Tingoccio— son las que no vuelven a encontrarse. ¿Cómo podría estar aquí si me hubiese perdido?

—Fuera de chanzas —repuso Meuccio—; te pregunto si figuras entre los condenados, si arde tu alma en el infierno.

—No, amigo mío, no estoy condenado; mas no dejo por esto de sufrir mucho por los pecados que cometí en este mundo.

Meuccio le preguntó cuáles penas se aplicaban en aquella mansión por cada pecado cometido en el mundo. El difunto satisfizo su curiosidad, dándole los más minuciosos detalles sobre el particular. Muy reconocido y contento Meuccio de su amigo, ofrecióle sus servicios en la tierra, suplicándole le dijera en qué podía complacerle.

—No rehúso tus ofertas —repuso el fantasma—; por lo tanto, te ruego que mandes celebrar algunas misas, rezar oraciones y distribuir limosnas en mi memoria.

Meuccio prometió satisfacer sus deseos, e iba el difunto a retirarse cuando su amigo, recordando a la comadre, rogóle que aguardase un instante y le preguntó qué pena le habían aplicado por haber tenido tratos ilícitos con ella.

—Desde que llegué al otro mundo me encontré cara a cara con un espíritu que sabía, según creo, todos mis pecados y que me condujo a un sitio destinado a expiarlos, donde hallé no pocos compañeros de miserias. Así, mezclados con ellos y recordando lo que había hecho con mi comadre, aguardaba a cada instante un castigo mayor, y aunque me abrasaba en un fuego muy vivo, temblaba de miedo. Como notara un espíritu mi estado, me preguntó: «¿Qué has hecho más que los otros para temblar de este modo?». «Tengo miedo de ser castigado por un gran pecado que cometí». «¿Y qué pecado es ése que tanto te aterroriza?». «Haber tenido comercio con una comadre mía, pero un comercio tan seguido que me costó la vida». «Eres un

imbécil de marca mayor —contestó el espíritu burlándose en mis propias narices—. Tranquilízate y está persuadido de que aquí no se ocupa nadie de lo que se hace en el otro mundo con las comadres,»

Dicho esto, y viendo Tingoccio que empezaba a clarear, despidióse de su amigo y desapareció como una exhalación.

Informado Meuccio de que no había que rendir cuentas en el otro mundo de lo que se hace en éste con las comadres, rióse de su sencillez en haber tenido escrúpulos con algunas mujeres que estaban en aquel caso, y se prometió reparar su necedad a la primera ocasión que se le presentase.

LA ORACION CONTRA LOS APARECIDOSO LA CABEZA DE BURRO

En la calle de San Brancasio, de Florencia, vivía un famoso cardador de lana llamado Juan Lotteringhi, hombre mucho más afortunado que despierto, puesto que, a pesar de su torpeza y gran simplicidad, se le nombraba con frecuencia preboste de todos los cardadores del barrio de Santa María la Nueva, quienes estaban obligados desde aquel momento a celebrar las reuniones en su casa. Además de esto obtuvo otros honores en su compañía, lo cual le puso tan vanidoso que se creía mucho más alto que los demás seres.

Como no estaba mal de intereses para un hombre de su condición, con frecuencia solía convidar a comer a los padres de Santa María la Nueva, regalándoles con algún pantalón, un capuchón, una sotana o algunos pañuelos. Los frailes le enseñaban, en cambio, muy buenas oraciones, que el hombre guardaba preciosamente, creyendo alcanzar con ellas la salvación de su alma.

Este mentecato tenía mujer bonita y agraciada, llamada Tessa, hija de Mannuncchio de la Cuculia, tan prudente y diestra como torpe era su marido. No ignoraba Tessa la superioridad que sobre él tenía a este respecto, proponiéndose sacar partido cuando la ocasión se presentara. El ingenio es un mueble útil que nos ha dado la naturaleza para que nos sirvamos de él; así, pues, Tessa no lo desaprovechó.

Habiéndose enamorado de Federico di Neri Pegolotti, gallardo mozo que la atisbaba desde hacía tiempo y que también la amaba, mandóle un recado por medio de su criada, citándolo para una casa de campo llamada Camerata, que poseía junto a Florencia, donde acostumbraba a pasar el verano, yendo algunas veces a hacerle compañía su marido, terminados sus negocios, y regresando a la ciudad a la mañana siguiente. Federico, que no deseaba otra cosa que tener una entrevista con su adorada, no faltó a la cita, dirigiéndose a la quinta aquella misma noche, y como el marido no se presentara, el galán

cenó tranquilamente y se acostó con Tessa, y ya se comprenderá que no pasarían la noche durmiendo.

Tessa le enseñó, mientras le estrechaba en sus brazos, media docena de las oraciones que recitaba su marido. Aquellos afortunados amantes quedaron harto complacidos de las delicias que acababan de disfrutar, y tomaron sus medidas a fin de repetirlas las más veces posibles sin comprometerse. Fue convenido, antes de separarse, que, para ahorrar a la criada el trabajo de ir en su busca, Federico se encaminaría todos los días a una quinta que poseía un poco más allá de la de su amante, por delante de la cual había de pasar forzosamente; que a la ida y a la vuelta cuidaría de pararse en una viña contigua a la casa, donde pondría una cabeza de burro en la punta de un palo, que cuando el hocico estuviese del lado de la ciudad, indicaría que el marido estaba ausente, y entonces sería dueño de ocupar su lugar aquella noche, y caso de encontrar cerrada la puerta de la casa, diese tres golpes y ésta no tardaría en abrirse.

Pero si el mencionado hocico miraba hacia Fiésole, sería señal de que maestro Juan estaba en la quinta y debía pasar de largo. Por medio de esta estratagema pasaron juntos muchas noches sin necesidad de mensajero para avisarse y sin temor de ser sorprendidos.

Mas una de ellas en que Federico debía ir a cenar con Tessa, la cual le esperaba con dos excelentes pollos asados, aconteció que maestro Juan, que había creído no poder acompañar aquel día a su mujer, emprendió el viaje muy tarde, contra su costumbre. Mucho contrarió a Tessa la visita del marido, y para castigarlo no le sirvió más plato en la cena que un pedazo de tocino cocido. Los dos pollos, varios huevos frescos y una botella de excelente vino fueron envueltos, por orden suya, en una servilleta bien limpia y llevados por su confidente a un jardín donde se podía pasar por la casa.

—Colocarás todo esto —la dijo— al pie del melocotonero donde hemos cenado otras veces.

Pero la precipitación con que se hizo todo para que no lo supiera el marido, unido a lo malhumorada que su llegada la había puesto, fue causa de que se olvidara decir a la sirvienta que aguardase a Federico y le despidiese.

Después de haber, marido y mujer, comido tristemente su pedazo de tocino, se acostaron, haciendo lo mismo la criada. Apenas estuvieron en la cama cuando se presenta el galán y llama suavemente en la puerta. El primero que lo oye es el marido, y la esposa también se apercibe de ello, mas para no infundir sospechas al cornudo hace como que duerme. Federico llama por segunda vez. Juan, sorprendido de lo que pasa, despierta a su mujer y la dice:

—Tessa, ¿has oído? Alguien llama.

—¡Ay! —responde la muy taimada—. No me sorprende; es un aparecido, un alma del otro mundo que me causa un miedo atroz hace algunas noches, al extremo de que enseguida que lo oigo envuelvo la cabeza en las sábanas y no me atrevo a levantarme hasta que es de día claro.

—Sosiégate, hija mía. Si es un alma en pena ningún daño te hará, pues al acostarme he rezado el *Te lucis* y la *Intemerata*. Además he persignado las cuatro esquinas de la cama; de consiguiente, por poder que tenga, no es de temer nos cause el menor perjuicio.

La señora, no satisfecha con haber alejado la sospecha del ánimo de su marido, y temerosa de que el amante sospechara a su vez, resolvió levantarse y darle a entender que se hallaba con su marido. Así que dijo a Juan:

—Tus oraciones y signos de cruz no me devuelven la calma por completo, si he de confesarte la verdad, y no estaré tranquila hasta que hayamos conjurado al alma en pena.

—Y ¿cómo hacerlo? —pregunta el imbécil.

—No te inquietes por eso —replica la mujer—. El otro día, al ir a ganar mis indulgencias a Fiésole, una santa religiosa, a quien participé el suceso, me enseñó una oración infalible para conjurar y expulsar a los espíritus y aparecidos. Ella hizo la experiencia por sí misma y le salió muy bien. Por mi parte hubiera hecho la prueba, pero estando sola no me he atrevido. Ahora que te tengo a mi lado levantémonos, si quieres creerme, y vamos a conjurarlo hasta que se retire por su propia voluntad, y así no volverá más.

Juan consintió. Se levanta y dirígenle a la puerta, donde Federico, muy impaciente y celoso, empezaba a sospechar de la fidelidad de su querida. Mientras se encaminan a dicho sitio Tessa dijo a su marido que escupiese cuando se lo advirtiera. El buen hombre se lo prometió, y al hallarse junto a la puerta comienzan su oración diciendo:

—¡Espíritu, espíritu, que corres de este modo toda la noche, ya que viniste con el rabo derecho, vuélvete lo mismo. Encontrarás en el jardín, al pie de un gran melocotonero, dos buenos pollos, algunos huevos de mi gallina y una botella de vino; toma lo que necesites y retírate sin hacernos ningún daño ni a mí ni a Juan, mi marido, que se encuentra a mi lado!

Terminadas estas palabras, la picarona dijo a Juan Lanas que escupiese, y éste así lo hizo. Federico que lo oyó todo no tardó en comprender el asunto. Disipáronse sus sospechas, y a pesar del mal humor que le causara el contratiempo, poco le faltó para que lanzara una carcajada al oír escupir al

marido por orden de su mujer, diciéndose en su interior: «¡Ojalá escupiese hasta las muelas!».

Repetido por tres veces el conjuro, los conjuradores se volvieron a la cama. Federico creía cenar con su amante; pero habiendo comprendido perfectamente el sentido de la oración, corre al jardín y lleva a su casa pollos, huevos y vino, comiéndoselos con muy buen apetito. Cuando volvió a encontrarse con su tierna amante, ambos se rieron grandemente del suceso.

No falta quien pretende que la señora Tessa no se había olvidado de poner el hocico hacia Fiésole, pero que un campesino que acertó a pasar por la viña se entretuvo en hacerlo dar vueltas con un palo que llevaba en la mano y el hocico quedó señalando a Florencia. Esto es lo que engañó a Federico. Los mismos que esto dicen aseguran también que la señora recitó la oración de la manera siguiente:

—¡Espíritu, espíritu, retírate y no me quieras mal; no soy yo quien ha hecho girar la cabeza del burro! ¡Que Dios castigue al que lo hizo! Estoy al lado de Juan, mi marido.

Y que, por lo tanto, Federico se había vuelto a su casa sin cenar. Pero una mujer anciana que durante mucho tiempo fue vecina de la esposa del cardador, heme dicho que las dos relaciones son verídicas, según lo había oído contar en su juventud, si bien el último cuento no se refiere a la historia de Juan Lotteringhi, sino a Juan de Nello, a quien sucediera una aventura parecida.

Éste, como habéis oído contar, vivía en la puerta de San Pablo, siendo tan sencillo y crédulo como el primero. Así, pues, el lector puede escoger entre la que más le agrade o adoptar ambas, si lo cree a propósito. Hase visto que tienen una gran virtud; toca, pues, a las señoras hacer uso de ellas en tiempo oportuno.

EL CELOSO CORREGIDO

Había en otro tiempo en la ciudad de Arezzo un hombre rico llamado Tofano, casado hacía poco tiempo con una linda joven llamada Ghita, de la cual empezó a tener unos horribles celos, nadie sabía por qué. La joven, que no tardó en apercebirse de lo que pasaba, quedó muy disgustada, creyéndose ofendida. Varias veces le preguntó la causa de sus celos, pero nunca obtuvo otra respuesta que las vagas razones que acostumbran a dar los hombres en tales casos. Cansada de verse víctima de una enfermedad de ánimo a que no había dado motivo con su conducta, resolvió castigar a su marido haciendo sufrir la suerte que temía sin la más leve causa. Al intento puso los ojos en un caballero muy amable que tenía alguna inclinación hacia ella y había desdeñado no pocas veces.

Hízole saber secretamente sus intenciones, poniendo las cosas en tal estado a los pocos días, que sólo aguardaban una ocasión propicia para ser del todo felices. Entre los defectos de su marido había notado la joven que era muy aficionado a la bebida, y no sólo dejóle seguir esta inclinación, sino que la favoreció cuanto pudo para emplear en provecho del amor los instantes de libertad que le dejara su embriaguez. El celoso se acostumbró al vino de tal modo que podía embriagarse siempre que quería, y cuando estaba borracho lo ponía en la cama. Por este medio consiguió entrevistarse con su amante y pasar ratos muy agradables.

El éxito que tuvo este comercio le inspiró tal confianza que no tan sólo lo recibía en su misma casa, sino que a veces iba a reunirse en la suya, no muy distante de allí, y donde pasaba la mayor parte de la noche.

Observó el marido que cuando le hacía beber ella nunca probaba el vino y empezó a sospechar lo que ocurría. Para convencerse de ello pasó gran parte del día fuera de su casa, sin beber, y al anochecer se encamina a ella tambaleándose y dando tumbos, como si efectivamente estuviera borracho. Fue tan buen comediante, que su mujer, cayendo en la trampa, creyó que no era necesario darle más de beber y le hizo acostar. Enseguida fingió quedarse

dormido, e inmediatamente la mujer sale de la casa y se dirige al domicilio de su amante, donde estuvo hasta media noche.

Cuando sintió abrir la puerta se levanta con la esperanza de sorprender a su mujer con algún galán; mas la sorpresa fue la suya, ya que no le cabía la menor duda de que había salido para hacerle cornudo. Cerró la puerta con todos los cerrojos y se asomó a la ventana para verla llegar y darla a entender que estaba al tanto de todo cuanto pasaba. El pobre tuvo la paciencia de estarse a la ventana hasta que llegó su mujer, a pesar de ser entonces el comienzo del invierno. La dama, toda turbada al ver la puerta cerrada, no sabía que partido tomar. Forcejeaba y volvía a forcejear para abrirla, pero en vano. El marido, después de dejarla hacer algún rato, la dijo:

—Tiempo perdido, hija mía; no podrás entrar. Más vale que vuelvas al sitio de dónde vienes. Puedes estar segura de no volver a poner los pies en esta casa hasta tanto no te haya impuesto el castigo que mereces, avergonzándote a presencia de tu familia y de todos nuestros vecinos.

Por más que la joven suplicó y volvió a suplicar que la abriera; a pesar de sus protestas de que había ido a pasar la velada en casa de una vecina, por ser las noches tan largas y aburrirse sola, todo fue inútil. El original de su marido había resuelto en su ánimo estrecho revelar a los ojos de todos la conducta irregular de su mujer y de su propia deshonra. Viendo la joven que nada obtenía con los ruegos, recurrió a las amenazas.

—Si te obstinas en no abrirme la puerta —dijo a su marido— te aseguro que tendrás que arrepentirte y que me vengaré de tu obstinación del modo más cruel.

—¿Qué es lo que puedes hacer de mí? —respondió el marido.

—Perderte —replicó la mujer, a quien el amor había inspirado una treta infalible para decidirle a abrir...—. Sí, perderte, pues antes que sufrir la vergüenza porque injustamente quieres hacerme pasar, me tiraré de cabeza al pozo que aquí cerca hay, y como tú pasas, y con justicia, por un hombre brutal y por un borracho, todos creerán que me has echado en él en un rapto de embriaguez. Entonces, o te verás obligado a expatriarte y abandonar tus bienes o te expondrás a perder la cabeza como homicida de tu mujer, cuya muerte tendrás que reprocharte.

Tal amenaza no hizo más efecto en el corazón empedernido de Tofano que las anteriores súplicas. Viéndole inquebrantable su mujer:

—¡Se acabaron mis días —exclama—; que Dios se apiade de mi alma y de la tuya! Ahí te dejo mi rueca; haz de ella lo que te dé la gana. ¡Adiós, marido mío, adiós!

La noche era oscura como boca de lobo, pues apenas podían distinguirse los objetos en la calle. La mujer se encamina al pozo, mira una piedra enorme y la tira al fondo con todas sus fuerzas, después de exclamar en voz alta:

—¡Dios mío, tened piedad de mí!

La piedra hizo tal ruido que no cupo la menor duda a Tofano de que Ghita realmente se había tirado de cabeza al pozo.

Entonces le entra un miedo cerval, corriendo en busca de un balde y una cuerda para sacar del pozo a su mujer; mas ésta, que se hallaba oculta cerca de la puerta, apenas ve fuera a su marido cuando penetra en la casa, echa los cerrojos y va a colocarse junto a la ventana, desde donde grita en tono malhumorado:

—Con el vino debe mezclarse agua y no después que se ha bebido.

¡Cuál no sería la sorpresa de Tofano al oír esto! Vuelve sobre sus pasos y, encontrando cerrada la puerta, ruega a su mujer le abra. Ésta no quiso escucharlo y le tuvo mucho tiempo impacientándose, lo mismo que él hizo con ella. Como insistiera el marido y la amenazara con echar la puerta abajo, la joven empezó a gritar con todos sus pulmones:

—¡Maldito borracho, bribonazo; yo te enseñaré a vivir! No entrarás en casa en toda la noche; estoy harta de tu mala conducta. Quiero avergonzarte ante toda la vecindad y que se sepa la hora que vuelves a casa. Veremos quién de los dos será censurado.

Furioso Tofano por el chasco que su mujer acababa de darle, la prodiga todo género de insultos, gritando de tal modo que los vecinos, despertados por aquella algarabía, asómanse a las ventanas para ver que sucedía.

En cuanto la mujer oyó que preguntaban qué era aquello, respondió en tono plañidero:

—Este mal hombre, este miserable, que se emborracha continuamente y que después de dormir la mona en las tabernas llega a su casa casi todas las noches a esta hora. He tenido mucha paciencia, contentándome con reconvenirle, mas supuesto que mis quejas a nada han conducido, y que me tiene harta y muy harta, hoy quiero que tome el fresco para ver si este correctivo tiene más eficacia que los otros.

Tofano, para justificarse, fue tan bestia que contó todo lo que había pasado, amenazando a su mujer con maltratarla si le dejaba más tiempo en la calle.

—¡Qué descaro! —exclama ella, dirigiéndose a los vecinos—. ¿Qué diría si en vez de ser él quien está en la calle fuese yo? Fácil es imaginarlo, atendiendo al estado de su razón y de su buena fe. Precisamente me atribuye

lo que ha hecho; nadie sino él ha tirado la piedra al pozo, creyendo tal vez infundirme miedo; mas no he caído en el lazo, ni creo que a vosotros os engañe con esa mentira. ¡Ojalá se hubiese tirado al pozo una vez por todas para refrescar el vino que ha bebido! De esta manera hubiera dejado de estar expuesta a su brutalidad. Este miserable me hace sufrir las penas del infierno desde que tuve la desdicha de tomarle por esposo.

Los vecinos, así los hombres como las mujeres, juzgando sólo por las apariencias, censuraron a Tofano, echándole un sinfín de puyas porque hablaba tan mal de su mujer. La algazara fue tan grande y se transmitió con tanta rapidez de casa en casa, que llegó a oídos de los padres de la joven, los cuales trasladáronse inmediatamente al lugar de la reyerta para apaciguar a los esposos.

Informados por los vecinos de la verdad del suceso, echáronse sobre el pobre cornudo y le dieron una paliza que poco le faltó para que no lo contara. Terminada esta tarea penetran en su habitación, dicen a su hija que recoja todo cuanto le pertenece y se la llevan. El pobre diablo tuvo que guardar cama, y comprendió, aunque tarde, que los celos le habían llevado muy lejos.

Como estimaba mucho a su mujer, hizo cuanto pudo por reconciliarse con ella, valiéndose de sus amigos, los cuales lograron que volviese a unirse con él bajo la promesa de que no la molestaría más con sus celos y la trataría con toda clase de miramientos. Y llevó a tal extremo Tofano su complacencia desde aquel momento, que la permitió obrar a su antojo con tal que cubriera las apariencias. Así fue como este marido se hizo prudente a costa suya. ¡Qué viva el amor para corregir a los hombres, y mueran los celos, causa de tantos tropiezos!

LOS CALZONES DEL JUEZ

Muy a menudo llegan a Florencia Podestás de la Marca de Ancona, es decir, magistrados sin corazón, avaros y miserables, acompañados de jurisconsultos, notarios, que más bien parecen zapateros remendones que hombres salidos de las escuelas de Derecho. Habiendo uno de esos nuevos gobernadores venido a establecerse en nuestra buena ciudad, trajo consigo un juez que se hacía llamar micer Nicolás de San Lepidio, y que tenía más facha de calderero que de hombre de ley. Éste era el encargado de los asuntos criminales. Con frecuencia sucede que uno va a la Audiencia aunque no tenga nada que ventilar en ella.

Maso del Saggio encaminóse allí cierta mañana en busca de un amigo, y entró en la sala donde tenía sus sesiones micer Nicolás. Le llamó la atención la extraña catadura de aquel juez, se detiene y le examina de pies a cabeza. Nicolás llevaba un sombrero verde todo ennegrecido, le colgaba un tintero del cinto, el jubón era más largo que su toga y así lo demás de su traje; iba vestido como jamás lo hubiese hecho un juez dotado de un poco de amor propio. Pero lo que pareció más grotesco a Maso fueron sus calzones, que le caían hasta media pierna, y su estrecha casaca. Un juez tan extrañamente vestido le hizo olvidar sus asuntos, y como era aficionado a divertirse, fue en busca de dos camaradas suyos, llamados el uno Ribi y el otro Mateuzzo, gentes tan alegres como él.

Maso les lleva a la audiencia para enseñarles, según dijo, el juez más ridículo que jamás se ha visto. Al ver la facha de aquel personaje creyeron reventar de risa, pero nada les divirtió tanto como sus calzones. Aproximándose al sitio del juez vieron que era fácil introducirse por debajo y que la tabla en que descansaban sus pies estaba rota y lo suficientemente abierta para poder pasar por la abertura con holgura la mano y el brazo. Forman el propósito de quitarle los calzones y convenidos respecto al modo de llevar a cabo su propósito y el papel que cada uno de ellos había de desempeñar, aplazaron la ejecución del proyecto para el día siguiente, viendo que en aquellos momentos la concurrencia era escasa.

A la hora convenida se dirigen allí, y viendo que la sala rebosaba de gente, Mateuzzo escabullóse furtivamente bajo la tabla en que el juez apoyaba sus pies; luego Maso y Ribí se acercaron al magistrado y le agarran las ropas, tirando el uno por un lado y al otro de otro y gritando a la vez:

—¡Justicia, señor juez, justicia!

—Os suplico que me la hagáis antes de que este ladrón que tenéis junto a vos se nos escape —dice Maso—. Me ha robado un par de zapatos y os ruego le obliguéis a que me los devuelva. Aún no hace quince días que vi que los llevaba a remendar, y, sin embargo, se atreve a negar que me los ha robado.

Ribí, tirando de las ropas del juez con todas sus fuerzas, vociferaba por otro lado.

—No deis crédito a sus palabras, señor; es un impostor, un trapacero, que quiere encubrir sus faltas por medio de la calumnia. Ha sabido que yo venía a quejarme que me ha robado una maleta que me prestaba muy buen servicio, y para influir en vuestro ánimo me acusa ahora de haberle hurtado unos zapatos. Si no dais crédito de mis palabras, pongo por testigo a Trecca, la carnicera, aquí presente, y a la mujer que coge los desperdicios de Santa María de Verzaia.

Maso interrumpía a cada paso a su camarada, y Ribí hacía otro tanto, gritando ambos con toda la fuerza de sus pulmones.

Mientras el magistrado se mantiene en pie para oír mejor lo que se le expone, Mateuzzo, juzgando el momento favorable, pasa sus manos por entre la hendidura de las tablas, agarra los dos extremos de los calzones y da un tirón con tanta fuerza y ligereza, que los hace bajar hasta los tobillos.

Sintiendo el juez que se le caen los pantalones, trata de cubrirse con su toga, pero Maso y Ribí que la tienen entre sus manos, en vez de soltarla la abren más, gritando cada uno por su lado:

—Está muy mal por vuestra parte, señor, negaros a rendir justicia y a oírme. ¿Por qué queréis retiraros? En esta ciudad no se acostumbra a formar expediente en asuntos como el nuestro.

Total, que le entretuvieron todo el tiempo necesario para que todos los allí presentes notaran que se le habían caído los calzones y viesan a satisfacción algo que se adivina fácilmente, lo cual produjo una explosión de risa. Juzgando Ribí que la broma había durado bastante, suelta la toga y se retira, diciendo al juez:

—Os prometo, señor, exponer mis quejas al síndico.

Maso le dice que él no se vería con nadie, pero que volvería a pedirle justicia cuando estuviera menos ocupado. Y ambos huyeron para juntarse con

Mateuzzo, el cual también abandonó la audiencia una vez desempeñado su papel.

Recobrado el juez de su sorpresa, arreglóse los calzones y no cabiéndole duda de que había sido víctima de una broma, preguntó con insistencia dónde estaban los dos ladrones, a lo que le contestaron que habían puesto pies en polvorosa. Al ver que se libraban de su resentimiento encolerizóse y juró que sabría si los florentinos acostumbraban a bajar los calzones de sus jueces en el momento de estar desempeñando sus funciones. El Podestá, que no tardó en estar al tanto de la aventura, irritóse en gran manera ante tamaño insulto, pero acabó por calmarse al indicarle sus amigos que los florentinos sólo habían obrado de aquel modo persuadidos de que, en vez de traerles hombres honrados y de ilustración, eligiera a imbéciles para ahorrarse parte de sus salarios. Como dicha observación era harto bien fundada, no creyó prudente el Podestá investigar quiénes eran los culpables, dejando el asunto, cuyo principio no abogaba en honor suyo.

NADA MAS ENGAÑADOR QUE EL ASPECTO

Micer Forese da Rabatta era un hombre pequeñuelo y mal conformado, con rostro aplastado y chato como la cara de un perro de presa; su deformidad llegaba a tal punto que, comparado con el más abominable de los Bronci, todavía habría parecido muy feo. No obstante su fealdad, fue tan gran jurisconsulto, que los sabios de su tiempo lo han considerado como un código viviente de derecho civil.

Giotto, pintor famoso, no era menos feo que Rabatta. Este pintor tenía tal viveza de imaginación para trasladar al lienzo todas las impresiones y los más mínimos detalles, sus obras ilusionaban de tal manera al espectador, que tomaba por la naturaleza misma lo que sólo era una imitación, a tanto llegaba la energía y verdad de su pincel. Él fue quien sacó la pintura del estado de languidez y barbarie a que le habían conducido pintores sin gusto y sin talento, más celosos de agradar a los ignorantes y hacer dinero que de complacer a los inteligentes y adquirir gloria. Es considerado como una de las lumbreras de la escuela florentina. Lo que revela su mérito era una modestia muy rara entre las personas de su arte. Ambicionaba ser el príncipe de los pintores, y a pesar de esto no quería que se le diera siquiera el nombre de maestro. Pero su misma humildad servía para aumentar el brillo de su talento, que le atraía todos los días nuevos envidiosos entre los pintores y aun entre sus mismos discípulos.

Aquellos dos hombres tan mal conformados y cuyos rostros eran a la par desagradables, tenían sus bienes de fortuna en un pueblecito cercano a Florencia, nombrado Mugello. Después de haber pasado en aquel pueblo algunos días descansando, al regresar a Florencia encuéntrase a la mitad del camino, mal montados y peor vestidos tanto el uno como el otro. Marchando juntos al paso, sorprendiéndoles una de esas lluvias de verano que se presentan de repente y suelen disiparse del mismo modo. Para librarse del agua entraron en la choza de un campesino conocido suyo, y como no cesaba la lluvia, impacientes y queriendo llegar de día a la ciudad, pidieron prestado al aldeano un viejo capote de paño pardo para cada uno y un mal sombrero, no viendo en

la choza otra prenda mejor, y volvieron a emprender la marcha. Después de andar algún tiempo mojándose y llenándose de lodo, disipóse la tempestad.

Forese escuchaba a Giotto, muy discreto en el hablar y mirándolo afectadamente de pies a cabeza, como lo encontrara tan feo y deforme, sin acordarse de que él no era menos mal conformado y horrible que su compañero, escapósele la risa y le dijo:

—¿Creéis que si en este momento encontrásemos a alguno que no os hubiese visto nunca os tomaría por el mejor pintor del mundo?

—Sí, caballero —contestó Giotto sin titubear—, si llegase a imaginarse que vos sabéis siquiera el a, b, c.

El jurisconsulto, viéndose herido con las mismas armas con que atacara a su compañero de viaje, no despegó los labios, pues en el acto reconoció su imprudencia. Esta anécdota, cuya certeza garantizo, nos enseña que no debemos ridiculizar a los demás cuando uno mismo se presta al ridículo.

EL PANADERO

Teniendo el papa Bonifacio que arreglar ciertos asuntos con la república de Florencia, envió embajadores a ella. Éstos se alojaron en casa de micer Geri Spina, que gozaba de gran crédito en la corte pontificia. Geri hizo cuanto estuvo en su mano para que los embajadores no se aburriesen en Florencia, acompañándoles a todas partes. Casi diariamente pasaban por la calle de Nuestra Señora de Ughi, donde vivía un célebre panadero llamado Cisti. Aunque este hombre se había enriquecido fabricando pan, siendo sus sentimientos muy superiores a su profesión, nunca quiso dejarla. No obstante, vivía holgadamente, regalábase en la mesa y su bodega encerraba los mejores vinos que se recolectaban en Toscana y sus alrededores.

Viendo pasar todos los días por enfrente de su tahona a micer Geri y a los embajadores de Su Santidad a la hora en que empezaba a sentirse el calor muy a la vivo, creyó que sería muy honroso para él invitarles a beber del excelente vino, pero como no ignoraba la distancia que había entre los ministros de un soberano y un panadero, no se atrevía a hacer la invitación. Por lo que buscó modo de que se invitaran ellos mismos. A la hora que poco más o menos suponía que debían pasar Geri y los embajadores, hacía colocar frente a su puerta un balde muy limpio con agua fresca, una pequeña vasija de tierra de Bolonia también muy limpia y llena del delicioso vino de su bodega, y dos vasos. Allí, vestido con mucha pulcritud y llevando un delantal de tela más blanco que la nieve, sentado en un banquillo, después de toser y escupir mesuradamente, bebía en el momento que los veía llegar sus dos vasos de vino con un deleite que daba envidia. Habiendo observado micer Geri aquella escena por dos veces, díjole a la tercera:

—Vamos, Cisti, ¿es bueno?

—Excelente, señor —dijo el panadero—, mas el mejor medio de gustar de su bondad es probarlo, ¿gustáis, pues?

Micer Geri, que a causa del gran calor que hacía, o que hubiese andado más de lo acostumbrado, o que la delicia con que veía beber al panadero lo estimulase, vuélvese hacia los embajadores y les dice sonriendo:

—Opino, señores, que probemos el vino de este buen hombre, tal vez no nos arrepintamos.

Pasan a la trastienda del panadero, el cual les ruega que tomen asiento. Manda retirar a los criados, que se proponían servir a su amo, diciéndoles que él tan buen escanciador es como panadero, y después de haber lavado cuatro vasitos los llena por su propia mano y los presenta a Geri y a los embajadores, los cuales quedaron tan satisfechos de su vino, que confesaron hacía mucho tiempo no lo habían bebido tan bueno, prometiéndole que, en lo sucesivo, ningún día faltarían a su trastienda, lo cual no dejaron de cumplir con mucha exactitud.

Cuando los ministros del Papa hubieron terminado sus negociaciones y se disponían a regresar a Roma, micer Geri dióles un espléndido festín al que fueron invitadas las personas más notables de Florencia. Cisti contábase en el número de los convidados, pero no quiso de ningún modo acudir a la fiesta; visto lo cual, Geri mandó pedirle una botella de su excelente vino para poder servir una copa a cada convidado antes de empezar la comida.

El criado que había ido a buscarlo, enfadado de que no hubiese quedado nada para él, al mandarle su amo otra vez a casa del panadero, agencióse una enorme botella, suplicándole se la llenara. Al ver aquella botellaza, Cisti le dice:

—Te has equivocado, amigo mío, no es aquí ciertamente donde te envía tu amo.

Fue en vano que el criado le asegurara que no se equivocaba, no logró otra respuesta y volvió al domicilio de su amo, a quien participó lo que le dijera Cisti.

—Vuelve a su casa —replica Geri— y si te da la misma contestación replícale que dónde piensa, pues, que te envían.

El doméstico obedeció, y dijo a Cisti:

—Estad persuadido que es aquí donde me envía mi amo.

—Eso no puede ser, indudablemente te equivocas.

—¿A dónde me manda, pues? —repuso el criado.

—Al río Arno —contesta Cisti.

En vista de la respuesta del emisario, micer Geri quiso ver la botella, y encontrándola desmesuradamente grande, exclama:

—Cisti tiene razón. Y después de reconvenir al criado como se merecía, ordénale que tome una vasija de tamaño razonable y vuelva a casa del panadero.

Como éste viera que no era la gran botella de antes, dícele al doméstico:

—Ahora sí que conozco que es aquí donde te envía tu amo; —y le llenó de muy buena gana la vasija.

Aquel mismo día hizo llenar una barrica del susodicho vino y lo mandó a casa de Geri, a dónde se dirigió pocos momentos después.

—No creáis, caballero —díjole al verle—, que me dejase sorprendido el botellón de esta mañana; pero habiéndooos dado a entender, hace pocos días, por la medida de mis botellas, que ese vino no era para criados, he creído deber recordároslo. Ahora os he mandado lo que me quedaba de dicho vino, y por lo tanto haréis de él lo que mejor os parezca. Sólo os suplico que le aceptéis de tan buen grado como os le doy.

Micer Geri recibió el obsequio de Cisti con las mayores muestras de reconocimiento. Desde aquel día lo contó en el número de sus amigos, y se le oía decir a menudo que era mucha lástima que un hombre tan galante pasase su vida metido en una tahona.

LA DOBLE DERROTA

En la buena ciudad de Florencia, tan fecunda en sucesos de todas clases, hubo en un tiempo una joven y preciosa señorita de alto rango, que fue dada en matrimonio a un caballero de gran mérito. Como suele suceder que uno se cansa de comer todos los días un mismo pan, por sabroso que sea, la joven se enamoró de un gentilhomme de pocos años, llamado Leonetto, modelado como una estatua, muy agraciado en todo, pero de ánimo poco varonil, sin duda porque su familia no era muy antigua en la carrera de las armas. Como se amaban mutuamente, no tardaron en ponerse acordes y darse pruebas de su amor. Eran tan dichosos como pueden serlo dos que bien se aman; cuando un caballero llamado micer Lambertuccio vino a turbar su placer.

—Este gentilhomme se había apasionado hasta la locura de la joven, la cual, encontrándole poco de su agrado y hasta grosero, no hacía caso de sus ruegos. Después de muchas atenciones y mensajes, el caballero, hombre rico y poderoso, cansado de luchar en vano, advirtió a la bella que la jugaría mil tretas y la daría no pocos disgustos si persistía en rechazarlo. La joven, que conocía al hombre, temía que, efectivamente, recurriese a algún extremo, rindióse a sus impertinencias y le acordó, por miedo, lo que jamás le diera por amor.

Isabel, que así se llamaba la joven, acostumbraba pasar el verano en el campo, donde poseía una quinta agradabilísima. Tiempo hacía que vivía en ella cuando su marido tuvo precisión de ausentarse por algunos días. Apenas hubo partido, manda ella a buscar a su querido Leonetto para que la acompañe. El joven no se hizo rogar y supo aprovechar la ausencia del marido.

Por su parte, Lambertuccio, cuando supo la ausencia de aquél, montó a caballo en el acto para visitar a la linda Isabel. Llega y llama. No bien lo ve la criada cuando sube a avisar a la señora que estaba en aquel momento en su dormitorio al lado de Leonetto. Es fácil imaginarse el disgusto que tan inoportuna visita la causó, y aunque su deseo fuera despedir al gentilhomme, como le temía más que al rayo no se atrevió a hacerlo. Tomó, pues, el partido

de suplicar a su verdadero amante que se escondiera detrás de la cama o en algún otro sitio, hasta tanto que se pudiera deshacer de Lambertuccio.

Leonetto, apocado por naturaleza, siguió sin titubear el consejo de Isabel; hecho lo cual la sirvienta fue a abrir al caballero, quien se apeó y dejó su caballo en el patio atado a una argolla de hierro que había en la pared. La joven salió a recibirlo en la escalera con rostro tranquilo y sonriente, y después de saludarle con la mayor cortesía, preguntóle por el objeto de su viaje.

Empezó Lambertuccio por abrazarla y contestóla que habiendo sabido la ausencia de su marido, venía a hacerla compañía. La señora le dio las gracias por su atención y le introdujo en la casa. El caballero, que no era hombre a quien gustase perder el tiempo, cierra la puerta y fuerza a la dama a satisfacer sus deseos. Nuevo contratiempo. El marido, a quien no aguardaban tan pronto, llega en ese momento. La criada desde la ventana lo ve llegar y corre al cuarto de su ama:

—Señora, viene vuestro marido; no tardará en penetrar en el patio, pues estaba ya muy cerca cuando le he visto.

Viendo Isabel el apurado trance y considerando que no le era posible ocultar al caballero a causa de su caballo, que su marido tal vez habría visto ya, poco le faltó para caer desvanecida a semejante noticia. No sabía qué partido tomar para salir de tan mal paso, cuando su espíritu, vivamente aguijoneado por el temor, presentóle repentinamente una solución:

—Si es cierto que me amáis, Lambertuccio —dijo la dama— y que tenéis en algo mi honra y mi vida, haced lo que voy a deciros. Desnudad al momento vuestro acero, mostraos encolerizado y furioso, idos y decid por la escalera: *no se me escapará; donde quiera que se meta lo encontraré*. Si mi marido intenta deteneros y os pregunta contra quién os las habéis, no le contestéis otras palabras que las que acabo de pronunciar. Dado caso de que insistiese, montad a caballo y partid haciendo como que no le habéis oído y nada le digáis bajo ningún pretexto: he aquí lo que exijo de vos.

Lambertuccio prometióle hacer lo que ella quería.

El marido, viendo un caballo en el patio, empezó a hacer conjeturas y se dirigía a las habitaciones de su mujer para informarse de quién había llegado, cuando encontró en el último tramo de la escalera a micer Lambertuccio disparado como una furia, sea de fatiga, sea de despecho por su llegada.

—¿Qué os pasa, caballero? —le dijo atemorizado al ver su aspecto.

—¡Por vida mía! —responde el gentilhombre—. ¡Mil rayos!, no se me escapará; donde quiera que se meta lo encontraré.

Enseguida envaina su espada, saltó sobre su caballo y desaparece a la carrera. Sorprendido de lo que acaba de ver, el marido sube la escalera y encuentra a su mujer en el umbral de la puerta, la cual parecía muy acongojada.

—¿Qué significa todo esto? —la dice—. ¿Cómo es que micer Lambertuccio ha partido tan encolerizado? ¿Con quién se las había?

La taimada Isabel se acerca a la puerta de la habitación para que Leonetto pueda oír su respuesta.

—En mi vida he pasado más miedo que en este momento —responde a su marido—. Un joven a quien no conozco acaba de refugiarse en esta casa huyendo del señor Lambertuccio que le perseguía espada en mano con objeto de matarle. Habiendo encontrado abierta la puerta de mi cuarto entró en él todo atemorizado y, echándose a mis pies: «Salvadme la vida, señora», me ha dicho. Iba a preguntarle su nombre y el motivo de su terror, cuando veo venir a micer Lambertuccio gritando: «¿Dónde está ese traidor?». En el acto me atravesé en la puerta de mi cuarto para impedirle el paso, teniendo bastante reflexión y respeto, a pesar de lo furioso que estaba, para no emplear la violencia conmigo; y después de echar mil pestes se ha ido, como habéis tenido ocasión de ver.

—Has obrado muy discretamente, querida mía —contesta el marido—. Muy desagradable para nosotros hubiera sido que le hubiese matado aquí; y ha hecho muy mal el caballero Lambertuccio en haber perseguido hasta mi casa a una persona que buscó refugio en ella.

—Ignoro en qué sitio se ha escondido —repuso la señora—, no sé más sino que entró en esta habitación.

—¿Dónde os halláis? —grita entonces el marido—. Podéis presentaros sin temor, el enemigo está lejos.

Leonetto, que todo lo había oído, sale de detrás de la cama no tan atemorizado de su rival Lambertuccio como de la llegada del cornudo.

—¿Qué tenéis que ventilar con micer Lambertuccio? —le pregunta el caballero.

—Puedo aseguraros, señor, que ignoro el motivo de su inquina, puesto que nada le he hecho, por lo cual no dudo que me toma por otra persona. Nos hemos encontrado bastante lejos de aquí y como después de haberme inspeccionado durante un rato echó mano a su espada y corrió furioso detrás de mí gritando: «¡Traidor, vas a morir!»; creí que lo más prudente era huir sin entretenerme en pedirle explicaciones sobre su extraño proceder. El tiempo

que empleó para ir en busca de su caballo me ha permitido refugiarme aquí, debiendo la salvación de mi vida a esta generosa dama.

—Nada temas, amigo mío, nada temas. Te conduciré a tu casa en seguridad y luego, si lo juzgas a propósito, puedes presentarte a micer Lambertuccio para pedirle una explicación.

Después de haber cenado en agradable compañía, el marido ordenó dar un caballo al amante y lo acompañó hasta Florencia, no dejándolo hasta su casa. El joven Leonetto tuvo una entrevista aquella misma noche con Lambertuccio, según se lo recomendara Isabel y todo se arregló perfectamente, pues a pesar de las maliciosas interpretaciones que se hicieron sobre esta aventura, el marido nunca llegó a descubrir la treta que le había jugado su mujer.

EL CURA DE VARLUNGO

En el pueblo de Varlungo, que dista poco de Florencia, hubo un cura muy vigoroso y apto como él solo para satisfacer a las señoras. Ese buen pastor, que apenas sabía leer, siquiera tenía el talento de divertir a sus ovejas todos los domingos, al pie de un olmo, con sus cuentos y chistes, y cuando se ausentaban los maridos sabía visitar a sus mujeres, a las que otorgaba su bendición y las regalaba ya unos pastelillos, ya un poco de agua bendita y, a veces, unos cabos de vela. Entre las feligreses a quienes festejaba de este modo, ninguna le agradaba tanto como Belcolore, esposa de un campesino conocido por Bentivegna del Mazzo.

En verdad que era una excelente aldeana, rolliza, fresca, pelinegra, bien modelada, tal como la necesitaba el señor cura. Belcolore, además, disfrutaba del mejor humor del mundo; veíasela siempre la primera en el baile, en el canto o en el tocar el tamboril. Apasionóse de tal modo el cura, que poco le faltó para que se le trastornase el juicio. Todo el día andaba de acá para allá, con la esperanza de verla; cuando sabía, los domingos y demás días festivos que estaba en la iglesia, cantaba con toda la fuerza de sus pulmones para persuadirla de que era un gran músico; pero si no le animaba la presencia de su adorada Belcolore, usaba de más moderación.

Sin embargo, por fuerte que fuese su pasión, supo componérselas de tal modo, que ni Bentivegna ni nadie notaron el amor que le atormentaba. Para hacerse propicia a la que se lo inspiraba, continuamente la hacía regalitos, mandándola un atado de ajos tiernos o algunas cebollas acabadas de arrancar de su huerto, o bien, algunos guisantes o algún ramo de flores. Si la encontraba en alguna parte la miraba de reojo, lo mismo que un perro que se propone morder a un compañero; pero la aldeana fingía no notarlo y bien contenta de parecer salvaje, pasaba casi siempre sin detenerse.

Ese desdén tenía hartó mohíno al señor cura, mas no se desanimó a pesar de la indiferencia de la casadita. El amor había echado muy hondas raíces en su corazón para que pudiera librarse de él. Tal es el encanto de esta pasión, que nos agrada hasta cuando nos hace desgraciados.

Cierto día en que se paseaba, las manos detrás de la espalda, quiso la casualidad que se encontrase con Bentivegna, el cual iba montado en un asno cargado con diversos productos de su huerta. El cura le pregunta dónde va.

—Parto a la ciudad, mi buen padre, para un asunto importante y esas legumbres y frutas que ahí veis van destinadas a Nonaccorri da Ginestreto, a fin de que mire con buenos ojos mi negocio, pues habéis de saber que me ha citado por medio de su procurador, juez de paz, para que comparezca ante el tribunal civil.

—Haces bien, querido amigo —dícele el cura, muy contento en su interior—; Dios te guíe y vuelve lo más pronto que puedas. Si por acaso encuentras a Lapuccio, mi compañero de ministerio, o a mi criado Naldino, les dices que me traigan fallebas para mis puertas.

Bentivegna le prometió que así lo liaría y prosiguió su camino.

El cura cree que es el momento propicio para hacer una visita a su adorada Belcolore y sondearla nuevamente. Se encamina, pues, a su casa, diciendo al entrar:

—¡Qué Dios conceda a este albergue todos los bienes que prodiga a manos llenas!

La aldeana, que estaba arriba, le oyó y le dice:

—Bienvenido, señor cura, ¿y cómo os aventuráis por esos mundos de Dios con el calor que hace?:

—He encontrado a tu marido que marchaba para la ciudad —contestó el pastor— y vengo a pasar algunos momentos a tu lado.

Belcolore bajó e hizo que el cura tomara asiento, reanudando su interrumpida tarea, que consistía en escoger semillas de coles, recogidas por su marido poco hacía. Aprovechando el cura la entrevista, entabló de esta manera la conversación:

—¿Está de Dios, querida amiga, que me has de hacer sufrir continuamente?

—¡Yo! ¿Y qué cosa os hago?

—Nada me haces, es verdad, pero ¿no basta que me prives de hacer contigo lo que yo quisiera?

—¿Acaso hacen «eso» los curas?

—Sin duda, y mejor que los demás hombres. ¿Por qué, pues, no lo haríamos nosotros? ¿No tenemos todo cuanto necesitamos para el caso? Hasta te diré que somos en ello más hábiles que los otros, pues lo practicamos más de tarde en tarde. Déjame trabajar contigo y te aseguro que quedarás contenta de mí.

—Lo dudo, porque los clérigos sois de lo más avaro que he conocido.

—¿Acaso te he negado nunca nada? Pídeme lo que desees y está segura de obtenerlo. ¿Quieres unos zapatos, una cinta, una pañoleta?

—Todo eso lo tengo; pero ya que tanto me amáis, prestadme un servicio y en el acto me plegaré a vuestros deseos.

—Habla —repuso el cura con viveza—, estoy pronto a hacer cuanto quieras en tu obsequio.

—El sábado próximo debo marchar a Florencia —dice Belcolore— para entregar una partida de lana que he hilado y que me arreglen un vestido; si queréis, prestadme cien sueldos, que no dudo tendréis, podría desempeñar mi zagalejo y mi delantal de los días de fiesta, que llevaba cuando me casé. Ved si os place darme esa cantidad; sólo así obtendréis lo que deseáis.

—No llevo dinero encima; pero me comprometo a entregarte los cien sueldos antes del sábado.

—¡Oh! Vosotros, gente de sotana, prometéis mucho y no dais nada. No penséis envolverme como a la crédula Biliuzza, que despedisteis tontamente sin darla ochavo, y que por culpa vuestra se ha perdido. Por mi parte, no pienso dejarme engañar. Si carecéis del dinero que os pido, buscadlo.

—Ahórrame, por favor te lo pido, el trabajo de ir a mi casa, ya que tanto aprieta el calor. Por otra parte, piensa que ahora estamos solos y que tal vez no suceda lo mismo cuando vuelva. Aprovechemos la ocasión, ya que tan favorable se nos ofrece.

—Haced lo que os digo, de lo contrario os juro que no habrá nada.

Viendo el cura que la aldeana estaba resuelta a no otorgar nada, sino un *salvum fe fac*, y deseando él por su parte hacer la cosa *sine custodia*, la dice:

—Ya que desconfías de mi palabra, pensando que no he de traerte los cien sueldos, toma mi capa que te dejo en prenda.

—Veamos vuestra capa y cuánto puede valer.

—Esta capa es de buen paño de Flandes de tres cabos y hasta de cuatro, según afirma uno de mis feligreses. Aún no hace quince días que el pañero Lotto me la vendió en diez buenas liras y Buillet que, como tú sabes, entiende de estos géneros, pretende que vale quince.

—Algo duro se me hace creer lo que decís; pero acepto el trato. Veremos si sois hombre de palabra.

El cura que ardía en deseos de satisfacer su pasión, la entregó su capa, y después que Belcolore la hubo puesto bajo llave:

—Pasemos —le dice— al desván que nadie visita.

Siguióla el cura y refocilóse con ella a más y mejor, refocilándose hasta rendirse, luego regresó a su domicilio vestido de sotana como si viniese de celebrar algún acto religioso.

Apenas llegado a la rectoría cuando, considerando el poco provecho que le producía su curato, arrepintióse de haber dejado su capa y pensó en el modo de recuperarla sin verse obligado a desembolsar la cantidad convenida, ya que todas las ofrendas del año apenas hubiesen bastado para ello. Su espíritu maligno y astuto procuróle una salida.

Siendo festivo el día siguiente, mandó al hijo de uno de sus vecinos a casa de Belcolore, suplicándole le prestase su almirez de mármol, pues tenía convidados, lo cual hizo la aldeana con mil amores. A los dos días se lo devolvió por medio de su ayudante, a la hora en que juzgó que Bentivegna y su mujer debían estar comiendo.

—El señor cura me ha encargado os diera las gracias —dijo el enviado dirigiéndose a la mujer— y os reclame la capa que el muchacho dejó en prenda al pedirlos prestado el almirez.

Belcolore frunció el ceño al oír esto e iba a contestar, cuando su marido le cortó la palabra.

—¿Cómo es que exiges prenda a nuestro cura el párroco? En verdad que merecías te abofeteara, para que aprendieras a desconfiar así de nuestro buen pastor. Devuelve enseguida su capa y cuida otra vez de no negarle lo que pida sin prenda alguna, aunque fuese nuestro asno.

La mujer se levanta murmurando, saca la capa del cofre donde la tenía guardada y dice al mensajero al entregársela:

—Te suplico digas de mi parte al cura que, ya que obra de esta manera, nunca más volverá a moler en mi almirez.

Habiendo el enviado repetido estas palabras al clérigo:

—Acordes —contestó éste—, mas puedes también decir a Belcolore, cuando la veas, que si no presta su almirez en cambio, no la prestaré mi mano, y por cierto, que la una vale bien lo otro.

Bentivegna no se fijó bien en las palabras de su mujer, creyendo eran debidas a los reproches que acababa de hacerla. Respecto a Belcolore, durante mucho tiempo mostróse enfadada con el cura; mas vino la vendimia y todo se arregló. El clérigo la regaló un tonel de vino nuevo y unas cuantas castañas, recobrando por ese medio el favor perdido. Luego vinieron a una muy buena inteligencia, visitaron frecuentemente el desván, tomando con tal acierto sus medidas, que nadie llegó a sospechar su intriga.

LOS DOS CORNUDOS

Según he oído contar, hubo una vez en Siena, dos buenos individuos de la clase media, bastante acomodados, llamados Spinelloccio Tanena y Zeppa di Mino, ambos en la flor de su edad, los cuales vivían en la misma calle y se profesaban gran cariño. Los dos estaban casados con bonita mujer. Spinelloccio solía frecuentar la casa de Zeppa y enamoróse de su mujer, dándose tan buena maña que no tardó en obtener sus favores. Semejantes relaciones duraron largo tiempo sin que nada sospechase el marido engañado. Sin embargo, la familiaridad que reinaba entre su mujer y su amigo acabó por inquietarle un tanto, y para saber si sus dudas eran bien fundadas, cierto día tomó el partido de ocultarse, hacia la hora en que Spinelloccio acostumbraba a visitarlo.

Éste no tardó en llegar, y la mujer, creyendo que su marido había salido, dice al amigo que no está en casa, oído lo cual Spinelloccio empieza a abrazarla y ella le devuelve caricia por caricia.

Zeppa, que todo lo estaba viendo desde su escondite, no despegó los labios para saber en qué pararía aquello. En fin, vio cómo su mujer y Spinelloccio entraban en el dormitorio y cerraban la puerta tras ellos.

Fácil es comprender el gusto que le daría esa doble traición, pero considerando que si armaba escándalo sólo serviría para aumentar su vergüenza, reportóse por el momento, contentándose con pensar el modo de vengarse sin ruido. No tardó su imaginación en sugerirle un medio excelente, que acarició enseguida.

No bien hubo abandonado su casa Spinelloccio, cuando Zeppa penetra en el dormitorio, encontrando a su mujer que se estaba arreglando el enmarañado pelo.

—¿Qué estás haciendo, mujercita mía? —la pregunta.

—¿Acaso no la veis?

—Sí, por cierto; y también he visto otra cosa que más me valiera ignorar.

Entonces le relata la escena de que acaba de ser testigo, y la mujer, temblando de miedo, al ver que no había modo de negar, se lo confiesa todo y

le pide perdón en llanto.

—Es la mayor injuria que podías hacerme —la dice el marido—; sin embargo, estoy dispuesto a perdonar si sigues mi consejo.

—Seréis obedecido.

—Enhorabuena. Quiero que cites a Spinellocchio para mañana a las nueve; yo me presentaré al poco rato y al momento que me oyes le haces esconder en ese cofre grande, cerrándolo con llave. Luego te diré lo demás que debes hacer. Cumple con lo que te ordeno y juro perdonarte y aun olvidar tu falta.

La mujer prometió cuanto quiso su marido, para reconciliarse con él, cumpliendo fielmente lo convenido.

Al día siguiente Spinellocchio y Zeppa, encontrábanse juntos a eso de las nueve, cuando el primero, que había prometido a la mujer de su amigo acudir a la cita que ella le diera, pretextó, para dejar a Zeppa, estar convidado a comer y que no quería faltar.

—Todavía no es hora, no te vayas, pues.

—No me desagradaría llegar temprano, pues tengo que hablar de cierto negocio con la persona que me ha invitado.

Le deja ir, pues, y se encamina a casa de su amante. Apenas habían entrado en el dormitorio, cuando se oyen los pasos de Zeppa que sube la escalera. Su mujer finge tener miedo e invita al galán a que se oculte en el cofre, lo cierra y abandona la habitación. Se presenta Zeppa y pregunta a su mujer si está lista la comida.

—Lo estará en un instante.

—Acabo de dejar a Spinellocchio —prosigue el marido— que estaba invitado a comer en casa de un amigo y como su mujer se encuentra sola, os suplico paséis a invitarla para que venga a tomar un bocado con nosotros.

La casadita, obediente en exceso por el temor de su falta y de ser castigada, cumplió en el acto la orden de su marido y tanto rogó a su vecina, a la que notició que Spinellocchio no iría a comer con ella, que se la llevó. Zeppa la recibe con grandes demostraciones de amistad, luego, indica a su mujer que se vaya a la cocina, y tomando a la vecina de la mano la lleva al dormitorio, cerrando la puerta.

—¿Qué significa esto? —pregunta la mujer de Spinellocchio—. ¿Con tales intenciones me habéis invitado a comer? ¿Así pagáis la amistad que os profesa mi marido?

—Antes de incomodaros, señora —la contesta Zeppa acercándose al cofre y sin soltarla la mano— dignaos escuchar lo que tengo que deciros. He estimado y todavía estimo a vuestro marido como a un hermano; tocante a la

amistad que él me profesa, ignoro si es bien tierna, mas lo que sé es que no le impide acostarse con mi mujer lo mismo que con vos. Sin ir más lejos, ayer lo hizo y casi a mi vista. Y porque le aprecio pretendo usar de represalias, limitando a eso mi venganza. Así, como él ha disfrutado de mi mujer, justo es que yo disfrute de vuestros encantos; es lo menos que puedo exigir. Si me negáis esa satisfacción, os declaro que no me será difícil sorprenderlo *in fraganti* y tratarlo de manera que ni él ni vos quedéis contentos.

La señora no acababa de creer que su marido le fuese infiel. Zeppa contóle cómo había llegado a descubrirlo todo, detalles que contribuyeron a persuadirla.

—Supuesto que habéis resuelto —dice a Zeppa— vengaros en mi persona del ultraje que os hizo mi marido, consiento en ello, pero con una condición: que me reconciliéis con vuestra mujer. Por mi parte la perdonaré de buena gana el daño que me ha hecho.

—Vivid tranquila —repuso Zeppa— yo me encargo de todo, y prometo regalaros una lindísima alhaja.

Enseguida empieza a abrazarla, la empuja suavemente sobre el cofre y ambos se refocilan hasta la saciedad.

Spinelloccio que todo lo oyó, se enfureció de tal modo que pensó que iba a reventar de rabia, y a no haberle detenido el temor del resentimiento de Zeppa, hubiera llenado de insultos a su mujer desde el sitio donde se hallaba aprisionado. Mas, considerando que había sido el agresor, y que Zeppa sólo le pagaba con la misma moneda, consolóse, resolviendo afirmar su amistad en vez de romperla.

Acabada la faena, la vecina pide la alhaja prometida. Entonces Zeppa abre la puerta de la habitación y llama a su mujer, que dice al entrar a la esposa de Spinelloccio:

—Me habéis devuelto un pan por una torta.

—Mujer —dice el marido— abre el cofre.

Luego, mirando a la vecina, quedando toda sorprendida al ver a su marido en aquel sitio:

—He aquí, querida mía, la alhaja que os prometí.

Difícil sería decir cuál de los dos quedó más corrido, si Spinelloccio, que sabía de qué modo le habían puesto los cuernos, o su mujer, al ver que el marido había oído cuanto dijo e hizo con Zeppa. Spinelloccio sale del cofre y dice a Zeppa sin más explicaciones:

—Estamos en paz, vecino, y si quieres seguir mi consejo, por eso tan amigos como antes. Supuesto no tenemos otra cosa para repartirnos que

nuestras mujeres, opino que las poseamos en común.

Zeppa aceptó la apuesta, comiendo los cuatro en la mayor armonía. Desde aquel día cada mujer tuvo dos maridos y cada uno de éstos dos mujeres, sin que jamás hubiese divergencias entre ellos respecto de quién había de gozar la del uno o la del otro.

LA APUESTA

No hace mucho tiempo se hallaba domiciliado en Florencia un joven llamado Miguel Scalza, el cual era tan alegre y aficionado a la chirigota, que toda la juventud de la ciudad mostrábase ansiosa de obtener su amistad. Un día que se encontraba en el monte Ughi con varios de sus amigos, recayó la conversación sobre la antigüedad y nobleza de las familias de Florencia. Unos decían que la de los Uberti merecía la preferencia; otros pretendían que era la casa de Lamberti; no faltaba quien sostenía que habíalas más antiguas que éstas y las citaba; en fin, cada cual se expresa según sus ideas y sus intereses. Scalza, después de oír los distintos pareceres, les dijo sonriendo:

—Todos estáis equivocados y no sabéis lo que habláis. Yo pretendo que la familia más antigua, y por tanto la más noble, no sólo en Florencia, sino en el orbe entero, o a lo menos, para no exagerar, de la Toscana, es la de los Baronci. Todos los sabios y cuantos la conocen como yo, son de mi misma opinión. Y para que no haya confusión en lo que os digo, os advertiré que hablo de los Baronci vecinos nuestros, que viven junto a Nuestra Señora la Mayor.

Los compañeros de Scalza, que en un principio creyeron se refería a algunos Baronci desconocidos para ellos, viendo que se trataba de una familia que no tenía fama de descender de antiguo, se echaron a reír, preguntándole si hablaba con seriedad.

—Conocemos tan bien como tú a los Baronci, tomarnos por tontos es decimos que son los nobles más antiguos de la ciudad.

—Veo, señores, que no les conocéis —repuso el joven—, puesto que no opináis como yo. Por otra parte, tampoco os tengo por unos benditos y estoy tan cierto de lo que afirmo, que apuesto con cualquiera de vosotros la cena para los seis aquí presentes y me conformaré con que resuelva la cuestión quien mejor os parezca.

Aceptada la apuesta por un tal Neri Mannini, fue resuelto atenerse a la decisión de Pedro *el Florentino*, en cuya casa se encontraban. Así, pues, se

apresuraron a buscarlo para tener el gusto de ver perder a Scalza y bromearlo después.

El dueño de la casa era, aunque joven, hombre prudente y de muy buen sentido. Después de haber oído a Neri, vuélvese hacia su adversario y le pide las pruebas de su afirmación.

—Lo probaré tan fácilmente que no podréis menos de convenir, tanto vos como los demás, en que tengo razón. Luego añadió: Cuanto más antigua es una familia, mayor es su nobleza, según opinan estos caballeros; siendo, pues, la familia de Baronci la más antigua de Florencia, es, por lo tanto, también la más noble de todas. Esto aceptado; sólo me resta, para ganar la apuesta, probar la antigüedad de los Baronci. He aquí mi prueba: Todos los hombres son obra del Altísimo; es evidente que Dios fabricó a los Baronci cuando sólo era aprendiz de pintor, y a los demás hombres, siendo ya maestro en la pintura. Para convencemos de ello, comparad a los Baronci con el resto de los mortales: encontraréis simetría, proporciones, regularidad en las facciones de éstos, mientras que aquéllos sólo os parecerán esbozados. Y es la pura verdad: el uno tiene el rostro largo y estrecho, otro desmesuradamente ancho; éste es chato; aquél posee una nariz de a palmo; el otro ostenta una larga y encorvada barba y una quijada de jumento; el otro la tiene corta y aplastada y su rostro se parece al hocico de un mono. Los hay, en dicha familia, que tienen un ojo más grande o más bajo que el otro; total: los rostros de esos señores se asemejan a los que hacen los niños cuando comienzan a dibujar. Claro está, pues, que el Señor no era un gran pintor cuando lo hizo, y por lo mismo, de ahí debemos concluir que descienden de más antiguo y, por lo mismo, son más nobles que los demás mortales.

El juez Pedro, Neri el apostador y el resto de la comitiva, recordando que los Baronci eran tal como Scalza acababa de retratarlos, se rieron de buena gana de tan jocoso argumento y todos a la vez opinaron que el joven había ganado la apuesta, los gritos de «¡Tiene razón, tiene razón, los Baronci son los más antiguos y más nobles de Florencia!», resonaron por toda la estancia. De lo cual deduzco yo que, cuando se quiso expresar la amarga fealdad de micer Forese, no podía darse mejor idea de su deformidad que diciendo que parecía feo al lado de cualquiera de los Baronci.

LOS MOTIVOS QUE TUVO UN JUDIO PARA CONVERTIRSE A LA RELIGION CRISTIANA

He oído decir que había en otro tiempo en París un famoso negociante en telas de seda, llamado Giannotto di Civigni, tan estimable por su franqueza y rectitud de carácter como por su probidad. Era íntimo amigo de un judío muy rico, negociante como él y no menos honrado. Como conocía mejor que nadie sus buenas cualidades: «¡Qué lástima, decía para sí, que un hombre tan bueno se condene!». Giannotto creyó pues, deber exhortarle por caridad a abrir los ojos sobre la falsedad de su religión, que tendía continuamente a su ruina y sobre la verdad de la nuestra, cuya preponderancia va en aumento todos los días.

Abraham contestóle que no conocía ley más santa ni mejor que la judaica; que habiendo nacido en dicha ley, en ella quería vivir y morir y que nada podría hacerle cambiar de resolución a este respecto.

Esta conversación no disminuyó el celo de Giannotto, sino que pocos días después volvió a insistir sobre el mismo tema.

Hasta trató de probarle, con las razones que eran de esperar en un hombre de su profesión, la superioridad de la religión cristiana sobre la judaica; y aunque tenía que habérselas con persona muy enterada respecto a sus creencias, no tardó en hacerse escuchar con agrado. Desde dicho momento reiteró sus instancias, empero Abraham mostróse siempre inquebrantable. Las solicitudes por un lado y las resistencias por el otro seguían su camino, cuando, finalmente, el judío, vencido por la constancia de su amigo, le habló un día de esta suerte:

—¿Tú quieres, pues, absolutamente, querido Giannotto, que abrace tu religión? Bien, consiento en satisfacerte, pero con una condición, y es que iré a Roma para ver al que tú llamas Vicario General de Dios sobre la tierra y estudiar su conducta y sus costumbres, lo mismo que la de sus cardenales.

Si por su método de vida puedo comprender que tu religión es mejor que la mía (como tú has llegado casi a persuadírmelo), te aseguro que no titubearé

ni un momento en hacerme cristiano; pero caso de observar lo contrario de lo que espero, no deberá sorprenderte si persisto en la religión judaica y me aferro a ella más y más.

—El buen Giannotto quedó muy afligido de semejante discurso.

—¡Justo cielo! —decía—, yo creía haber convertido a este buen hombre, y he aquí perdidos todos mis afanes. Si va a Roma, no puede dejar de ver la vida escandalosa que llevan la mayor parte de los clérigos, y entonces, lejos de abrazar la religión cristiana, seguirá, indudablemente, más judío que nunca.

Luego, encarándose con Abraham:

—¡Ah, amigo mío! ¿Por qué ese gasto de ir a Roma y hacer el gasto de tan largo viaje? Además de que todo es de temer en el mar y en los caminos para un hombre tan rico como tú. ¿Crees que faltará aquí quien te bautice? Si por ventura tienes todavía alguna duda sobre la religión cristiana, ¿dónde encontrarás doctores más sabios e ilustrados que en París? ¿Los hay en otras partes más aptos para contestar a tus preguntas y resolver todas las dificultades que puedes proponer? Así, pues, ese viaje es inútil. Imagínate, querido Abraham, que los prelados de Roma son parecidos a los que aquí ves y tal vez mejores, estando más cerca del Soberano Pontífice y viviendo, por decirlo así, bajo sus miradas. Sigue, pues, mis consejos y aplaza tu viaje para otra ocasión, en tiempo de Jubileo, por ejemplo, y entonces tal vez pueda acompañarte.

—Quiero creer —contestó el judío—, que las cosas son como tú dices; pero si he de declararte con franqueza lo que pienso y no abusar de ti con vanos rodeos, nunca cambiaré de religión a menos que haga ese viaje.

El catequista, viendo que cuanto dijera sería inútil, no se obstinó más en combatir el intento de su amigo.

El judío no perdió momento para ponerse en camino, y, deteniéndose poco tiempo en las ciudades que atravesaba, pronto llegó a Roma, donde fue recibido con distinción por los judíos de la capital del orbe cristiano. Durante su estancia en dicha ciudad, sin haber comunicado a nadie el motivo de su viaje, tomó las medidas más prudentes para conocer a fondo la conducta del Papa, de los cardenales, de los prelados y de todos los cortesanos.

Como no carecía de actividad ni de tacto, no tardó en ver por sí mismo y con la ayuda ajena que desde el más grande al más chico todos estaban corrompidos, entregados a toda suerte de placeres naturales y contra naturaleza, no habiendo freno, ni remordimiento, ni pudor; que la depravación de costumbres había llegado a tal grado, que los empleos, aun los más

importantes, sólo se obtenían por influjo de las cortesanas y de los guitones. Observó, asimismo, que semejantes a viles animales, no se avergonzaban de degradar su razón con los excesos de la gula; que dominados por el interés y el demonio de la avaricia, valíanse de los medios más bajos y odiosos para procurarse dinero; que traficaban con la sangre humana, sin respetar siquiera la de los cristianos; que se hacía de las cosas santas y divinas, de las oraciones, de las indulgencias, de los beneficios, tantos otros objetos de comercio, y que había más corredores en dicho género que en París de paños y otras mercancías.

Lo que no le sorprendió menos fue el ver dar nombres honrados a todas esas infamias, a fin de echar una especie de velo sobre sus crímenes. Llamaban «cuidado de su fortuna» a la descarada simonía; «reparación de las fuerzas» a los excesos de la gula en que se engolfaban, como si Dios, que lee hasta las intenciones de las almas, no conociera el valor de las palabras y se pudiese engañarle dando a las cosas nombres distintos de su verdadera significación.

Las desarregladas costumbres de los sacerdotes de Roma eran bien capaces de indignar al judío, cuyos principios y conducta se basaban en la decencia, la moderación y la virtud. Instruido de cuanto quería saber, apresuróse a regresar a París. Al tener Giannotto noticia de su regreso, va a verle, y, después de los cumplidos de rigor, le pregunta casi temblando lo que pensaba del Padre Santo, de los cardenales, y, en general, de los demás eclesiásticos que formaban la corte romana.

—Que Dios los trate como se merecen, —contestó vivamente el judío—, pues sabrás tú, mi querido Giannotto, que si, como puedo gloriarme, he juzgado bien cuanto he visto y oído, no hay en Roma un solo sacerdote piadoso y de buena conducta, aun exteriormente. Me ha parecido, al contrario, que el lujo, la avaricia, la intemperancia y otros vicios todavía más escandalosos, si es posible que los haya, están en tanto prestigio entre el clero, que la corte de Roma es más bien, según mi opinión, el hogar del infierno que el centro de la religión. Diríase que el Soberano Pontífice y los demás sacerdotes a su ejemplo, sólo buscan destruirla, en vez de ser su sostén y sus defensores; pero, como veo que a despecho de sus culpables esfuerzos para desacreditarla y extinguirla, ella se difunde más y más y florece de día en día, de ahí concluyo que es la más verdadera, la más divina de todas y que el Espíritu Santo la protege visiblemente. Así, pues, te confieso con franqueza, amigo mío, que lo que me hacía resistir a tus exhortaciones es precisamente lo

que ahora me determina a hacerme cristiano. Vamos al momento a la iglesia para que reciba el bautismo, según los ritos prescritos por tu santa religión.

El buen Giannotto, que aguardaba una conclusión muy distinta, demostró el mayor júbilo al oír hablar de ésta suerte a su amigo. Condújole, pues, al templo de Nuestra Señora, fue su padrino, hízole bautizar y dar el nombre de Juan. Luego le hizo entablar relaciones con hombres muy ilustrados que acabaron de perfeccionarle en su educación cristiana. El nuevo converso fue citado desde aquel momento como un modelo de virtudes.

LA MUJER ADULTERA O LA LEY REFORMADA

En el país de Prato existía antiguamente contra las mujeres una ley bien rigurosa, por no decir injusta y cruel, según la cual, las que eran sorprendidas en acto de adulterio por sus maridos debían ser quemadas vivas sin conmiseración. No hacía mucho tiempo que había sido publicada tan dura ley, cuando una señora llamada Felipa, joven, bonita y muy dada al amor, fue sorprendida una noche en su cuarto por Rinaldo de Pugliesi, su marido, en brazos de un joven y lindo gentilhomme de la misma población, nombrado Lazzarino Guazzagliotri, a quien la dama quería más que a su vida. Justamente indignado el marido por tamaña afrenta, costóle gran trabajo ocultar su resentimiento que le inducía a quitar la vida a entrambos; pero temiendo por la suya, no se atrevió a consumir el hecho.

Por otra parte, creyó que su venganza quedaría satisfecha con la muerte de la infiel, y como tenía más pruebas de las que necesitaba para que no se dudase del hecho, al despuntar el día encaminóse, sin consultar a nadie, a casa del juez para acusar a su mujer, mandándola citar.

Los deudos y amigos de la señora, que la consideraban perdida ya irremisiblemente, aconsejaronla que no compareciera y emprendiera la fuga; pero como era animosa y valiente, según suelen ser las personas que saben amar bien, prefirió morir cual heroína después de confesar la verdad, antes que vivir vergonzosamente en el destierro, dando a entender con su huida que era indigna de un amante tan amable como el que la suerte la deparara. Compareció, pues, ante el juez, acompañada de gran número de personas de ambos sexos, que la exhortaban a que negara el hecho, y preguntó al magistrado con rostro sereno y firme acento qué la quería.

El juez, viéndola joven y bella y juzgando por su firmeza que su grandeza de alma corría parejas con sus gracias y hermosura, comenzó a interesarse por su suerte, temiendo que confesara el hecho y se viese, por tanto, obligado a

condenarla a muerte. Mas no pudiendo aplazar el interrogatorio la dijo a manera de abogado más bien que como juez:

—Vuestro marido, señora, aquí presente, se queja de vos, y dice haberos sorprendido en adulterio. Por lo tanto, pide que seáis castigada según la ley, mas yo no puedo condenaros si vos no confesáis el crimen. Ved, pues, lo que tenéis que responder y decidme lo sucedido.

—Es cierto, señor —contestó la dama sin abandonar por un momento su aire de fiereza—, que Rinaldo es mi marido y que me ha encontrado en brazos de Lazzarino, a quien amo y estimo con toda mi alma; no pretendo negar el hecho. Mas, caballero, sois demasiado ilustrado para no saber que las leyes que se crean en un Estado deben ser comunes a los delincuentes, o siquiera hechas con el consentimiento de las personas a quienes atañen más directamente. Esto es lo que no se ha practicado al crear la de que estamos tratando ahora. No tan sólo ella se dirige contra nosotras las infelices mujeres que, en amor, podemos no obstante mucho mejor que los hombres satisfacer a varios, sino que no se ha consultado a mujer alguna cuando se creó, ni ninguna de nosotras la ha aceptado. Por tanto, esta ley no puede ser más que injusta y mala. Si queréis ponerla en ejecución a costa de mi vida y de vuestra conciencia, dueño sois de hacerlo; pero antes de pronunciar la sentencia, os ruego me acordéis una gracia, y es: que preguntéis a mi marido si, cada vez que ha querido disfrutar conmigo los placeres del amor, le he puesto ningún obstáculo.

Sin aguardar Rinaldo a que el juez le hiciese la pregunta, contestó ser cierto lo que decía su mujer y que sólo tenía él elogios que hacer de su buena voluntad y complacencia a ese respecto. La señora, volviendo a reanudar su interrumpido discurso, dijo al juez:

—Os pregunto, pues, señor, puesto que mi marido ha obtenido de mí todo lo que ha querido y le era necesario, ¿qué debía y debo hacer de lo que me sobra? ¿Habría acaso de echarlo a los perros? ¿No era más juicioso gratificar con ello a un amable gentilhomme que me ama más que a su vida, a dejar que se perdiera o se pasara?

Este pleito había levantado tal polvareda que atrajo al tribunal a la mayoría de los habitantes de Prato. Tan divertida apología produjo la hilaridad de todos los circunstantes, quienes a una sola voz proclamaron que la señora Felipa estaba en lo cierto; de manera que allí mismo, la ley, por opinión del juez, fue interpretada y modificada, diciendo que sólo debía rezar con las mujeres que, por dinero o por sórdido interés, fuesen infieles a sus maridos. Rinaldo, todo confuso de haber salido tan mal de su loca empresa,

retiróse en medio de la rechifla general, mientras que la señora, librada de la hoguera, volvió triunfante a su casa.

EL FILOSOFO EPICUREO

Existían en Florencia varias preciosas y loables costumbres, que la ambición y el amor a las riquezas han desterrado por completo. Merced a una de ellas, entre otras, había en cada barrio una tertulia compuesta de personas escogidas. Cada miembro de esta reunión daba a su turno una comida a sus camaradas, a la cual era permitido invitar a personas extrañas de mérito, cuando las había en la ciudad. Todos los del corro vestíanse, a lo menos una vez al año, de un modo uniforme, y los más nobles y más ricos paseábanse juntos por calles y plazas, dando algunas veces torneos y otros ejercicios análogos a los ejercicios militares.

Entre otras reuniones, distinguíase la de micer Betto Brunelleschi, a la que quiso atraer a un joven llamado Guido, hijo de micer Cavalcanti. Nada omitió para hacer tan buena adquisición, pues conocía el mérito del joven, el cual a su viveza reunía el amor a las ciencias y a la filosofía. Aunque no era esto lo que le hacía más meritorio a los ojos de micer Betto y demás personas de su tertulia. Guido era jovial por naturaleza, fácil en el hablar, honrado en extremo, hábil en todo género de ejercicios, haciendo todas las cosas con más gracia y facilidad que otros, muy rico, y hombre que sabía distinguir el mérito y rendirle homenaje.

Como todos los pasos que se dieron para que formara parte de esa reunión no tuvieron buen resultado, Betto y sus camaradas creyeron que el amor a la filosofía le hacía preferir la soledad del trato social. Suponiéndoselo muy aficionado a Epicuro, los que no estaban muy dispuestos a hacerle justicia, decían que sólo estudiaba para convencerse de que Dios no existe.

Un día que este joven filósofo volvía de la iglesia de San Miguel de Orto, pasó por la calle de los Adinari, llegando hasta el templo de San Juan, rodeado, por aquel entonces, de esas tumbas de mármol que hoy se ven en Santa Reparada. Apenas lo hubo divisado Betto en medio de los sepulcros, parado ante dichos mausoleos entretenido en leer algunos epitafios, cuando propuso a sus camaradas ir a provocarlo. Adelántanse como si hubiesen

querido echarse encima del joven, y antes de que éste tenga tiempo de verlos, se encuentran a su lado.

—¿Por qué no quieres, Guido —le preguntan encarándose con él—, formar parte de nuestra tertulia? ¿Crees acaso encontrar medio para borrar la existencia de Dios? Y aunque lo hallaras, ¿de qué te serviría?

Viéndose Guido sorprendido y rodeado de aquella turba, les contesta:

—Estoy en vuestra casa, señores; podéis violar los derechos de la hospitalidad y hacerme lo que os plazca.

Y como era muy ágil, apoya enseguida una mano sobre uno de aquellos sepulcros, bastante alto, y de un salto pasa al otro lado, retirándose tranquilamente.

Los jinetes quedan mirándose unos a otros, un tanto sorprendidos de aquel salto y exclaman:

—¿Éste es el hombre cuya agudeza y saber son tan elogiados? ¿Dónde está la exactitud de su respuesta? Que está en nuestra casa, dice: el sitio en que le hallamos lo mismo pertenece a nosotros que a él, ciudadanos, pues es común a todos. Para contestar esto es preciso que haya perdido el ingenio.

—Vosotros sois los que carecéis de él —contesta micer Betto—, si no comprendéis lo que acaba de deciros. Honestamente y en pocas palabras nos ha lanzado al rostro la más picante injuria. Estos sepulcros, si paráis en ello la atención, son la mansión de los muertos; y al decir que ésta es nuestra casa, quiere dar a entender que nosotros y los demás ignorantes nos asemejamos a los muertos en comparación de él y de otros sabios. Por eso ha dicho que se encontraba en nuestra propia casa.

Entonces comprendieron todos el sentido de las palabras de Guido, quedando confusos y avergonzados, de suerte que no les quedaron ganas de volver a provocarlo, y desde aquel día Betto fue tenido por hombre de cabal juicio.

EL PRESUNTUOSO HUMILLADO

La ciudad de Fiésolo, cuyo monte se descubre desde Florencia, es una de las ciudades más antiguas de Italia. Aunque al presente no ofrece más que ruinas, lo cierto es que antes fue muy grande, pobladísima, y que el obispado que todavía existe, data de tiempo inmemorial. Junto a la catedral de dicha ciudad vivía, hace algunos años, la viuda de un gentil hombre llamada Piccarda. Como carecía de riquezas, solía vivir en una casita de su propiedad que compartía con dos hermanos suyos, estimados y apreciados de todos.

Dicha señora estaba aún en edad de inspirar una pasión, al par que no carecía de belleza y de gracias personales. El deán de la catedral, que la veía con frecuencia en la iglesia, quedó tan prendado de ella que le pareció no había en el mundo otra mujer que pudiera comparársele. No se pasó mucho tiempo sin que la declarara los sentimientos que le había inspirado, suplicándola se dignara corresponder a su pasión.

Aunque el canónigo fuese entrado en años, la edad no le había enseñado las de la razón, ni de la honestidad. Su presunción y atrevimiento hacíanle insoportable a las mujeres, y jamás hombre alguno hizo una declaración con tan poco garbo. En fin, su carácter y su facha eran tan desagradables que no había modo de amarle. La señora Piccarda, que conocía perfectamente al hombre, lejos de sentirse halagada por los sentimientos que la manifestaba, pasó de la indiferencia al odio; pero, corriendo parejas su cortesía y su virtud, creyó deber velar un tanto la indignación que acababa de inspirarle el deán, y se contentó con responderle que no podía parecerle mal la amistad que la manifestaba, y que de todo corazón le prometía la suya con tal de que fuesen honestos sus intentos, lo cual no podía menos de creer, supuesto que era su padre espiritual, sacerdote y, además, hombre entrado en años, tres motivos que debían inducirle a la castidad y la continencia.

—Por otra parte —añadió la señora—, no estoy en edad de correr intrigas amorosas con el primer advenedizo; mi estado de viuda me obliga a tener más recato que las otras mujeres, y debo huir de cuanto tenga visos de galantería. De consiguiente, no le extrañe que, respecto a vucencia sólo me mantenga en

los límites de la simple amistad. Ni puedo ni quiero amaros como vos podíais entender y me haríais un señalado servicio no amándome de una manera contraria a mis principios, que son los de la religión y de la honestidad.

Semejante respuesta no desconcertó en modo alguno al deán, el cual estaba lejos de creer, a pesar de su gran presunción, que podría subyugar a la viuda a la primera embestida. Nuevamente emprendió el asalto de la fortaleza por medio de cartas y de embajadas, y aun de viva voz, si alguna vez encontraba a la señora en la iglesia o en algún otro sitio; y tanto importunó que al fin aquélla resolvió desembarazarse del canónigo mediante una treta cruel, ya que no había modo de hacerlo oír la voz de la razón por el camino de la honradez. Mas antes de emprender nada juzgó prudente comunicar el proyecto a sus hermanos, quienes le aprobaron cuando se enteraron de todos los pasos dados por el deán.

Al cabo de algunos días fue la señora Piccarda, como de costumbre, a la catedral, y apenas la vio el viejo canónigo se apresuró a abordarla para renovar sus importunas solicitudes. La llama aparte, y después de suplicar durante algún tiempo, la señora lanza un suspiro ahogado y parece enternecerse.

—Muy difícil es —dice— que una ciudadela que se ve asaltada un día y otro, no acabe por rendirse. Esto me pasa a mí. Sí, habéis vencido mi resistencia y consiento en ser vuestra.

—Puedo afirmaros, señora —repuso el canónigo en el colmo de la alegría—, que no tendréis motivo para arrepentiros de vuestra condescendencia. Lo que me sorprende que hayáis podido resistir tanto tiempo; nunca mujer alguna se me había mostrado tan inflexible. Si no me desanimé fue porque estaba seguro que acabaríais por amarme. Ahora sólo se trata de saber cuándo y dónde podríamos encontrarnos.

—En el momento que vos gustéis —dijo la viuda— no tengo marido que me acoja. Mas por lo que toca al punto de cita, no sé cuál escoger.

—¿Y por qué no habría de ir yo a vuestra casa? —replicó el canónigo.

—¿A mi casa? Es imposible. Ya sabéis que mi casa es reducida y que mis dos hermanos casi nunca la dejan. Además, apenas transcurre una hora sin que tengan quien les acompañe. Verdad que sólo raras veces entran en mi cuarto, pero éste está tan pegado al suyo que, a no ser que os contentéis con estar a oscuras y no despegar los labios, ni hacer el menor ruido, no veo medio de recibirlos allí. De una habitación se oye lo que en la otra se habla, aunque se haga muy quedo. Considerad, después de esto, si os sentís con ánimo de arrostrar tantas contrariedades.

—Que eso no sea obstáculo; una noche no tarda tanto en pasar, y en esta clase de lances otra cosa hace más falta que la lengua. Podemos probar cómo nos va mientras encontramos sitio más cómodo. Me lisonjeo, pues, señora, de que no dejaréis transcurrir la próxima noche sin premiar mi amor.

—Sea —dijo la viuda—; mas ante todo os recomiendo el mayor secreto, señor deán.

—Contad con ello, señora; los hombres de Iglesia son discretos y, por mi parte, me jacto de serlo más que todos mis colegas.

Entonces la dama le indicó el modo cómo debía conducirse para ir a su encuentro, y, una vez todo arreglado, se separaron.

La señora Piccarda tenía una sirvienta que aún no era vieja, pero, en cambio, imposible encontrarla más fea. Imaginaos un rostro lleno de costuras, nariz de medio lado, labios desmesuradamente gruesos, boca ancha, dientes muy grandes, ojos bizcos y bordeados de rojo, tez amarilla y negruzca, y sólo tendréis una débil idea de su fealdad. Lo restante del cuerpo era del todo análogo al rostro, es decir, contrahecha, jorobada y coja de la pierna derecha. Hubiérase dicho que la naturaleza se había complacido en hacer de aquella criatura un monstruo de fealdad y deformidad.

Dicha muchacha llamábase Ciuta, pero a causa de su enorme nariz aplastada la llamaban Ciutazza. No carecía de ingenio ni de malicia, cual sucede generalmente con las personas contrahechas.

—Si quieres complacerme —dícele su ama al volver de la iglesia—, te regalaré una camisa sin estrenar.

—Por una camisa —contesta Ciutazza— estoy dispuesta a todo.

—Lo que deseo de ti —prosiguió la dama— es que esta noche te acuestes con un hombre en mi cama, y que lo acaricies mucho sin hablar palabra, para que no lo oigan mis hermanos.

—Con diez hombres me acostaría yo tratándose de agradaros.

—Perfectamente; pero, sobre todo, cuida de no hablar, no importa lo que el galán te diga.

Llegada la noche e introducido sigilosamente y a oscuras el deán en el cuarto de la señora Piccarda, los dos hermanos comenzaron a hablar a voces para que los oyese el viejo enamorado, y de consiguiente, no osara decir esta boca es mía. No bien se encontró en el cuarto se metió en la cama, según le recomendara la señora. Ciutazza, bien amaestrada por su ama, no tardó en ir a su encuentro. Una vez desnuda, el canónigo la estrecha entre sus brazos y se refocila de lo lindo, con tanto más motivo cuanto que hacía tiempo ayunaba. La criada aprovechóse de la trabacuenta, y se vengó lo mejor que pudo del

abandono universal a que estaba reducida desde mucho tiempo atrás a causa de su estrafalaria catadura.

Mientras esa bella pareja pasaba el tiempo tan lindamente, sin atreverse a hablar ni a suspirar muy fuerte, la viuda dijo a sus hermanos que, habiendo desempeñado su papel ahora tocaba a ellos representar el suyo. Oído lo cual, ambos abandonan su cuarto y se encaminan a casa del obispo, según lo, convenido de antemano. La casualidad hizo que lo encontraran en la calle, pues se dirigía en su busca para pasar la velada a su lado y apurar algunos vasos de vino nuevo.

Muy contentos los dos gentiles hombres de tan feliz encuentro, lo llevan a su casa, haciéndole pasar al fondo de un patinillo, donde, a la luz de varias antorchas regaláronle con el mejor vino de su bodega. Después de beber y de entretenerse un rato sobre diversos asuntos, y como el prelado manifestara deseos de retirarse, el mayor de los hermanos le detuvo, diciéndole:

—Monseñor, ya que nos hicisteis la merced de venir a pasar la velada con nosotros, nos permitiréis que os enseñemos una casa que tal vez os interese, cosa extraña en su clase.

—Con mil amores —contesto el obispo.

Cada uno de los hermanos se apodera de una antorcha y se encaminan, seguidos de monseñor y de sus criados, al cuarto de su hermana.

El buen deán que, según las malas lenguas, había correteado varias veces con su linda compañera, quedóse dormido de cansancio y todavía manteníase abrazado, a pesar del calor que hacía, a la macaca que tan bien festejara. El mayor de los hermanos descorre rápidamente las cortinas del lecho, y adelantando la antorcha que empuña, enseña al prelado la afortunada pareja, que no puede volver en sí de su sorpresa.

Fácil es imaginar la confusión del deán cuando, despertado por el ruido, vio al obispo y a tantas personas a su alrededor. Para ocultar su vergüenza y su humillación, metió la cabeza entre las sábanas, rogando al cielo que lo sacara sano y salvo de un tal mal paso. El obispo le echó en cara su torpeza, mandándole que no ocultara el rostro y haciéndole ver con qué mujer estaba acostado. Su desesperación y vergüenza redoblaron al conocer el engaño y no podía consolarse de su imbecilidad. Ordénale el prelado que se vista y le manda a su casa bien guardado, para que empezase a cumplir la penitencia del pecado que había cometido.

Queriendo saber el obispo por qué aventura el deán de su capítulo había compartido el lecho con tan repugnante criatura, los dos hermanos le contaron cuanto pasara. El prelado hízoles grandes elogios por haber recurrido a

semejante venganza, antes que manchar sus manos con sangre de un sacerdote, aunque indigno de conservar la existencia.

El obispo le hizo llorar su falta por espacio de cuarenta días; pero el desdén de que había sido víctima se le amargó mucho más. Toda la ciudad supo aquella aventura y tuvo que estar varios meses encerrado en su casa, y no podía salir de ella sin que los muchachos le señalasen con el dedo gritando:

—¡He aquí el que durmió con la Ciutazza!

Así fue como la señora Piccarda se libró de las importunidades del deán, a la vez que su sirvienta ganó una camisa nuevecita y disfrutó de los placeres que su fealdad la tenía prohibidos desde que hubieron pasado los mejores días de su juventud.

LOS AMANTES DESPEDIDOS

Había en Pistoya una viuda deliciosa, que dos florentinos, desterrados de su patria y retirados en dicha ciudad, amaban apasionadamente, sin haberse confiado el secreto de su corazón. Llamábase el uno Rinuccio Palermini y el otro Alejandro Chiarmontesi, y la señora, Francisca de Lazzari. Entrambos habían hecho cuanto es dable para enternecer al objeto de sus ansias. Francisca estaba lejos de sentir en su pecho los impulsos de amor, pero cansada de tantas solicitudes acabó por dar oídos a los dos. Semejante complacencia no era tal vez demasiado conforme con las reglas de la honestidad, a lo menos así lo creyó la dama, y quiso expiar su atolondramiento, culpable o no, despidiendo a los dos que lo habían causado. Mas ¿cómo hacer? El medio que imaginó fue pedirles un servicio que, si bien posible, debía atemorizarlos y encontrarlos poco dispuestos a ponerlo en práctica, lo cual era pretexto decente para mandarlos a paseo y no ocuparse más de ellos.

El mismo día que se la ocurrió esa idea falleció en Pistoya un hombre que, aunque noble, estaba reputado no tan sólo como el más perverso de toda la población, sino del universo. Añadid a esto que era feo y deforme, que a primera vista infundía miedo. Había sido enterrado junto a la iglesia de los Franciscanos, y la dama creyó que semejante suceso podía servir a sus propósitos.

—Querida mía —dijo a una de sus criadas—, tú no ignoras cómo me desagradan los asiduos galanteos de esos dos florentinos, Rinuccio y Alejandro; nunca obtendrán de mí el más mínimo favor. Todos los días son nuevas ofertas y protestas de cariño; así pues, para deshacerme de ellos opino que les coja la palabra, proponiéndoles una empresa cuya ejecución tengo por muy incierta, y por ese medio me libraría de su presencia. No ignoras que esta mañana Scannadio ha sido enterrado en el cementerio de los Franciscanos; sabes también que en vida causaba horror a los más intrépidos, huyendo atemorizados cuantos le encontraban en su camino; por tanto, muerto debe ser un monstruo. Encamínate, en primer término, a casa de Alejandro. La señora

Francisca, le dices me manda anunciaros que ha llegado la hora en que podéis obtener su amistad y cuanto anheláis, y que sólo espera le prestéis un servicio para compartir el lecho con vos. Por ciertos motivos que después sabréis, uno de sus parientes debe hacer traer a su casa el cuerpo de Scannadio, enterrado esta mañana. Mi señora le teme muerto y todo, y quisiera poder librarse de semejante huésped; de consiguiente, la daréis el mayor gusto y la haríais el más señalado servicio si esta noche, a cosa de las diez, os dirigierais a la tumba de Scannadio y, después de vestiros con sus ropas, ocupaseis su puesto portándoos de modo que fuese fácil engañar al que allí se presentase a buscar el cadáver. Es preciso que no digáis una sola palabra ni hagáis ningún movimiento que os venda. Dejaréis que os saquen del sepulcro y os lleven al sitio indicado como si efectivamente se tratase de un muerto. Una vez en casa de mi ama recobraréis vuestros derechos de hombre vivo y os será dado dormir con ella. Si Alejandro acepta el trato, bien; si se niega, pues decirle que no vuelva a presentarse ante mi vista, y sobre todo, que no vuelva a importunarme con sus mensajes y embajadas. Luego vas en busca de Rinuccio y le dices: la señora está pronta a plegarse a vuestros deseos, pero antes exige de vos que le prestéis un gran servicio. Se trata de que vayáis a eso de media noche a la tumba donde fue enterrado esta mañana Scannadio, y sin despegar los labios, no importa lo que oigáis o veáis, saquéis sigilosamente el cadáver y lo llevéis a su casa. Una vez allí se os dirá por qué se exige de vos este servicio, cuya recompensa consistirá en la obtención de sus favores. Si os desagrada semejante empresa tengo orden de anunciaros que ceséis en vuestros galanteos y no os acordéis más de ella.

La criada desempeñó fielmente su cometido, informando a los enamorados de cuanto la había encargado su señora. Tanto Alejandro como Rinuccio, verdaderamente apasionados de la dama, contestaron que para agradarla estaban dispuestos a ir, no sólo a una tumba, sino hasta los profundos infiernos.

La sirvienta informó de todo a la señora Francisca, quien aguardó tranquilamente que los hechos viniesen a justificar los propósitos de los dos galanes.

Llegada la noche, Alejandro Chiarmontesi se quitó sus ropas, saliendo de su casa a la hora indicada para ir a ocupar el puesto en la tumba de Scannadio. Pero mientras andaba parecía que disminuía su valor; mil negras ideas asaltaban su espíritu.

—¡Dios mío! ¿A dónde voy? —dice para sí—. ¡Qué estupidez la mía! ¿Sé acaso si los parientes de esa mujer, informados por casualidad de mi amor, y

suponiéndome más adelantado y dichoso de lo que realmente soy, no la obligan a semejante cosa para asesinarme entre las sombras de ese sepulcro? ¿Quién me socorrerá en ese caso de apuro? Ni aún me quedaría el consuelo de vengarme. Lo solitario del sitio aseguraría la impunidad del crimen. ¿Sé por ventura si algún rival preferido la ha propuesto esta estratagema para deshacerse de mí? Suponiendo que sean infundadas mis conjeturas y que, efectivamente, sus parientes me lleven a su casa, he de creer que no desean el cadáver de Scannadio para agasajarlo, sino que es lo más probable que quieran vengarse una vez muerto de algunos desaguizados que en detrimento suyo haya cometido en vida. Se me ha dicho que no profiera ni una palabra, no importa lo que oiga; mas ¿podría callarme si me sacaban los ojos, me arrancan los dientes, me cortan las manos; en fin, si fuese objeto de un atentado parecido? Si hablo, tal vez sea castigado; pero aunque yo me equivoque, ¿qué gano con mi empresa? Es indudable que no me dejarán a solas con la señora Francisca, la cual me echará en cara haber infringido sus órdenes, estando en lo justo negándose a satisfacer mis deseos.

Semejantes reflexiones le amilanaran y obligaran a regresar a su casa si el amor, más persuasivo que la razón, no le hubiera sugerido otras enteramente distintas, dándole valor para proseguir la comenzada empresa.

Llega, pues, a la tumba, la abre y penetra en ella; desnuda a Scannadio, le pone sus ropas, deja caer la losa del sepulcro y ocupa el puesto del muerto. Entonces empiezan a invadir en tropel su exaltada imaginación las más horrorosas ideas. Represéntase lo que había sido ese Scannadio, recuerda las siniestras historias que en otro tiempo oyera contar del que se encaminaba de noche no sólo a visitar los sepulcros, sino a otros sitios; esos recuerdos le ponen los pelos de punta. A cada instante creía que Scannadio se levantaba para estrangularle; en fin, sostenido por la violencia de su amor, y manteniéndose en la postura de los difuntos, se abandona con cierta tranquilidad a su suerte.

Por su parte, Rinuccio sale a media noche de su casa para cumplir con las órdenes de la señora, y en el camino iba pensando con tristeza lo que podía sucederle.

—Si se me sorprende —decía en su interior— cargado con el cuerpo de Scannadio, la justicia tendrá que habérselas conmigo, y caso de que se me tome por mago me arriesgo a ser achicharrado. Si los parientes del difunto se enteran del hecho, heme aquí expuesto a su justo resentimiento.

Otros mil pensamientos aflictivos manteníanle indeciso. Pero ¡qué!, decíale su corazón, la primera vez que esa amable y queridísima señora me

pide un servicio, ¿había de negársele, sobre todo cuando la recompensa prometida es lo que más ansío en este mundo? No. Aunque me vaya en ello la vida, intentaré cumplir lo prometido.

Luego va derecho al sepulcro y lo abre un poco. Alejandro lo oye, pero aunque atemorizado, no despega los labios ni hace el menor movimiento. Penetra en la tumba Rinuccio y creyéndose habérselas con el cadáver de Scannadio, agarra a Alejandro por los pies, lo saca fuera, se lo echa al hombro y corre presuroso hacia el domicilio de la señora Francisca.

Como no se preocupa gran cosa por su carga, siendo la noche negra como boca de lobo, el pretendido cadáver recibía de vez en cuando algunos porrazos; su cabeza chocaba unas veces contra una esquina, otras contra alguna puerta o contra otro objeto cualquiera. Muy cerca estaba Rinuccio de la casa de su adorada, la cual se había asomado a la ventana con su sirvienta para ver si se cumplían sus órdenes, y tenía forjado su plan para despedir a ambos amantes, cuando la casualidad acudió en su auxilio.

Los individuos de la ronda, apostados en aquella calle para detener a un malhechor, oyendo los pasos de Rinuccio sacan repentinamente sus linternas de debajo de sus capotes para ver quién transitaba por allí, y moviendo sus rodelas y jabalinas preguntan:

—¿Quién va?

Enseguida los reconoce Rinuccio y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, arroja su carga y huye a todo escape. Alejandro, aunque vestido con las ropas de Scannadio, que le venían muy holgadas, imita a su rival. A la luz de las linternas de la ronda la señora había presenciado la escena, enterándose perfectamente de que Rinuccio llevaba auestas a Alejandro, el cual iba vestido con las ropas de Scannadio. Sorprendióla el valor que ambos demostraron, pero su sorpresa no la impidió soltar la risa al ver a Alejandro rodando por el suelo y a Rinuccio que huía a toda prisa, imitándole enseguida aquél.

Semejante aventura la divirtió en extremo, dando gracias a Dios por haberla librado de tales importunos. Cierra, pues, la ventana y se encamina a su habitación; pero no pudo menos de convenir con su criada que tanto Alejandro como Rinuccio la amaban de veras, puesto que habían cumplido sus órdenes con toda puntualidad.

Rinuccio, triste y afligido, maldiciendo el desagradable encuentro que había desbaratado su casi terminada empresa, volvió al sitio de la ocurrencia una vez desaparecida la ronda, para cargar de nuevo con su supuesto cadáver, y no hallándolo, pensó que los agentes de la autoridad se lo habían llevado.

Despechado se encamina a su casa. Igual dirección tomó Alejandro, no menos descontento que su rival, y sin sospechar la treta que se le había jugado.

A la mañana siguiente se encontró abierta y vacía la tumba de Scannadio, lo cual fue objeto de todas las conversaciones en la ciudad de Pistoya. Cada cual comentaba a su gusto el hecho, diciendo los más tontos que el diablo se había llevado el cadáver.

Pero nuestros dos enamorados no quisieron perder del todo el trabajo; cada uno por sí contó a la señora lo que había hecho en su obsequio y lo que sucediera, excusándose de no haber podido dar término a la empresa y pidiendo gracia y que su acendrado amor obtuviese el pago merecido. Pero la dama, siempre inflexible y fingiendo no dar crédito a su relato, se los quitó de delante con buenos modos, dándoles a entender que nada debían esperar de ella, supuesto que no habían cumplido con lo que se les exigiera.

LA REPRIMENDA INGENIOSA

Pocos hay que ignoren que micer Cane della Scala fue uno de los más magníficos señores que han nacido en Italia desde el emperador Federico II. No hay muchos hombres a quienes la fortuna favoreciera en tan alto grado y que hayan podido obtener más honra que él de sus riquezas. Un día que se había propuesto dar una magnífica fiesta en la ciudad de Verona y que para ello hiciera grandes preparativos, viósele cambiar repentinamente de resolución, por causas todavía ignoradas, y colmar de presentes a los extranjeros que la noticia de semejante fiesta había atraído de todas partes a su corte, a fin de resarcirles de esta suerte de los espectáculos y diversiones que se propusiera darles. En medio de su generosidad olvidóse de un tal Bergamino, hombre agradable, de palabra fácil y que tenía salidas tan afortunadas que era preciso haberle oído para formarse idea exacta de su mérito.

Preténdese que éste olvido fue voluntario por parte del príncipe, que se había imaginado que aquel hombre no era acreedor a que se ocupasen de él.

Bergamino, no obstante, se había encaminado a Verona con la esperanza de sacar algún provecho de este viaje. Viendo que no se acordaban de él y que gastaba mucho en la posada, comenzó a impacientarse y a ponerse de bastante mal humor. Pensando que obraría mal si partía sin despedirse del príncipe, aguardó algún tiempo más, a pesar de haber gastado todo su dinero, pues el posadero no era hombre que se creyese pagado con sus agudezas.

Para poder presentarse decentemente a la fiesta, Bergamino había traído consigo tres bellos trajes, regalo de unos señores. Dio uno de ellos a su huésped en pago de lo que le debía, y como se obstinara todavía en no marcharse, tuvo que entregarle al poco tiempo el segundo traje. A punto estaba de entregar el tercer traje, resuelto como se hallaba a aguardar el desenlace de esta aventura, cuando un día, encontrándose en una comida dada por micer Cane, presentóse ante él con aire triste y meditabundo.

—¿Qué tienes, Bergamino? —preguntó el señor, más bien para insultarlo que para divertirse con su respuesta—. ¿Qué te pasa? Pareces muy

contrariado. ¿Puede saberse la causa?

Bergamino contestó rápido por medio del siguiente cuento:

—Sabréis, monseñor, que un tal Primasso, célebre gramático, era el hombre de su tiempo que hacía versos con más soltura. Jamás poeta alguno tuvo la facilidad que él para las improvisaciones sobre toda suerte de cosas. Ese talento, unido a sus grandes conocimientos, lo hicieron tan famoso que aun en los países que ni siquiera había pisado sólo se hablaba de Primasso: la fama no citaba otro nombre. El deseo de adquirir nuevos conocimientos le llevó un día a París. Presentóse en aquella capital de un modo desastroso, pues todo su saber no le había librado de la indigencia, puesto que los grandes raras veces recompensan el mérito. En aquella ciudad oyó hablar mucho del abate de Clugny, que, después del Papa, pasaba por el más rico prelado de la Iglesia. Contábanse maravillas de su magnificencia, de la brillante corte que le rodeaba, de la manera espléndida con que regalaba a cuantos se presentaban a la hora de comer. Sorprendido con lo que se decía, Primasso, que tenía curiosidad de ver a los hombres magnánimos y generosos, resolvió presentarse al señor abad. Informóse sobre si vive lejos de París y sabe que habita una de sus quintas, que sólo dista tres leguas. Primasso calcula que partiendo muy de mañana podría llegar a la hora de comer.

Hácese enseñar el camino; mas temeroso de no encontrar a nadie que siguiese la misma dirección y, de consiguiente, se extraviase y llegase a algún sitio donde no hubiera que comer, tuvo la precaución de llevar consigo tres panes, pensando que encontraría agua por doquiera, a la cual, sin embargo, no era muy aficionado. Así provisto pónese en camino y va tan derecho y tan bien que llega a la quinta de recreo del señor abad antes de la hora señalada para la comida. Penetra en la casa, examina cuanto encuentra a su paso, y a la vista de un número de mesas preparadas, de varias despensas bien repletas y demás cosas, dícese en su interior que no es exagerada la magnificencia del prelado.

Mientras estaba ocupado en semejantes reflexiones, y no atreviéndose a entablar conversación con nadie, dirigía por todos lados sus ojos atónitos y curiosos, llega la hora de comer. El jefe de los criados ordena que cada cual se coloque en su asiento. La casualidad quiso que Primasso se encontrase precisamente enfrente de la puerta por donde debía salir el señor abad para entrar en el comedor. No olvidéis, monseñor, que era costumbre en su casa no servir nada, ni aun el pan, hasta que él no hubiese tomado asiento en la mesa. Todos estaban, pues, colocados, y el jefe del servicio mandó decir al señor abad que sólo aguardaba a su reverencia para servir.

Este sale de su habitación; apenas ha dado un paso en el comedor cuando llamándole la atención el rostro y extraña catadura de Primasso, que veía por primera vez, y que precisamente fue el primero que llamó su atención, pasó por su mente una idea que jamás le había acudido antes. «¡Ved —dijo en su interior— a quién hago partícipe de mis larguezas!». Luego, dando un paso atrás, manda cerrar la puerta de su habitación y pregunta a los que le acompañaban si conocían al hombre que ocupaba en la mesa el sitio de enfrente de la puerta. Todos contestaron que ignoraban quién fuese.

No obstante, Primasso, hambriento, como hombre que ha andado largo trecho y no está acostumbrado a comer tan tarde, viendo que el abad se hacía esperar demasiado, saca un pan de su bolsillo y se lo engulle sin ceremonia. Poco después el prelado ordena a uno de los suyos que vea si el desconocido se ha marchado o no. «Todavía está en la mesa, monseñor —contesta el criado—, comiéndose un pedazo de pan que parece haber traído». «Que coma el suyo, si lo tiene, pues en cuanto al mío no lo probaré hoy», replicó el abad con un movimiento de despecho.

A pesar de todo no era su intento hacerle decir que se retirara, creyendo que sería una descortesía demasiado notoria; aguardaba que el desconocido tomase este partido por sí mismo. Primasso, que estaba muy lejos de imaginarse lo que ocurría, habiendo acabado uno de sus panes y notando que el abad no se apresuraba a venir, saca el segundo y lo come con igual apetito que el otro. Dase parte de ello al prelado, quien acababa de mandar otro emisario para ver si se había levantado de la mesa el desconocido. En fin, desesperando ya Primasso de que se presentara el bueno del abad, y no habiendo logrado satisfacer su apetito con los dos panes primeros, saca el tercero sin inquietarse de la sorpresa que causaba su proceder a cuantos le rodeaban. Sábelo asimismo el abad, y sorprendido de la constancia de aquel hombre vuelve sobre sus pasos y exclama en su interior: «¿Qué extraña idea me ha acudido hoy a la mente? ¿De dónde viene esa avaricia y tal menosprecio? ¿Quién sabe por qué obra así? ¿No me ha sucedido cien veces admitir a mi mesa al primero que llega, sin examinar si era noble o plebeyo, pobre o rico, comerciante o trapacero? ¿A cuántos picaros no he tratado cortésmente, que acaso eran peor que éste? Por otra parte, no es posible que ese movimiento de avaricia sea producido por un cualquiera. No cabe duda que es un personaje importante, puesto que me propongo honrarlo».

Después de lo cual quiso saber quién era. Al reconocer en él a Primasso, que había venido para ser testigo de su munificencia, la cual oyera elogiar en gran manera, el abad, que le conocía por la fama de su nombre, avergonzose

de su proceder y nada omitió para reparar aquella falta. Manifestóle la mayor estimación y le honró en gran manera. Después de la comida mandó que se le dieran ropas adecuadas a su mérito, le regaló una bolsa bien repleta de doblones de oro y un excelente caballo, dejándolo en libertad de permanecer en casa todo el tiempo que le pluguiera. Primasso, con el corazón rebosando de alegría y muy reconocido, dio un millón de gracias al señor abad y montando en el caballo que se le había regalado emprendió el camino de París, de donde había salido a pie.

Micer Cane della Scala, que no carecía de penetración, comprendió enseguida lo que quería Bergamino, y sin aguardar más explicaciones de su parte, le dijo sonriendo:

—Bergamino, tú me has hecho conocer honestamente tus necesidades, tu mérito, mi avaricia, y lo que deseas que haga por ti. Confieso que nunca me he mostrado avaro sino contigo, pero prometo corregirme por los mismos medios que me has indicado con tanta discreción.

Dicho esto, mandó pagar las deudas de Bergamino, le dio uno de sus mejores trajes, una bolsa bien repleta, uno de los más valiosos caballos de su caballeriza, dejando a su elección el volverse o permanecer todavía algún tiempo en Verona.

LA ORACION DE SAN JULIAN

En tiempo de Azzo, marqués de Ferrara, un comerciante nombrado Rinaldo d'Asti, procedente de Bolonia, donde le llamaran algunos asuntos, regresaba a su casa cuando, al salir de Ferrara camino de Verona, encontró algunos jinetes que él tomó por negociantes, no siendo otra cosa que bandidos; y salteadores de caminos. Hablóles sin la menor desconfianza, consintiendo en proseguir su camino en compañía suya.

Aquellos tunantes, viendo que era comerciante, creyeron que llevaba dinero y formaron el proyecto de robarle cuando se presentara un momento propicio. Para alejar toda sospecha de su ánimo hablan de honor y probidad, afectan sentimientos muy honrados y se apresuran a manifestarle cierto cariño y buena voluntad, no dejando escapar ninguna ocasión de mostrarse corteses con él.

Encantado Rinaldo de su buen proceder, felicitábase de aquel encuentro, tanto más cuanto que sólo llevaba un criado en su compañía, también montado como él, pero que no le ofrecía el menor recurso contra el fastidio. Hablando de esto y de lo de más allá con los bandidos, la conversación recayó sobre las preces que se dirigen al Altísimo.

Entonces uno de aquellos infelices, que eran en número de tres, dijo a Rinaldo:

—Y vos, señor mío, ¿qué oración acostumbráis a rezar cuando vais de viaje?

—A deciros verdad —contestó él—, no me envanezco de saber muchas oraciones; vivo a la antigua y sencillamente. No obstante, os confesaré que en el campo acostumbro a rezar todas las mañanas, antes de salir de la posada, un padrenuestro y un avemaría por el alma del padre y de la madre de San Julián, para tener buen albergue la noche siguiente. Os aseguro que siempre me ha ido bien con tal oración. Me ha sucedido varias veces caer en graves peligros, pero constantemente los he vencido y al llegar la noche he hallado buena y segura posada. Esto me ha inspirado gran confianza en San Julián, en honra del cual rezo las dos breves oraciones antedichas. A él soy deudor de

esta gracia, que Dios nunca me ha negado. Os afirmo que si descuidaba rezar estas oraciones no creía hallarme seguro durante el día ni encontrar albergue donde pasar la noche sin peligro.

—Y esta mañana, caballero, ¿habéis rezado el padrenuestro y el avemaría? —preguntó aquel que lo interrogara al principio.

—Ciertamente —contestó Rinaldo.

—Tanto mejor para vos —repuso entonces el mismo bribón, que pensaba llevar a cabo su proyecto—, pues si lo habéis olvidado no sería culpa mía que os encontrarais mal alojado esta noche —luego levantando la voz—: He viajado a lo menos tanto como vos y aunque nunca haya rezado vuestra oración, cuya eficacia he oído elogiar no pocas veces, sin embargo, ni una sola me ha sucedido estar mal alojado. Hasta apostaría que esta noche hallaré mejor albergue que vos, a pesar de vuestra oración. Verdad es que acostumbro a rezar, en vez de la oración de San Julián, el versículo *Diripuisti*, o la *Intemerata*, o el *De profundis*, que, según me decía mi abuela, tiene una gran virtud.

Hablando de esta suerte continuaron su camino, no perdiendo de vista su proyecto los tres bandidos; sólo esperaban un sitio y ocasión favorable para llevarlo a cabo. Después de pasar junto a una fortaleza llamada Castel-Guillermo hicieron alto en un lugar solitario y techado, bajo el pretexto de dar de beber a sus caballerías en el vado de un riachuelo, y al momento se echan sobre Rinaldo, le quitan su caballo y ropas, dejándole en paños menores.

—Ahora verás —le dicen al alejarse— si tu San Julián te dará un buen alojamiento esta noche; en cuanto al nuestro, las apariencias nos indican que será excelente.

Proferidas tan cariñosas palabras, vadean el río y prosiguen su camino.

El criado de Rinaldo, que se había quedado atrás, viéndole luchar con aquellos salteadores, en vez de volar a su socorro fue lo bastante cobarde y malvado para variar de rumbo en el acto, galopando hasta encontrarse en Castel-Guillermo, donde llegó de noche. Alojóse en una de las mejores posadas, sin cuidarse poco ni mucho de la suerte que corriera su amo.

Entretanto, Rinaldo, desnudo casi del todo y expuesto al frío y a la nieve que caía a grandes copos (pues era en mitad del invierno), maldecía su destino, y viendo que la noche se echaba encima, no sabía qué partido tomar. Transido de frío y tiritando resuelve buscar un asilo donde pasar la noche. Aquel país llevaba impresas todavía las señales de los estragos que causara la guerra; todo había sido presa de las llamas, hasta el punto que Rinaldo, no

divisando casa ni choza alguna, decidió buscar el camino de Castel-Guillermo, ignorando que su criado se hubiese retirado a aquella fortaleza.

Imaginábase que si tenía la fortuna de penetrar en ella el cielo le enviaría algún socorro. Pero ¡oh desdicha!; como ya estaba muy adelantada la noche cuando llegó allí, encontró cerradas las puertas y levantadas las poternas. Su desesperación no tuvo límites, pues había de qué desesperarse; mas como la desesperación no sirve para nada, va de aquí para allá sin descubrir ningún sitio donde guarecerse de la nieve que caía en abundancia. Por fortuna suya descubrió un edificio situado sobre la muralla, el cual, adelantándose un poco hacia afuera, formaba debajo un pequeño cobertizo. Rinaldo se detiene allí sin vacilar, resuelto a esperar el día.

En aquel sitio había una puertecilla alrededor de la cual veíase un poco de paja. Recógela cuidadosamente y forma con ella un lecho lo mejor que puede. Allí, acurrucado y muerto de frío, quéjase de su suerte y murmura contra San Julián por haber recompensado tan malamente la devota confianza que le inspiraba. Este buen santo, que no le había olvidado por completo, compadecido de él no tardó en procurarle un albergue mucho mejor.

Sabéis que en aquella casa, cuyo vuelo servía de cobertizo al pobre Rinaldo, habitaba una joven viuda, linda y deliciosa hasta donde puede serlo una criatura humana. Era la querida del marqués de Azzo, gobernador de la fortaleza, el cual la amaba locamente y la tenía en aquel sitio para verla más a su gusto y sin testigos importunos.

Precisamente el marqués debía ir a pasar la noche con ella, y la dama, en su obsequio, habíale hecho preparar un baño y una magnífica cena. Todo estaba dispuesto para recibirle cuando uno de los servidores vino a anunciarla que el marqués no podía acudir a la cita, pues se veía obligado a partir en el acto para Ferrara. La señora, sintiendo haber hecho inútilmente tantos preparativos, quiso aprovechar siquiera el baño destinado al marqués. Dicho baño estaba junto a la puerta donde yacía nuestro hombre. La dama salía de él en el acto en que Rinaldo acababa de instalarse en aquel sitio, y habiendo oído sus gemidos y el castañeteo de sus dientes:

—Mira —dijo a su sirvienta— qué es esto.

La joven sube, se asoma a la ventana y divisa, a favor de la débil claridad que reinaba, un hombre en paños menores sentado en el umbral de la puerta. Pregúntale qué hace en aquel sitio, pero el castañeteo de sus dientes no le permite articular las frases con claridad. Al fin logró hacerle comprender quién era y sus desventuras. La joven, sensible por naturaleza, corre a dar parte a su señora, rogándole que tenga compasión de aquel desdichado. La

dama, no menos humana, recuerda que tiene la llave de aquella puerta, por donde pasaba el marqués cuando no quería ser visto.

—Ve a abrirle —la dice—, tenemos dónde alojarle y con qué darle una buena cena.

La sirvienta, elogiando el buen corazón de su señora, se apresura a abrir, y viendo al infeliz medio muerto de frío, le hace entrar en el baño, que todavía se mantiene caliente. Ya supondréis que no se lo hace repetir dos veces. El pobre diablo creyó resucitar al sentir aquel dulce calor. Mientras recobraba el ánimo y las agotadas fuerzas, la caritativa señora le hizo buscar un traje entre los de su marido, que muriera hacía poco. El traje le venía tan bien que se hubiera dicho hecho a su medida. Viéndose vestido decentemente y aguardando las órdenes de su bienhechora, empieza dando gracias a Dios y a San Julián por haberle enviado un socorro tan inesperado y deparándole albergue tan excelente.

Algo descansada ya la señora de la casa, encaminóse a una sala del piso bajo, donde había hecho encender un gran fuego, y pidió noticias del comerciante. La criada contesta que se ha vestido, que se encuentra perfectamente y que tiene trazas de ser hombre muy galante.

—Dile que entre —repuso la señora—, que se calentará y cenará conmigo, pues todo indica que necesita comer.

Rinaldo se presenta, pórtase como un hombre no escaso de educación y trata de expresar su reconocimiento lo mejor que puede. La belleza de su anfitriona, a quien no deja de admirar, hace más apreciables todavía sus beneficios. Encontrando, por su lado, la señora que la criada no se había engañado en la descripción que hizo de Rinaldo, lo colma de atenciones, le invita a sentarse a su lado cerca del fuego, suplicándole al mismo tiempo que le cuente las desdichas de que fuera víctima.

Rinaldo se las relata en sus menores detalles; ella no duda ni por un momento de la verdad de sus aventuras, pues su criado, al llegar a Castel-Guillermo, hizo correr la voz de que su amo había sido robado y tal vez asesinado por una cuadrilla de salteadores. Todo lo cual había llegado a oídos de la dama, que pudo darle noticias de su criado, añadiendo que fácilmente lo encontraría al día siguiente.

Durante la conversación la criada había servido la cena. Rinaldo fue invitado a sentarse a la mesa; lo efectuó sin pesar y comió, como es de creer, con muy buen apetito. La señora no apartaba la vista de su huésped; cuanto más le miraba más amable le encontraba.

Sea que la cita del marqués hubiese puesto en movimiento sus sentidos, sea que quedara prendada de la gentileza, juventud y maneras agradables de Rinaldo, lo cierto es que se apasionó en el acto de su persona. «Aunque aproveche esta ocasión, decía ella en su interior, no haré otra cosa que vengarme del marqués que se ha burlado de mí». Apenas se hubieron levantado de la mesa, cuando habló en secreto a la criada para sondearla sobre lo que intentaba hacer. La doncella, que conocía las necesidades de su ama y leía perfectamente sus intenciones, aconsejóle que satisficiera su apetito e hizo cuanto pudo para que desechase todo escrúpulo.

La señora, pues, volvió junto al hogar donde dejara a Rinaldo, que, comprendiendo muy bien de lo que se trataba, felicitábase en su interior de no haberse olvidado aquel día de rezar su oración. Ella se colocó casi frente a frente de nuestro hombre y después de dirigirle algunas miradas amorosas:

—¿Por qué estáis tan pensativo? —pregúntale—. ¿Acaso os aflige la pérdida de vuestro caballo y de vuestras ropas? Consolaos, os halláis en buena casa y podéis considerarme como a vuestra amiga. Por otro lado —añadió— ¿sabéis que bajo ese traje, que os va a maravilla, me parece estar viendo a mi difunto esposo? ¿Sabéis que con tal motivo me han entrado ganas, más de veinte veces de abrazaros y daros un millón de besos? Os confieso que hubiera satisfecho mis deseos a no tener el temor de desagradaros.

A semejante discurso, pronunciado con un tono que indicaba la más ardiente pasión, Rinaldo, que no era novicio en los lances de amor, se acerca a la gentil dama y la dice alzando los brazos al cielo:

—¡Cuán ingrato sería, señora, yo que os debo la vida, si fuera capaz de oponerme a cualquier cosa que os sea agradable! Satisfaced, pues, vuestros deseos; abrazadme, dadme cuantos besos queráis; os aseguro que me tendré por muy afortunado con vuestras caricias y contestaré a ellas de todo corazón.

No tuvo necesidad de decir más. Arrastrada por la pasión que la dominaba, la dama se echa al momento en sus brazos y le da mil tiernos besos que Rinaldo le devuelve con usura. Después de haber permanecido algún tiempo así enlazados, dirígense al dormitorio y se tiran en el lecho. No necesito deciros las delicias que allí gustaron; sólo os indicaré que la oración en honor de San Julián produjo maravillas.

El día comenzaba a despuntar cuando la dama creyó de su deber despedir al negociante, y al fin de que nadie sospechase la aventura, contentóse con darle ropas viejas y estropeadas que, en compensación, fueron acompañadas de una bolsa bien repleta. Después de recomendarle el secreto sobre lo ocurrido entre los dos y de haberle indicado el camino que debía seguir para

penetrar en la fortaleza, donde no podría menos de encontrar a su criado, hízole salir por la puertecita que daba al exterior de la misma.

Cuando hubo despuntado el día y fueron abiertas las puertas Rinaldo, fingiendo venir de más lejos, entró en Castel-Guillermo y habiendo encontrado la posada donde se alojaba su criado, se puso otras ropas que tenía en su maleta.

Disponíase a partir montado en el caballo de su fámulo, cuando supo que los tres salteadores que le habían despojado la víspera acaban de ser arrestados por algún otro crimen y que eran conducidos a los calabozos de la fortaleza. Fuése, pues, en busca del juez y habiéndolo confesado todo los ladrones, devolviósele su caballo, sus ropas y su dinero, de suerte que sólo perdió, según cuenta la historia, un par de ligas que se les extraviaron a los bandidos. Después de lo cual Rinaldo dio gracias a Dios y a San Julián de tan afortunado desenlace, montó a caballo y regresó sano y salvo a su patria. En cuanto a los salteadores, los tres fueron ahorcados al día siguiente.

MICER ROGER

Micer Roger de Figiovanni ha sido uno de los más amables y valientes caballeros que produjo la ciudad de Florencia y tal vez al propio tiempo, uno de los hombres más honrados con que puede envanecerse. Como era bastante rico y ardía en deseos de ilustrarse, viendo que la Toscana no era país que favoreciese sus designios resolvió entrar por algún tiempo al servicio de Alfonso, rey de España, príncipe de una reputación elevadísima.

Fuése, pues, a Madrid seguido de numeroso tren, siendo muy bien recibido por el rey. Micer Roger vivió durante algún tiempo a su lado de una manera brillante, distinguióse en varios actos, no tardando en adquirir fama de hombre galante. Sin embargo, estudiando atentamente el carácter y la conducta del rey, observó que este príncipe no era muy discreto en conceder mercedes, puesto que el mérito no obtenía siempre la recompensa. Los castillos, las plazas fuertes, las baronías eran distribuidas a gentes desconocidas, sin más títulos para alcanzarlas que la intriga.

Nuestro gentilhombre conocía sus méritos, sabía cuánto valía y viendo que se le olvidaba en el reparto de favores, creyó que semejante olvido, amén de ser injusto, ofendía su decoro. Resolvió, pues, retirarse de la Corte y solicitándolo del rey, obtuvo sin dificultad lo que pedía. El príncipe le regaló la más preciosa y mejor mula que existía en sus caballerizas, tal como la hubiere deseado Roger para el largo viaje que iba a emprender. Luego el monarca encargó a uno de sus gentil-hombres, cuya sabiduría y discreción le eran conocidas, que buscara un pretexto para acompañar en su viaje a micer Roger, sin que pudiera notar que tenía orden de hacerlo; que escuchase bien cuanto hablase de él para que pudiera darle cuenta exacta e hiciese lo posible para que regresara a la corte después de haberle sondeado.

El oficial desempeñó a maravilla su papel. Espía el momento en que Roger sale de la ciudad y le sigue; entabla conversación con él dándole a entender que se dirige a Italia y se le ofrece como compañero de viaje. Al principio recae la conversación sobre cosas indiferentes y generalidades; mas a eso de las nueve el gentilhombre dice a Roger:

—Creo que convendría dejar nuestras cabalgaduras y que pastasen un rato.

Entraron en un hostal donde orinaron todas las bestias menos la mula, lo cual notó Roger. Reanudaron la marcha, llegaron a un arroyuelo y allí bebió el ganado, no tardando la mula en desocupar su vejiga.

—¡Maldito sea este animal! —exclamó Roger—. Es de igual naturaleza que el que me la ha regalado.

El oficial no echó en saco roto esa exclamación. Había recogido otras muchas relativas al rey; pero todas fueron en honor suyo.

Al día siguiente el gentilhombre supo manejárselas tan bien que indujo a Roger a volver sobre sus pasos; preténdese que, no pudiendo lograrlo por medio de la persuasión, le obligó de orden del rey. Sea como fuere, Alfonso, prevenido de su propósito, le manda llamar, le hace muy buena acogida y le pregunta por qué le había comparado a su mula.

—Sire —contesta el florentino sin desconcertarse— he hecho semejante comparación porque es justa. No habiendo orinado mi mula donde le tocaba hacerlo y haciéndolo donde no debía, se ha portado, me parece, como vuestra Majestad, que no da cuando debe y da cuando no es justo, puesto que colma de bienes a los que son indignos de ellos y los rehúsa a aquellos que nada han omitido para merecerlos.

—Querido Roger —contestó el rey—, si no os he, como a otros muchos, acordado mi favor, no es porque no os creyera más digno de merecerlo que la mayor parte de los que lo han obtenido. Conozco vuestro gran mérito y os hago la justicia a que sois acreedor; pero vuestra mala estrella se ha opuesto constantemente a los efectos de mi buena voluntad; a ella, pues, y no a mí, debéis acusar, y voy a daros una prueba convincente de lo que os digo.

—Sire —replicó el toscano—, no me quejo de no haber tenido participación en vuestras dádivas, ya que no me atormenta el aguijón de las riquezas; sólo me lamento de que con semejante olvido parece no hacerse mérito de mis servicios y que no soy digno de vuestra estima. No obstante, recibo vuestra declaración con todo el respeto y reconocimiento a que sois acreedor y estoy dispuesto a ver cuánto os plazca, a pesar de que no tenéis necesidad de justificáros a mis ojos.

El rey lo llevó a una gran sala donde, según había ordenado, se muestran dos cofres cerrados.

—Uno de estos cofres —le dijo en presencia de varias personas—, encierra grandes riquezas y mis joyas más preciadas; en el otro no hay más que tierra. Tomad de los dos el que mejor os plazca; vuestro es. Ahora

comprenderéis, espero, si ha sido vuestra estrella o he sido yo el injusto hacia vos.

Obedeció Roger y el rey mandó abrir el cofre que había elegido, siendo el que contenía la tierra.

—Ya veis —prosiguió el rey Alfonso riendo— que cuanto os he dicho de vuestra estrella es la pura verdad; mas vuestras virtudes merecen que yo corrija su maligna influencia. Sé muy bien que no tenéis deseos de haceros español, por tanto, no os daré ni castillo ni plaza fuerte; pero quiero que el cofre que os ha negado la suerte os pertenezca a despecho de ella. Lleváoslo a vuestra tierra y que sea para vos y los vuestros un testimonio de vuestra virtud y de mi anhelo para recompensar al mérito.

Roger recibió el presente, y después de agradecerle al rey como se merecía la merced que acababa de otorgarle, volvió a emprender, harto satisfecho, el camino de Toscana.

EL MARIDO CELOSO Y CRUEL

Nadie ignora que hubo en tiempos en Provenza dos nobles y reputados caballeros, conocidos, el uno, bajo el nombre de Guillermo de Rosellón y el otro por Guillermo Gardastain. Siendo los dos muy célebres por sus proezas militares, trabaron amistad y se les veía siempre justos en los torneos, las justas y demás ejercicios de caballería, complaciéndose en llevar comúnmente los mismos colores. Solían residir en sus respectivos castillos, distantes cinco o seis leguas uno de otro.

Como se veían con frecuencia, sucedió que, a pesar de la amistad que los ligaba, Gardastain se apasionó locamente de la mujer de Rosellón, que era muy linda y gallarda. La dama, sensible a las atenciones, a los agasajos y al mérito del caballero, no tardó en apercibirse de su amor, y su vanidad se exaltó de tal modo que esperaba impaciente que el galán se la declarase, resuelta a corresponderle de un modo muy satisfactorio. No tuvo que esperar mucho tiempo. Habiéndole Gardastain abierto su corazón, se entendieron enseguida, dándose recíprocamente las más tiernas pruebas de amor.

Bien porque sus citas fuesen demasiado frecuentes, bien porque no supieron guardar el secreto, lo cierto es que Rosellón se apercibió de la intriga. Desde aquel momento, la amistad que siempre había sentido por Gardastain trocóse en aversión. Fue más hábil en su odio que los dos amantes en sus tratos, sabiendo ocultar tan bien su resentimiento, que nadie hubiera pensado que estaba celoso. Pero sus celos le devoraban de tal modo que juró en el fondo de su corazón arrancar la vida al pérfido caballero que le traicionaba.

Acababa de anunciarse con gran solemnidad que iba a celebrarse un gran torneo en las cercanías de Provenza; esta circunstancia pareció favorable a la ejecución de sus designios. Da a Gardastain la noticia del torneo, rogándole que fuese a verle para acordar si acudirían y cómo se vestirían. Éste, a quien la invitación agradó en extremo, contestóle que al día siguiente iría a cenar con él.

Guillermo de Rosellón piensa llegada la hora de su venganza. Desde el alba, armado de pies a cabeza, monta a caballo, seguido de algunos criados y va a apostarse a media legua de su castillo, en un bosque por donde debía pasar Gardastain. Tras una corta espera, aparece éste acompañado solamente por dos criados y sin armas, cual gente que no desconfía de nada. No bien lo divisa, corre a su encuentro como una furia, lanza en ristre y le traspasa, al mismo tiempo que le dice:

—He aquí cómo me vengo de mis pérfidos amigos.

Gardastain cae de su corcel exámine, sin tener tiempo de proferir una sola palabra; sus criados espolean sus caballos y vuelven al galope al castillo de su amo, ignorando el motivo por que éste fue asesinado.

Viéndose Rosellón solo con sus gentes, apéase del caballo, abre con un cuchillo el cuerpo de Gardastain, le arranca el corazón, lo envuelve en una banderola de la lanza y manda a uno de sus criados que se haga cargo de él, prohibiendo a todos divulgar, bajo ningún pretexto lo que habían visto, si no querían exponerse a sus iras. Enseguida encamínanse al castillo, donde llegaron ya entrada la noche.

La dama, que sabía que Gardastain debía ir a cenar con ellos, lo esperaba con la impaciencia de una mujer locamente enamorada. Sorprendida de que no viniera con su marido, le pregunta el motivo.

—Me ha mandado un recado diciéndome que no vendrá hasta mañana.

La respuesta no agradó a la señora; mas preciso fue ocultar su disgusto.

Apenas Guillermo descabalgó cuando mandó llamar a su cocinero:

—Toma —le dijo— este corazón de jabalí y aderézalo de la manera más delicada y apetitosa que sepas. Harás que se me sirva en una fuente de plata.

El cocinero obedeció y empleó todo su saber para aderezarlo, convirtiéndole en el mejor bocado del mundo.

Llegada la hora de la cena, se sienta Guillermo a la mesa con su mujer. La idea del crimen que había cometido le tenía preocupado y le había quitado el apetito; comió, pues, poco. Se sirvió un poco de aquel plato, pero no lo probó. La señora, que aquella noche tenía muy buen apetito, lo gustó, encontrándolo tan bueno que se lo comió todo.

—¿Qué os ha parecido ese manjar? —le pregunta entonces su marido.

—Excelente —contesta ella.

—Lo creo muy bien —repuso Guillermo—; es muy natural que encontréis bueno muerto lo que tanto os agradó en vida.

—¡Cómo! —responde ella después de una corta pausa—. ¿Qué es lo que me habéis hecho comer?

—El corazón del pérfido Gardastain —contesta el caballero—, ese corazón que no os avergonzáis de amar, ese corazón que arranqué con mis propias manos un momento antes de llegar aquí; sí, ese corazón es lo que habéis comido.

No intentaré describir el dolor de la señora a tan triste nueva; bastará saber para formarse una idea de él, que amaba a Gardastain más que a su vida. Su corazón, sensible por naturaleza, era presa de todos los sentimientos capaces de desgarrarlo. El aniquilamiento que se apoderó de ella la quitó la palabra largo rato; por último, repuesta un tanto:

—Os habéis convertido en un personaje vil y despreciable —díjole, ahogando en su pecho un hondo suspiro—; Gardastain no me ha violentado; yo soy la que os he hecho traición, y por lo tanto, a mí solo debéis castigar. ¡Dios no permita que después de haber probado un manjar tan precioso como es el corazón del más amable y valeroso de cuantos caballeros han existido, me den tentaciones de mezclarlo con otros ni tomar nuevo alimento!

Y, levantándose de la mesa, sin el menor titubeo, se arroja por una ventana muy alta, quedando destrozado su cuerpo.

Entonces Guillermo de Rosellón comprendió su falta y se la reprocha amargamente. Apoderóse el miedo de él y le hizo emprender la fuga en el acto.

Al día siguiente, habiéndose divulgado la aventura hasta en sus menores detalles, los deudos y amigos de la dama y del conde de Provenza recogieron sus restos y los hicieron enterrar en una misma fosa y con gran pompa en la iglesia del castillo del bárbaro caballero. Sobre su sepulcro se grabó un epitafio que todavía existe, donde se leen las cualidades de esos desdichados amantes y la historia de su muerte.

EL CRIADO JUGADOR

Vivían en Siena dos hombres de una misma edad, con idéntico nombre de pila (Francisco), si bien el uno descendía de los Angiulieri y el otro de los Fortarrigo. Aunque muy distintos en clase y en carácter, estaban de acuerdo en una cosa: la aversión que sentían por sus respectivos padres, lo cual había bastado para ligarlos en estrecha amistad.

Angiulieri, hombre galante y liberal, viendo que la pensión que le tenía señalada su padre no bastaba para vivir decentemente en Siena, y sabedor de que un cardenal amigo suyo y completamente adicto a su persona, tenía orden del Papa de pasar a la Marca de Ancona con el título de legado, resolvió avistarse con él, esperanzado de aumentar, a su lado, su categoría y sus bienes de fortuna.

Comunica el proyecto al autor de sus días, quien lo aprueba y le hace la gracia de adelantarle seis meses de pensión para que pueda vestirse con decencia y presentarse honrosamente ante la comitiva de su protector; así, pues, lo único que debía procurarse nuestro hombre era un criado.

Informado Fortarrigo de lo que le hacía falta, ofrecióse a servirle como paje o bajo otro título, no exigiendo más salario que sus gastos personales. Angiulieri le contesta que no acepta el trato, pues aunque le creía muy apto para el destino que solicitaba, conocía en él dos defectos capitales que le imposibilitaban para el caso: su amor al juego y al vino. Fortarrigo y jura y perjura que renunciará a ambos extremos, y al fin, Angiulieri, vencido por sus juramentos y sus ruegos le admite en sus servicios.

Amo y criado parten para Boncovento, donde se proponía descansar Angiulieri, hostigado por el calor. Una vez en la posada pide una cama y se acuesta, recomendando a su nuevo criado que le despierte al mediodía. Mientras duerme el amo, Fortarrigo corre a la taberna, bebe, juega y en algunas horas se ve despojado no sólo de la escasa cantidad de que era portador, sino de todas sus ropas.

En paños menores se dirige al mesón donde descansaba Angiulieri, sube a su cuarto, se apodera del dinero que tiene y vuelve al garito. La fortuna le fue

tan adversa como la primera vez, perdiendo el dinero de su amo lo mismo que había perdido el suyo.

Angiulieri se despierta, se levanta, se viste y pregunta por Fortarrigo. Como nadie le da noticias de él piensa que estará durmiendo en algún rincón, amodorrado por el vino, según costumbre, en vista de lo cual decide abandonarle y contratar otro criado en Corsignano. Mas, al ir a pagar al posadero se encontró sin un céntimo. Naturalmente, puso el grito en el cielo. Amenazó al dueño del hostel, a la hostelera y a cuantos se albergaban en él con mandarlos prender y conducir a Siena si no aparecía su dinero. La consternación fue general. En ese momento llega Fortarrigo, pobre de ropas como la primera vez, con intención de ponerse las de su amo, pero viéndole dispuesto a montar a caballo, le pregunta:

—¿Qué significa esto? ¿Hay que partir enseguida? Esperad un momento, por Dios. Tengo empeñadas mis ropas en treinta y ocho sueldos y el prestamista no tardará en llegar; seguro estoy de que me las devolverá dándole treinta y cinco, de manera que vamos a ganar tres sueldos. ¿Desperdiciaréis, acaso, tan bonito negocio?

Mientras así se expresaba el criado pensó Angiulieri que acaso Fortarrigo había sido el ladrón, ya que acababa de perder una buena suma en el juego. Indignado de tamaña picardía se puso furioso; le injuria, le amenaza con hacerle ahorcar o mandarle expulsar de Siena, y tal vez hubiera empleado algo más contundente que las amenazas si no temiera rebajarse. Por último, monta a caballo. Fingiendo Fortarrigo que todos aquellos reproches se dirigían a otra persona, decía a Angiulieri:

—Dejaos de tonterías, pues no vale la pena que nos ocupemos de ello; pensemos en lo que verdaderamente nos interesa. Reflexionad que hoy podemos obtenerlas por treinta y cinco; tal vez mañana nos exigirán treinta y ocho; preguntaos, pues, ¿por qué dejar de ganar esos tres sueldos?

Oyéndole hablar de este modo, los circunstantes creían inocente a Fortarrigo, y lejos de imaginar que había hurtado los cuartos de Angiulieri, aseguraban que éste era el ladrón. Con todo, el amo estaba desesperado.

—¿Qué falta me hacen tus ropas? —decía—. ¡Desdichado! ¡Ahorcado te veas! No contento con haber jugado mi dinero retardas mi marcha, uniendo desvergonzadamente la imprudencia a la desvergüenza y la fullería.

Todo esto no hacía mella en el ánimo de Fortarrigo, el cual, fingiendo siempre creer que las reconvenciones iban para otro individuo:

—Veamos, ¿por qué no queréis que gane esos tres sueldos? ¿Pensáis acaso que no os los devolveré? Por la amistad de que me habéis dado pruebas

os suplico que atendáis a mis súplicas. ¿Quién os apura tanto? Todavía llegaremos temprano a Torrenieri, aunque detengamos unos instantes nuestra marcha. Vamos, aflojad vuestro bolsillo. Os aseguro que aunque recorriera toda Siena no encontraría otro traje que me sentara tan bien como el empeñado, ¿y queréis que lo pierda por malditos treinta y ocho sueldos? Pensad que aún vale más de cuarenta, de modo que gracias a vos pierdo doblemente.

Angiulieri, que rabiaba en el fondo de su pecho, resuelto a no contestar al impertinente, espolea su caballo en dirección a Torrenieri; pero el criado, que tenía formado su plan, corre tras él como se hallaba, es decir, en paños menores, instándole una y otra vez para que rescatara su traje. El amo, a fin de librarse de aquel importuno, hostiga a su alazán. Finalmente, después de andar cerca de una legua de esa manera, ve Fortarrigo a unos labradores que estaban trabajando en un campo inmediato a la carretera y empieza a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Detenedle! ¡Detenedle!

Todos corren presurosos, quién con una azada, quién con un pico y cortan el paso a Angiulieri, imaginándose que había despojado al que iba detrás de él en tan extraño atuendo. En vano fue que el jinete les contara todo lo sucedido; llega Fortarrigo y fingiendo estar enfurecido:

—¡No sé quién me detiene que no te mato, bribón, pícaro de siete suelas! —exclama, encarándose con Angiulieri— ya véis, amigos, cómo me ha dejado después de jugar y perder cuanto tenía, pero gracias al cielo y a vosotros entro en posesión de lo mío, por lo cual os quedaré reconocido toda la vida.

El amo afirmaba que todo lo que decía aquel hombre era una solemne mentira, pues todo lo contrario había sucedido; pero nadie hacía caso a sus palabras. Por lo que, ayudado de los campesinos, Fortarrigo hizo apearse a Angiulieri, le desnudó y apropiándose sus ropas montó a caballo, siguiendo la vida.

EL VELO DE LA ABADESA

Hay en Lombardía un monasterio famoso por su santidad y la austeridad de la regla que en él se observa. Una mujer, llamada Isabel, bella y de elevada estirpe, hacía algún tiempo que vivía allí, cuando cierto día fue a verla desde la reja del locutorio un pariente suyo acompañado de un amigo, joven y arrogante mozo. Al verlo la monjita enamoróse perdidamente de él, sucediendo otro tanto al joven; mas durante mucho tiempo no obtuvieron otro fruto de su mutuo amor que los tormentos de la privación.

Sin embargo, como ambos amantes sólo pensaban en la manera de verse y estar juntos, el joven, más fecundo en inventiva, encontró un medio infalible para deslizarse furtivamente en la celda de su amada. Contentísimos ambos de tan afortunado descubrimiento, se resarcieron del pasado ayuno, disfrutando largo tiempo de su felicidad sin contratiempo.

Pero la fortuna les volvió la espalda. Muy grandes eran los encantos de Isabel y demasiada la gallardía de su amante para que aquélla no estuviese expuesta a los celos de otras religiosas. Varias espiaban todos sus actos y, sospechando lo que pasaba, no la perdían de vista.

Cierta noche, una de las religiosas vio salir a su amante de la celda e inmediatamente participa su descubrimiento a algunas de sus compañeras, las cuales resolvieron poner el hecho en conocimiento de la abadesa, llamada Usimbalda, y que a los ojos de sus monjas y cuantos la conocían pasaba por la bondad y la santidad misma.

A fin de que se creyera su acusación y de que Isabel no pudiera negarla, concertáronse de modo que la abadesa pillara a la monja en brazos de su amante. Adoptado el plan, todas se pusieron en acecho para sorprender a la pobre paloma, que vivía enteramente descuidada.

Una noche que había citado a su galán, las pérfidas centinelas le ven entrar en la celda y convienen en que vale más dejarla gozar de los placeres del amor antes de mover el alboroto; luego forman dos secciones, una de las cuales vigila la celda y otra corre en busca de la abadesa. Llaman a la puerta de su celda y la dicen:

—Venid, señora, venid pronto; la hermana Isabel está encerrada con un joven en su dormitorio.

Al oír tal gritería, la hermana abadesa toda atemorizada y para evitar que en su precipitación las monjas echasen abajo la puerta y encontrasen en su lecho a un clérigo que con ella le compartía y que la buena señora introducía en el convento en un cofre, levántase apresuradamente, vístese lo mejor que puede y pensando cubrir la cabeza con un velo monjil, encasquétase los calzones del cura. En tan grotesco aspecto, que en su precipitación no notaron las monjas, y gritando la abadesa:

—¿Dónde está esa hija maldita de Dios?

Llegan a la celda de Isabel, derriban la puerta y encuentran a los dos amantes acariciándose. Ante aquella visión, la sorpresa y encogimiento les deja estáticos; pero las furiosas monjas se apoderan de su joven hermana y por orden de la abadesa la conducen al capítulo. El joven quedóse en la celda, se vistió y se dispuso a aguardar el resultado de la aventura, bien resuelto a vengarse sobre las monjas que cayesen en sus manos de los malos tratos de que hicieron víctima a su amada, si no se la respetaba y hasta robarla y huir con ella.

La superiora llega al capítulo y ocupa su asiento; los ojos de todas las monjas están fijos en la pobre Isabel. Empieza la madre abadesa su reprimenda, sazonándola con las injurias más picantes; trata a la infeliz culpable como una mujer que con sus actos abominables ha manchado y empeñado la reputación y santidad de que gozaba el convento.

Isabel, avergonzada y tímida, no osa levantar los ojos y su conmovedor embarazo mueve a compasión hasta a sus mismas enemigas. La abadesa prosigue sus invectivas y la monja, cual si recobrara el ánimo ante las intemperancias de la superiora, se atreve a levantar los ojos, se fija en la cabeza de aquella que la está reprendiendo y ve los calzones del cura que la sirven de toca, lo cual la serena un tanto.

—Señora, que Dios os asista; libre sois de decirme cuanto queráis; pero, por favor, componeos vuestro tocado.

La abadesa, que no entendió el significado de sus palabras:

—¿De qué tocado estás hablando, descaradilla? ¿Llega tu audacia al extremo de querer chancearte de mí? ¿Te parece que lo que has hecho es cosa de risa?

—Señora, os repito que sois libre de decirme cuanto queráis, pero, por favor, componeos vuestro tocado.

Tan extraña súplica, repetida con énfasis, atrajo todos los ojos sobre la superiora, al propio tiempo que impelió a ésta a llevarse la mano a la cabeza.

Entonces comprendió ésta por qué Isabel se había expresado de aquel modo. Desconcertada la abadesa y comprendiendo que era imposible disfrazar su aventura, cambió de tono, concluyendo por demostrar cuán difícil era oponer continua resistencia al aguijón de la carne. Tan dulce en aquellos momentos como severa hacía poco, permitió a sus ovejas que siguieran divirtiéndose en secreto (lo cual no había dejado de hacerse ni un momento) cuando se les presentara la ocasión, y después de perdonar a Isabel volvióse a su celda. Nuestra monjita reunióse con su amigo, le introdujo en su habitación otras veces, sin que la envidia la impidiera ser dichosa.

CIENTO POR UNO

No hace todavía mucho tiempo que, en nuestra ciudad, vivía un franciscano, el cual tenía el cargo de inquisidor de la fe. A pesar de esforzar por pasar por hombre muy santo y celoso de la religión cristiana, según costumbre entre tales caballeros, era, no obstante, mucho más aficionado a escudriñar las vidas de aquellos que tenían las bolsas bien repletas que las de los que apestaban a herejía. La maldita casualidad le hizo encontrar un hombre más rico de escudos que de ciencia, quien estando un día en una tertulia un poco alegre de cascos merced al jugo de la vida o por exceso de satisfacción, tuvo la osadía de decir, más bien por simpleza que por falta de fe, que poseía un vino tan bueno en su bodega, que *Dios mismo no se desdeñaría de beberlo si estuviera en el mundo*.

Tal propósito no tardó en ser repetido al Inquisidor, quien conocedor de las ricas facultades de aquél que lo había manifestado, cayó impetuosamente sobre él, *cum gladiis et fustibus*, y le entabló un proceso, persuadido de que le procuraría más florines para su bolsa que luz y auxilios a la fe de aquel buen hombre.

El acusado, citado e interrogado sobre si lo que habían dicho al inquisidor era cierto, respondió que sí y contó de qué manera y en qué sentido lo había expresado. El padre Inquisidor, que sólo quería su dinero, le replicó enseguida:

—¿Acaso te has imaginado que Dios es un bebedor y un catador de vinos excelentes como un Cinciglione o cualquiera de entre vosotros, que casi nunca salís de la taberna? Sin duda, querías persuadirnos ahora, por medio de una humilde afectada, que tu caso no es grave; es en vano; y si cumplimos con nuestro deber, debes ser condenado al fuego.

Estas amenazas y otras muchas que siguieron, pronunciadas en tono tan vehemente y duro cual si se hubiese tratado de algún epicúreo que negase la inmortalidad del alma o dudase de la existencia de la divinidad, infundieron el mayor terror en el ánimo del prisionero.

Después de haber meditado algún tiempo sobre su situación y buscando el medio de suavizar el rigor de su sentencia, imaginó recurrir al ungüento de Plutus y frotar con él las manos del padre Inquisidor, no conociendo mejor remedio contra el veneno de la avaricia que corroe a casi todos los sacerdotes y en particular a los franciscanos, sin duda porque no se atreven a tocar el dinero. Aunque Galeno no haya indicado tal receta, no por eso deja de ser excelente. El buen hombre recurrió a ella y le salió perfectamente. La untura produjo efectos tan maravillosos que el fuego con que se le amenazara convirtiéndose en una cruz. Revistiéndose con ella y cual si estuviese destinado a hacer el viaje a Tierra Santa y se tuviera el designio de decorar con ella su estandarte, diósele una cruz amarilla sobre fondo negro.

Después de algunas penitencias poco rigurosas, soltólo el Inquisidor a condición de que, como última penitencia, oiría misa todas las mañanas en Santa Cruz y que a la hora de comer se presentaría ante él hasta nueva orden, permitiéndole disponer del resto del día como mejor le placiera.

Mientras el penitente cumplía exactamente lo que se le había prescrito, oyó un día cantar en la misa estas palabras del Evangelio: «*Recibiréis ciento por uno y poseeréis la vida eterna*».

Llamóle la atención este pasaje y quedóle grabado en la memoria. A la hora de costumbre presentóse al padre Inquisidor, encontrándolo a la mesa. Se acerca, e interrogado sobre si había oído misa, sin titubear contesta que sí.

—¿Nada has oído, repuso el franciscano, que te cause alguna duda y quieras disiparla?

—No, reverendo padre; creo firmemente y no tengo ninguna duda; pero ya que me permitís hablar, os diré que he oído algo que me ha apenado, tanto por vos como por vuestros cofrades, al pensar en la suerte que os aguarda en la otra vida.

—¿Qué cosa es ésta? —dijo el padre Inquisidor.

—Es el pasaje del Evangelio —contestó el penitente— donde se dice: «*Recibiréis ciento por uno*».

—Nada más cierto, repuso el padre; mas no veo por eso el motivo que tienes para preocuparte tanto por nuestra futura suerte.

—Vais a saberlo —replicó aquél—; desde que frecuento vuestro convento he visto dar a los pobres que vienen a sus puertas, a veces uno, otros dos calderos de sopa, que en verdad no son otra cosa que los restos de la que os sirven a vosotros. Luego, si por cada caldero recibís ciento cada uno de vosotros en el otro mundo, las sopas serán tan abundantes que indudablemente quedaréis ahogados en ellas.

Tanta candidez hizo reír mucho a los que estaban en la mesa con el Inquisidor; mas éste, comprendiendo que aquello era un rasgo de hipocresía de los frailes y una reconvención indirecta de su conducta, quedó herido en lo vivo por el dardo que lanzara el penitente y de buena gana hubiese entablado un nuevo proceso contra él a no temer la censura pública que lo habría criticado ya con respecto al primero. Mandóle que se alejara y no se presentara más ante él en lo sucesivo.

EL SUEÑO REALIZADO

Tal vez hayáis oído hablar de Talano di Molese, hombre de reconocida honradez, el cual casó con una joven llamada Margarita, agraciada cual ninguna mujer, si bien los defectos de su carácter eran capaces de debilitar no poco la impresión que producía su belleza. Antojadiza, obstinada, inflexible y áspera. Nadie hacía nada a su gusto y bastaba se le aconsejara una cosa para que obrase todo lo contrario. Talano era muy infeliz a su lado, como no veía remedio para su mal humor, arreglóse para soportarlo lo mejor posible.

Estando con esa especie de furia en una hermosa quinta de su propiedad, soñó que veía a Margarita paseándose por una arboleda cercana y que después de algunos pasos, un lobo monstruoso se lanzaba sobre ella, la agarraba por la garganta y se la llevaba, aunque la mujer pedía socorro con todas sus fuerzas y sólo la dejaba después de haberla desfigurado horriblemente la cara y cuello. Semejante sueño sobresaltó al marido, quien al levantarse dice a su mujer:

—Hija mía, aunque a pesar de tu carácter díscolo todavía no me ha sido posible disfrutar un día feliz contigo, con todo, sentiría en el alma que te sucediese algo desagradable. Si quieres creerme hoy no salgas de casa.

Ella le pregunta por qué y entonces Talano le cuenta su sueño. En vez de agradecer la muestra de cariño que acababa de darle su marido, contesta moviendo la cabeza.

—Quien mal quiere mal sueña. Finges amarme, interesarte por mi suerte, pero yo leo en tu corazón; tus sueños no son más que la expresión de lo que me desees y procuraré no darte esa alegría hoy ni nunca.

—Preveía tu conversación, pues no hay peor sordo que el que no quiere oír. Interpreta mi sueño como te plazca, poco me importa; pero vuelvo a aconsejarte que hoy no salgas de casa, o a lo menos, que no vayas al bosque próximo.

—Precisamente voy a hacer lo contrario de lo que dices; había resuelto ir y no faltaré.

Como esa mujer era capaz de pensar mal de un santo, figuróse que su marido sólo quería impedirla ir al bosque para ocultar algún tapadillo.

«Tal vez se ha citado allí con alguna mujer desvergonzada, decía para su sayo; lo que es a mí no me la pega. Dios me libre de creer lo que me dice; quiero verlo, saberlo todo y aunque tenga que esconderme todo el día en el bosque, sabré cuáles son sus intenciones».

Tomada esa resolución, no bien salió su marido, se dirige al bosque, eligiendo el sitio más frondoso para ocultarse. Permanece quieta, mirando a uno y otro sitio para ver si alguien llega. Mientras sin temor ni desconfianza esperaba coger en alguna aventura a su marido, aparece un enorme lobo de mirada feroz, que inmediatamente se arroja sobre la infeliz, la coge por el cuello y se la lleva como si se tratara de un infeliz cordero; no teniendo fuerza ni ánimo la mujer para la más débil resistencia. Seguramente la fiera la hubiera estrangulado si unos pastores que presenciaban la escena no le hubieran obligado con sus gritos a abandonar la presa.

Dichos pastores corren a su lado y aunque desfigurada, la reconocen y la trasladan a su casa. Estuvo enferma mucho tiempo, pero acabó por curarse gracias a las atenciones de su marido, que mandó llamar a los más hábiles médicos y cirujanos de la comarca. Pero su arte no logró borrar las huellas que los dientes del lobo habían dejado en la garganta y el rostro de la joven, de modo que su belleza había sufrido gran detrimento. Avergonzada de presentarse en público después de tan triste catástrofe, lloró con frecuencia en la soledad a que le había condenado su pertinacia, arrepintiéndose de no haber dado fe al sueño de su marido.

EL CONFESOR COMPLACIENTE SIN SABERLO

En nuestra buena ciudad de Florencia, donde, como no ignoráis, la galantería ocupa lugar más elevado que el amor y la fidelidad, vivía, hace algunos años, una dama a quien la naturaleza enriqueciera con sus más preciados dones. Ingenio, gracia, belleza, juventud, nada faltaba de cuanto puede hacer adorable a una mujer. No quiero deciros su nombre ni tampoco el de las personas que figuran en la presente anécdota, pues sus deudos, que todavía viven y ocupan una elevada posición en Florencia, no gustarían de mi indiscreción. Me contentaré con aseguraros que dicha señora descendía de personas de calidad, mas tan poco favorecidas de la fortuna, que se vieron precisadas a darla por marido un comerciante de paños.

Estaba ella tan pagada de su cuna, que consideró como una humillación este enlace, por lo tanto, jamás pudo vencer la repugnancia que le inspiraba su esposo. Por otra parte, aquel hombre nada tenía de amable, reduciéndose todo su mérito a ser inmensamente rico y estar muy versado en el comercio. El desprecio y la indiferencia de su mujer para con él llegó a tal extremo que resolvió no acordarle sus favores sino cuando no pudiese dejar de hacerlo sin querellarse, proponiéndose, para resarcirse de aquella abstinencia, buscarse algún otro galán más digno de su cariño, no tardando en encontrar la persona que le hacía falta.

Un día en la iglesia vio a un joven gentilhomme de la ciudad cuya fisonomía la dejó tan prendada, que al momento sintió arder en su pecho el fuego del amor. Su pasión hizo tan rápidos progresos, que de noche no reposaba cuando no había logrado verle. En cuanto al galán, estaba muy tranquilo puesto que ignoraba los sentimientos que había hecho nacer en el corazón de la señora y ésta era demasiado prudente para atreverse a descubrirle su amor por medio de cartas o por tercera persona, temiendo, y con razón, las resultas de aquel paso. Mas como por naturaleza era muy astuta, encontró el medio de comunicarle sus ansias sin comprometerse.

Había notado la dama que el caballero tenía frecuentes entrevistas con un fraile que, aunque gordo y bien rollizo, llevaba una vida bastante arreglada y pasaba por un santo hombre. Por lo tanto, pensó que aquel fraile podía servirle de mediador para sus amores y procurarla la ocasión de hablar con el joven.

Después de haber reflexionado sobre la manera cómo debía obrar encaminóse al convento, y habiendo mandado llamar al religioso, manifestóle que tenía grandes deseos de que la confesara. El buen padre, que desde que la vio no se equivocó sobre su calidad, accedió a su ruego. Después de haberle declarado sus pecados, la dama le dijo que tenía que confiarle un asunto y pedirle una gracia.

—Necesito, reverendo padre, de vuestros consejos y de vuestra ayuda para lo que voy a comunicaros. Ya sabéis quiénes son mis deudos, también os he dicho el nombre de mi marido, pero no os he confiado, y lo hago ahora, que él me ama mucho más que a sí propio. Todos mis deseos los cumple en el acto; es sumamente rico y su fortuna la tiene a mi disposición para satisfacer el menor de mis caprichos y hacerme dichosa. Podéis creer que por mi parte pago su ternura como se merece, ya que mi amor iguala cuando menos al suyo. Me consideraría la más ingrata y despreciable de las mujeres si pasara siquiera por mi mente nada que pudiera mancillar su honra o herir en lo más mínimo su delicadeza. Sabréis, pues, mi reverendo, que un joven cuya condición y nombre ignoro y que sin duda me toma por otra persona de la que soy, me tiene sitiada de tal suerte que siempre me sale al paso. No puedo salir a la puerta, a la ventana, ni a la calle, que no se presente a mi vista. Hasta me sorprende que no me haya seguido a esta santa casa, tan grande es su persecución. Es alto, bien proporcionado, de rostro bastante agraciado y por lo regular viste de negro; parece una buena persona y muy distinguido, y, si no me equivoco, creo haberle visto con frecuencia en vuestra compañía. Como tales asuntos pueden disponer a una mujer honesta a no pocas murmuraciones, aunque ella sea inocente, primero tuve ganas de rogar a mis hermanos que le hablasen, pero reflexioné después que los jóvenes no pueden nunca desempeñar esta clase de comisiones a sangre fría; por lo general se expresan con aspereza, se les contesta lo mismo, se llega a las injurias y pásase a las vías de hecho. Así, pues, he preferido, para evitar el escándalo y prevenir todo trance desagradable, dirigirme a vos, tanto porque el caballero en cuestión parece gozar de vuestra amistad, cuanto porque vuestro carácter os da derecho a amonestar y reprender no sólo a vuestros amigos sino a todo el mundo. Os ruego que le hagáis los reproches que su conducta merece y le

amonestéis para que me deje tranquila. Que se dirija a otras mujeres si es aficionado al galanteo; bastantes hay, a Dios gracias, que tendrán satisfacción en otorgarle sus favores. En cuanto a mí, su conducta me es insoportable; gracias a Dios la infidelidad no es mi lado flaco. Estoy muy al tanto de lo que debo a mi marido a la par que a mí misma.

Terminado este discurso, bajó la cabeza como si se dispusiera a llorar. El religioso comprendió al momento por el retrato que le hiciera del personaje, que se trataba de su amigo. Elogió mucho los sentimientos virtuosos de su penitente, que creía sincera, prometiéndola hacer cuanto deseaba. Luego, como sabía que era rica, sermoneóla sobre la caridad, terminando la plática, según costumbre, con la exposición de sus necesidades y de las del convento.

—En nombre del Altísimo —repuso la dama—, no olvidéis lo que acabo de deciros; si lo niega, podéis noticiarle que yo misma os he confiado el secreto y me he quejado de ello, para que sepa cuánto me ofende su conducta.

Acabada la confesión y habiendo sido absuelta, la penitente no olvidó la exhortación del confesor sobre la limosna. Al efecto, sacó de su bolsa una buena cantidad de dinero que le entregó, rogándole, para dar cierto viso oportuno a su liberalidad, que dijera misas por el descanso eterno de sus parientes; hecho lo cual abandonó el confesonario y regresó a su casa.

Algunos días después, el joven causa de las ansias de la dama fue a ver, según costumbre, al religioso, quien, después de ocuparse con él de cosas indiferentes, le llevó a solas para reprocharle dulcemente sus pretendidas persecuciones y asiduidades para con la linda devota. El gentilhomme, que ni siquiera de vista la conocía y que, además, había pasado muy pocas veces por delante de su casa, contestó al fraile, como era natural, que no sabía de qué le hablaba. El confesor, incrédulo, sin darle tiempo a repetir nuevas excusas:

—De nada os sirve —repuso— que os hagáis el sorprendido y el ignorante, sé muy bien lo que me digo y es inútil que neguéis. No estoy informado por ningún desconocido ni tampoco por los vecinos; la dama misma, que está desesperada, me ha hecho partícipe del secreto. Además de que esas locuras no os sientan bien, os advierto que nada lograréis con semejante conducta: esa mujer es la virtud y la prudencia en persona, así pues, os ruego la dejéis tranquila por vuestro honor y el suyo.

El joven quiso defenderse nuevamente, diciendo que sin duda le había tomado por otro.

—Dígoos que es inútil cuanto aleguéis; os ha descrito hartos bien para que no seáis vos de quién se trata.

El joven gentilhombre, más avisado que el reverendo, comprendió que se encerraba algún misterio en aquellos reproches de que no era merecedor. Así, pues, hizo como que se ruborizaba, prometiendo no dar en lo sucesivo ningún motivo de queja. Apenas ha abandonado al religioso, pasa por delante de la casa de la mujer del comerciante, la cual estaba asomada a la ventana aguardando lo que sucedió.

Al verlo venir no duda por un momento que había comprendido el sentido de cuanto ella dijera al fraile, y por lo tanto en su rostro vióse pintada la más dulce satisfacción. El gentilhombre, que al pasar la vista en la joven, viendo retratados en su semblante el amor y la alegría, quedó plenamente convencido de la verdad de sus conjeturas. Desde aquel día pasaba y volvía a pasar por la calle donde moraba su bella, con más contento de ésta, que con sus miradas y gestos confirmóle más y más en su primera opinión.

La dama no tardó tampoco en comprender que había flechado a su Adonis; mas a fin de inflamar más su pasión y darle una nueva prueba de la ternura que su pecho sentía por él, volvió a confesarse con el mismo religioso, comenzando su confesión por medio de abundantes lágrimas. Enternecido el buen fraile, preguntóla si le había sobrevenido algún otro disgusto.

—¡Ay, mi reverendo, tengo nuevas quejas que daros de vuestro amigo, de ese hombre maldito de Dios, de que os entretuve el otro día! Creo, a la verdad, que ha nacido para atormentarme; no cesa de perseguirme, queriendo obligarme a actos que me arrancarían para siempre la paz del corazón y la confianza de venir a postrarme otra vez a vuestras plantas.

—¡Cómo! ¿Todavía sigue rondando vuestra casa?

—Ahora más que nunca —repuso la dama—; diríase que quiere vengarse de las exhortaciones que le habéis hecho por su conducta, puesto que pasa bajo mis balcones hasta siete veces en un solo día, mientras que antes se contentaba con una sola. ¡Pluguiera al cielo que se redujera a rondar la calle y atisbarme! Pero no, señor, sino que ha tenido el descaro de enviarme, por medio de una mujer, una bolsa y un cinturón, como si a mí no me sobraran esas cosas. Quedé tan ultrajada de su imprudencia, que si el temor de Dios y las consideraciones que os debo no me hubiesen detenido, no sé lo que hiciera. Me he moderado únicamente por respeto a vos que sois su amigo y no he querido hablar a nadie de ello hasta habérselo comunicado. En el primer momento rechacé la bolsa y el cinturón, suplicando a la mediadora que los devolviera; mas reflexionando que esta clase de mujeres procuran siempre para sí y que aquélla hubiera podido muy bien guardarse el presente, haciendo creer a vuestro amigo que yo lo había aceptado, creí deber tomar dichas

alhajas para traéros las a vos. Hélas aquí. Os ruego se las devolváis, diciéndole al mismo tiempo que nada me importan sus dádivas ni su persona, y que si no cesa en sus persecuciones daré parte de ello a mi marido y a mis hermanos, suceda lo que suceda; prefiero que él reciba una fuerte injuria, o tal vez algo peor, a que tengan que censurarme lo más mínimo por su causa. ¿No obraré bien así, reverendo padre, si la cosa continúa? ¿No me asiste razón de estar ofendida?

—Vuestra cólera no me sorprende, señora —contestó el religioso tomando la bolsa y el cinturón, que eran prendas de gran valor—, es muy justa y digna de una mujer honrada y virtuosa. El otro día le eché en cara su conducta y me prometió no perseguiros más; pero ya que a pesar de mi reprimenda sigue rondando incesantemente vuestro domicilio y que tiene la audacia de enviaros regalos, os prometo vapulearlo de tal suerte que no tendréis en lo sucesivo motivo para traerme nuevas quejas de él. Si queréis seguir mi consejo, no digáis nada a vuestros allegados, podrían cometer algún exceso y tendríais que reprocharos ser causa de ello. Nada temáis por vuestra honra, sea como fuere que el asunto se presente, tendréis en mí un paladín de vuestra virtud ante Dios y ante los hombres.

La señora pareció quedar consolada con semejantes palabras y luego cambió de conversación. Conociendo la avaricia del fraile y la de sus compañeros de comunidad, a fin de tener un pretexto para darle algún dinero, le dijo:

—Hace pocas noches algunos de mis parientes se me han aparecido en sueños, entre ellos mi buena madre. Viendo la tristeza y aflicción que demostraban sus rostros, juzgué que sufrían alguna pena y todavía no gozaban de la presencia de Dios. Por lo mismo, deseo hacer rogar por el descanso de su alma; me daríais una gran alegría si dijerais cuarenta misas de San Gregorio a su intención, para que el Señor les libre de las llamas del purgatorio.

Y mientras hablaba de esta suerte, deslizó en las manos del fraile un puñado de monedas, que éste recibió sin hacerse rogar.

Apenas había salido la dama del convento cuando el religioso poco astuto para conocer que era víctima de un engaño, mandó llamar a su amigo. El joven comprendió al aire enfadado del fraile que iba a darle noticias de su enamorada. Escuchóle sin interrumpirle hasta tanto que se hubo bien explicado para ponerse perfectamente al corriente de las intenciones de la señora. No hubo reproche que no le hiciera el tonto del religioso, y al tenerlo a solas en su celda hasta llegó a injurarlo.

—Me habéis prometido solemnemente que dejaríais de perseguir a esa mujer y habéis tenido el descaro de enviarla regalos. Ella los rechaza con indignación.

—¿Yo le he mandado regalos? —contestó entonces el gentilhombre que quería obtener todos los detalles posibles del fraile.

—Sí, y es inútil que lo neguéis, puesto que la misma dama me los ha confiado para que os los devuelva, monstruo del averno. Hélos aquí, ¿los reconocéis ahora?

—No sé qué contestaros —dijo el caballero, fingiendo quedar confundido y humillado—; reconozco mis yerros y ya que esa señora es tan agreste, tan inflexible, os prometo, esta vez bajo palabra de honor, dejarla tranquila para siempre.

Entonces, el imbécil del fraile le entregó la bolsa y el cinturón, exhortándolo a mantener su promesa con más buena fe que la vez pasada. El joven repitió su juramento y se retiró harto contento de haber recibido pruebas infalibles del amor de su bella. Aquel presente le dio tanto gusto cuanto que en el cinturón pudo leer la siguiente divisa: *Amadme como yo os amo*. Al instante fue a apostarse en sitio que pudiera indicar a la dama que había recibido su valioso presente. En cuanto a la dama, complació en gran manera saber que se las había con un enamorado inteligente, dándole no poco gusto el que su aventura llevase tan buen camino, y suspirando por el ansiado momento en que, ausente su marido, pudiera colmar sus deseos.

La ocasión no tardó en presentarse. Algunos días después el fabricante de paños tuvo necesidad de dirigirse a Génova para asuntos mercantiles. Apenas hubo partido cuando su mujer fue en busca del padre confesor y le dijo, después de exhalar no pocas quejas:

—Vuelvo a vuestra presencia, mi reverendo padre, para deciros que no puedo soportar ya mis pesares. Será preciso que me revista de firmeza y dé un escándalo, a pesar de lo que os prometía. Sabed que vuestro amigo es un verdadero demonio. Ni imaginaríais nunca lo que ha hecho esta misma mañana, antes de que despuntara el día. Supo, no sé por quién, que mi marido había partido ayer para Génova y, ¿no ha tenido la insolencia de penetrar en mi jardín, encaramarse a un árbol que está frente por frente de la ventana de mi dormitorio y abrirla? Iba a penetrar en mi habitación, cuando despertada por el ruido que hizo, me levanté para ver lo que significaba. Me proponía gritar ¡al ladrón!, cuando el desdichado me ha confesado su nombre, conjurándome por el amor de Dios y por consideración hacia vos, que no moviera un escándalo y le permitiera retirarse. Teniendo en cuenta vuestras

advertencias, contentéme con cerrar mi ventana y, probablemente, huyó al momento, puesto que después nada he oído. Os pregunto ahora, reverendo padre, si debo yo sufrir ultrajes de esta naturaleza. Pasaré por todo, os aseguro, pero la cosa no quedará así. He tenido harta paciencia hasta ahora por condescendencia hacia vos, que sois su amigo, lo cual indudablemente le ha dado atrevimiento para propasarse a tal punto conmigo. Si me hubieseis dejado seguir mi propio impulso, sin duda, la cosa no hubiera ido tan lejos.

—Pero señora —contestó todo corrido el bueno del padre— ¿estáis bien segura que fuese él? ¿No le habéis confundido con otro?

—Bendito seáis, padre mío, demasiado le conozco para equivocarme, si no se hubiese descubierto él mismo.

—Convengo con vos en que su atrevimiento es de los más criminales. Habéis hecho muy bien en darle con la ventana en las narices y no haber querido secundar su censurable proyecto. No encuentro palabras para elogiar vuestra virtud; puesto que Dios ha salvado vuestra honra del naufragio y que por dos veces consecutivas habéis atendido mis consejos, me envanezco de que querréis llevar hasta lo último vuestra sumisión siguiendo por tercera vez el que voy a daros. Permitid que le hable todavía antes de participar a vuestros deudos su imprudencia; tal vez tenga la suerte de obtener que llegue a vencer su brutal pasión. Si no logro hacerle desistir de sus propósitos, entonces seréis dueña de hacer lo que mejor os plazca.

—Concedo lo que me pedís, padre mío, puesto que así lo deseáis; pero os aseguro que será la última vez que vendré a quejarme a vos sobre el particular.

Y dichas estas palabras, retiróse bruscamente cual si estuviese muy enojada.

Apenas hubo salido del convento, cuando penetró en él el amante para informarse si había alguna novedad. El fraile le llevó aparte diciéndole mil pestes sobre su falta de honor y de palabra. El joven, acostumbrado a reproches del celoso confesor, e inquietándole muy poco, escuchó su filípica cual si oyera llover, aguardando con paciencia más claras explicaciones. Haciéndose el sorprendido y fingiendo curiosidad, trató de ponerle en el caso de hablar él primero, mas viendo que no lo lograba:

—¿Qué he hecho, padre mío, para excitar de tal manera vuestra indignación? ¿No se diría, al oíros, que he sido yo quien crucificó a Jesucristo?

—Sí, desdichado, le habéis crucificado por medio de vuestros deseos impúdicos... Mas ¡qué sangre fría conserva este tunante! Diríase al verle que

es tan blanco como el armiño, o que ha perdido el recuerdo de sus crímenes, cual si hubiese largos años que los cometiera. ¿Acaso habéis olvidado, monstruo infernal, la atroz injuria que habéis hecho a la mujer más honesta de la tierra? ¿Dónde estabais esta madrugada? Responded.

—En mi cama.

—¿En vuestra cama? No ha sido por falta de deseos, hombre impúdico, que no hayáis violado la de otra persona.

—Ya veo —repuso entonces el joven— que se han apresurado a informaros de todo.

—Es verdad, pero ¿os imaginasteis acaso que, estando el marido ausente, la mujer iba a recibiros con los brazos abiertos? ¡Dios todopoderoso! ¿Es posible que mi amigo, antes tan honrado, se haya vuelto en tan poco tiempo un pirata nocturno; que penetre en los jardines, se encarama a los árboles buscando introducirse en el domicilio de la más virtuosa de las mujeres? ¿Os habéis vuelto loco para creer que tan santa persona pueda ser vencida por vuestras impertinencias? Sabed, pues, que sois para ella objeto de aversión y menosprecio. Sí, estoy seguro que a vos es a quien aborrece más en el mundo. ¿Y queréis inducir la a que os ame? Y aunque ella no os hubiera dado a entender la repugnancia que le inspiráis, ¿no habrían debido deteneros mis amonestaciones y la palabra que me disteis? La he impedido hasta ahora que os descubra a su familia, que indudablemente os hubieran hecho pasar un mal rato; pero si continuáis vuestras hostilidades le he permitido y hasta aconsejado que rompa con todo. Así, pues, quedáis advertido. Estoy harto de defenderos, y sería el primero en elogiarla que se quejara de vos a sus hermanos si sois bastante ciego para intentar alguna otra cosa contra ella.

El enamorado mancebo comprendió a maravilla las intenciones de la dama; por lo tanto, calmó al religioso lo mejor que pudo.

—Confieso —le dijo— que he obrado como un loco, mas os juro no reincidir y que aquella señora no tendrá nuevos motivos para quejarse de mí. Desde este momento rindo homenaje a su virtud y os doy las gracias por haberla impedido que comunicara sus quejas a sus hermanos. Aprovecharé vuestras advertencias, podéis estar seguro de ello.

Y en efecto las aprovechó, pues comprendiendo claramente que su querida no había tenido otra intención que procurarle los medios de verla, no dejó, al llegar la noche, de realizar el plan trazado por aquélla. La bella, que no dormía, como es fácil comprender, sino que ardía de impaciencia por verle a su lado, le recibió en sus brazos. Después de demostrarse mutuamente su ternura, les hizo reír mucho la simpleza del religioso, quien, sin sospechar

siquiera, había servido perfectamente sus amores. También bromearon con respecto al marido, tomando antes de separarse sus medidas para verse en lo sucesivo sin que mediara el confesor. Con tanta prudencia supieron llevar su intriga, que tuvieron el placer de visitarse con frecuencia y acostarse juntos muchas veces sin ser descubiertos.

EL MARIDO PENITENTE EL CAMINO DEL PARAISO

He oído decir que vivía en otro tiempo, cerca del convento de San Pancracio, un bueno y rico sujeto llamado Puccio di Rinieri. Dado este hombre a la más fanática devoción, afilióse a la orden de San Francisco, bajo el nombre del hermano Puccio. No teniendo que mantener sino a su mujer y un criado, y siendo muy rico, podía disponer de todo su tiempo para dedicarse a ejercicios espirituales. Así, pues, no se movía de la iglesia, y como era sencillote y carecía de instrucción, toda su devoción consistía en rezar padrenuestros, ir a los sermones y oír varias misas. Ayunaba casi todos los días, y se flagelaba tan a menudo que todos suponían pertenecía a la cofradía de los disciplinantes; a lo menos ésta era la voz que corría en su barrio.

Su mujer, llamada Isabel, era linda, fresca como una rosa, regordeta y sólo contaba veintiocho años. No era muy de su agrado que digamos la devoción del hermano Puccio, pues a menudo la hacía observar abstinencias un poco largas y no muy soportables para una mujer de su edad. Cuando la daban ganas de pasar un rato agradable con él, el buen hombre gastaba el tiempo hablándola de los sermones del hermano Nastagio, de las lamentaciones de la Magdalena o de cosas parecidas, lo cual sentaba bastante mal a la señora.

Un fraile llamado Félix, del convento de San Pancracio, acababa de llegar de París, donde fuera para asistir a un capítulo general de su orden. El padre Félix era joven, buen mozo, hombre de ingenio y muy sabio; el hermano Puccio trabó conocimiento con él, no tardando en quedar unidos por la más estrecha amistad, puesto que el fraile le esclarecía cuantas dudas se le ofrecían, y parecía tan devoto como ilustrado.

Nuestro buen hombre no tuvo dificultad en abrirle las puertas de su casa, donde solía regalarle de vez en cuando con una botella de excelente vino. Isabel le recibía con mucho agasajo, para complacer a su marido. El religioso no pudo menos de admirar la frescura y buenas carnes de aquella mujer, no tardando en notar lo que la hacía falta, y, como hombre caritativo que era,

hubiera querido poder dejar satisfecha a la señora. La cosa no era fácil, mas tampoco le pareció imposible.

Durante mucho tiempo se valió de los ojos para manifestar lo que sentía, y supo llevar tan bien el asunto, que acabó por inspirar a la dama los mismos deseos que le consumían. Cuando estuvo bien seguro de eso encontró ocasión de tener una entrevista a solas con ella, amonestándola para que correspondiera a su amor. Encontróla bien dispuesta a acordarle lo que solicitaba, pero al mismo tiempo muy decidida a no aceptar ninguna cita fuera de su casa ni comparecer a su lado en ningún otro sitio, cosa que imposibilitaba casi por completo la realización del negocio, puesto que Puccio apenas abandonaba su domicilio.

Contento, por un lado, de que la bella fuese sensible a su amor, y desesperado, por otro, de no poder acariciarla, no sabía cómo salir airoso del paso. Los frailes son ingeniosos en todas sus cosas y sobre todo en aquellas que se refieren a la lascivia. Éste, pues, imaginó un expediente bien singular y muy digno de la honestidad de un hombre de sotana.

He aquí el plan diabólico que puso en ejecución para gozar de su querida en su propia casa y casi a la vista del marido, sin que el buen hombre pudiese tener la más leve sospecha. Un día que paseaba con el bendito devoto:

—Veo, querido Puccio —le dice—, que sólo os ocupáis de vuestra salvación, conducta muy digna de elogio; pero habéis emprendido un camino bien penoso y bien largo. El Papa, los cardenales y demás prelados siguen uno mucho más corto y fácil; pero no quieren que se enseñe a los fieles, pues esto perjudicaría a los hombres de sotana que, como sabéis, viven de limosnas. Si los particulares lo conociesen, el oficio del clérigo perdería todo su valor; se daría muy poco a la Iglesia, y nosotros, frailes, no tardaríamos en morirnos de hambre. Mas como sois mi amigo y quisiera probaros de alguna manera lo agradecido que estoy a vuestras atenciones, os lo enseñaría sin ningún reparo si pudiese contar con vuestra discreción.

El hermano Puccio, impaciente en exceso por saber tan precioso secreto, ruega a su amigo que se lo confíe, y le jura, por cuanto hay de más sagrado en el mundo, no divulgarlo.

—De esta manera nada puedo negaros —contesta el padre Félix—. Sabed, pues, mi caro amigo, que el camino más corto e infalible para llegar a la mansión de los bienaventurados es, según los sacros doctores de la Iglesia, hacer la penitencia que voy a indicaros. Sin embargo, no vayáis a creer que, una vez hecha, dejáis de ser pecador: todos los mortales pecamos constantemente en este pobre mundo; pero podéis estar seguro que todos los

pecados que hubieseis cometido hasta el momento de hacer la penitencia os serán redimidos y perdonados, y que aquellos que podáis cometer en lo sucesivo sólo se considerarán como veniales, y por tanto, incapaces de condenaros, pudiéndolos borrar unas cuantas gotas de agua bendita. Para cumplir tan saludable penitencia debéis comenzar confesándoos muy escrupulosamente, luego ayunar y hacer abstinencia por espacio de cuarenta días, durante los cuales es preciso no sólo no tocar a la mujer del prójimo, sino ni a la vuestra. Además se necesita que haya una habitación en vuestra casa desde donde podáis contemplar el cielo todas las noches. Os encaminaréis allí a la hora de completas, teniendo la precaución de poner en dicha habitación una tabla ancha y alta, de manera que podáis sentaros encima y que vuestros pies toquen al suelo. Luego os tendéis sobre esa tabla, ponéis los brazos en forma de cruz y, los ojos fijos en el firmamento, permaneceréis en aquella postura hasta la aurora, sin moveros. Si fueseis hombre instruido estaríais obligado a recitar algunas oraciones que os enseñaría de memoria; pero como no lo sois, bastará que recéis trescientos padrenuestros y otras tantas avemarías en honor de la Santísima Trinidad. Al mirar las estrellas tendréis siempre presente en vuestra memoria que Dios ha creado el cielo y la tierra; y los brazos en forma de cruz os inducirán a meditar en la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. A la primera campanada de maitines podéis abandonar aquella estancia de meditación y echaros sobre vuestro lecho a descansar. Luego, por la mañana, trataréis de rezar otros cincuenta padrenuestros y cincuenta avemarías, y si os sobra tiempo, lo emplearéis en vuestros negocios. Después de la comida no faltaréis a las vísperas en nuestro templo o haréis varias oraciones mentales, sin las cuales todo lo demás será. Luego regresaréis a vuestro domicilio, y a la hora de completas volvéis a empezar de nuevo la susodicha penitencia por espacio de cuarenta días. En otro tiempo yo la cumplí, y si os sentís en estado de seguir mi ejemplo, puedo aseguraros que antes del término de los cuarenta días sentiréis los efectos de la beatitud eterna, como me aconteció a mí mismo.

—¡Cuánto os agradezco, mi reverendo, lo que acabáis de notificarme! — contestó Puccio—. La cosa no me parece muy difícil ni muy larga. El domingo próximo espero, ayudado de la gracia de Dios, comenzar tan saludable penitencia.

Y antes de abandonar al fraile volvió a darle las gracias por el servicio que acababa de prestarle.

Apenas Puccio volvió a su casa cuando contó a su mujer la conversación que había tenido con el fraile, la cual, menos sencillota que él, comprendió al

instante que era una astucia del religioso para lograr la ocasión de poder pasar ratos muy agradables en su compañía. La inventiva le pareció ingeniosa y bastante conforme al ánimo de un devoto imbécil; por lo que dijo a su marido que estaba muy complacida de los progresos que iba a hacer para merecer el cielo, y que, al objeto de tomar parte en su penitencia, quería ayunar con él mientras aguardaba la ocasión de practicar ella misma iguales mortificaciones.

El domingo siguiente, el hermano Puccio no descuidó comenzar su penitencia, y el padre Félix, de acuerdo con la mujer, tampoco faltó en hacerla compañía, recreándose los dos de lo lindo, mientras el marido estaba en contemplación. El buen fraile llegaba cada noche un poco después que el devoto había comenzado sus oraciones y cenaba la mayor parte de las veces con su querida antes de meterse en la cama, la que no abandonaba hasta cerca del toque de maitines.

Como el sitio que Puccio había elegido para hacer la penitencia sólo estaba separado por un tabique de la habitación de su mujer, sucedió que una noche el bribonzuelo del fraile, más apasionado que de costumbre y no pudiendo moderar sus transportes, se agitaba de tal manera en brazos de su querida que hacía crujir la cama y temblar el suelo. El hermano Puccio, que rezaba devotamente, sorprendido de semejantes movimientos, que le distraían, interrumpió su rezo y, sin moverse, preguntó a su mujer por qué se movía de aquel modo. La buena señora, alegre por naturaleza y que en aquel instante cabalgaba sin freno, contestóle que se meneaba tanto como podía.

—¿Y por qué lo hacéis? —pregunta el marido—. ¿Qué significan esas sacudidas?

—¿Podéis preguntarme eso? —repuso ella, riendo muy a su gusto de la simpleza de su marido—. ¿No os he oído decir mil veces que cuando uno se acuesta sin cenar se menea toda la noche?

El pobre hombre, creyendo que efectivamente la pretendida abstinencia de su cara mitad era la causa de su agitación por no poder conciliar el sueño:

—Ya te advertí, amiga mía, que no ayunaras —repuso enseguida—, pero puesto que no quisiste seguir mi consejo, trata de dormir y no moverte más, pues la cama se agita de tal suerte que se comunican sus movimientos a esta habitación y tiembla el suelo.

—No os ocupéis de eso, querido amigo, que yo sé muy bien lo que hago; pensad en vuestros asuntos y dejad que yo haga los míos.

El hermano Puccio no volvió a replicar, continuando sus rezos.

Sin embargo, no queriendo nuestros enamorados estar tan cerca del penitente, para que a la larga no entrara en sospechas, buscaron otra habitación distante de su oratorio. La mujer mandó colocar una cama en aquel sitio, en la cual, como es fácil comprender, pasaron muy buenos ratos. Apenas el fraile abandonaba la casa de Isabel cuando ésta se dirigía a su cama habitual, donde descansaba el hermano Puccio terminado su penoso ejercicio. Las cosas siguieron así mientras duró la penitencia. Isabel decía con frecuencia al avisado padre Félix:

—¿No causa risa que hagáis hacer penitencia a mi marido mientras nosotros gozamos las delicias del paraíso?

Aficionóse tanto la picaruela a la ambrosía que le propinaba su enamorado galán, que antes que privarse de ella consintió, terminados los cuarenta días, en verle en otro sitio que no fuera su casa. El compadre la dio gusto a discreción, siendo tanto más liberal cuanto que ambos disfrutaban lo mismo en el negocio, lo cual prueba que es verdad lo que he dicho al empezar mi cuento, pues mientras el pobre hermano Puccio *creía*, por medio de su ruda penitencia, penetrar en el paraíso, lo que hizo fue introducir en él a su mujer y al fraile, que le había enseñado el camino más corto.

EL RUISEÑOR

Vivía en Romaña un excelente gentilhombre, muy apreciado por su mérito, llamado micer Lizio de Valbona. Su mujer, Giacomina, le dio, al declinar de su edad, una niña que crecía bella y gentil a medida de sus años, hasta el punto de convertirse en una de las señoritas más agraciadas de la comunera. Como no tenían más vástagos que ella, la amaban mucho, cuidándola con esmero, esperanzados de casarla algún día ventajosamente.

Por aquel tiempo, y en la misma población, vivía un joven de buena presencia llamado Ricardo, de la familia de los Manardi di Brettinoro, el cual conocía a micer Lizio y lo visitaba con frecuencia, siendo tratado por el dueño de la casa y por su mujer como un hijo. A veces se entretenía en retozar con la niña, a quien encontraba encantadora, cesando aquellas bromas cuando la niña se convirtió en una joven; pero entonces empezaron a amarse de veras. Ricardo se enamoró perdidamente de la muchacha, e hizo cuanto pudo para mantener secreta su pasión.

Mas como a las jóvenes no se les escapa nada en materia de amor, Catalina no tardó en apercibirse de la conquista que hicieron sus gracias, cuyo descubrimiento la llenó de alegría. Desde entonces encontró más amable a Ricardo y no tardó en amarle a su vez, si bien se mantuvo a este respecto tan reservada como él.

Esto intimidaba al joven, que no se atrevía a declarar su afecto, por más que lo deseara, temeroso de no agradar o de no ser correspondido. Cansado, por último, de esta situación, resolvió un día declararse, y aprovechando un momento que se encontró a solas con su adorada, pintóla a lo vivo su pasión, no siendo poca su sorpresa al saber que Catalina correspondía a su amor. Después de decirse cuanto sugiere la mente de dos amantes en semejante caso, alentado por un debut tan feliz, Ricardo concluyó que nada hay tan agradable en este mundo como la unión de dos corazones que se aman con ternura; que sólo dependía de su enamorada hacerle gozar, y disfrutar ella misma, los más dulces placeres, y que alguna complacencia por su parte bastaría para hacerle el más feliz de los mortales.

—Tú no ignoras, querido Ricardo —contestó ella—, que estoy vigilada por mis padres, y por eso no puede hacer lo que deseas; mas procúrame los medios de que podamos vernos sin temor de una sorpresa y te prometo prestarme a cuanto pueda aumentar tu dicha y la mía.

Ricardo, después de reflexionar un rato, la dijo:

—No veo más seguro sino que obtengas el permiso de dormir en la galería que da al jardín; yo trataré de escalarla, aunque está muy alta.

—Si tú crees poder trepar por ella, no dudo que me será permitido dormir en dicha galería.

Y como Ricardo la afirmara nuevamente que escalaría el muro, la joven le aseguró que lo demás no debía inspirarle el menor cuidado. Luego se separaron muy contentos el uno del otro, no sin haberse dado furtivamente mil tiernos besos.

Al día siguiente, Catalina quejóse a su madre de que el gran calor que hacía no la había dejado dormir la noche pasada. Era a fines de mayo.

—Creo, hija mía, que te estás burlando, pues no siento que haga calor.

—Pero yo me estoy abrasando, y me haréis un gran favor si se lo participáis a mi padre, ya que no le diréis más que la verdad. Considerad, por otra parte, que los jóvenes tenemos la sangre más ardiente que las personas de alguna edad.

—Cierto, hija mía; pero es preciso tomar el tiempo como viene. Tal vez esta noche haga más fresco y dormirás mejor.

—Quiéralo Dios, mas no es probable que refresquen las noches a medida que avanzamos hacia el estío.

—¿Qué quieres que haga?

—Vos podéis remediarlo.

—¿Y cómo?

—Permitiéndome, si no le sabe mal a mi padre, que duerma en la galería del jardín. El sitio es fresco y tranquilo; allí oiré cantar al ruiseñor y me encontraré mucho mejor que en mi habitación.

—Ya lo diré a tu padre, y veremos lo que resuelve.

La madre, efectivamente, se lo dijo a su marido. Los ancianos suelen tener ciertas rarezas.

—¿Vuestra hija —objetó Lizio— quiere dormir al arrullo del ruiseñor? Decidla que si no está contenta la haré dormir al de las cigarras.

Enterada Catalina de la contestación de su padre no durmió aquella noche; no siendo causa de ello el calor, sino el despecho. Tampoco dejó cerrar los

ojos a su madre, que dormía en la misma habitación, tales fueron sus quejas sobre el calor. Apenas se levantó la señora Giacomina fue a ver a su marido.

—Preciso es —le dijo— que estiméis bien poco a vuestra hija para sacrificar su salud a vuestros caprichos. ¿Qué os importa que duerma en la galería u en otro sitio? Sabed que no ha cerrado los ojos en toda la noche a causa del calor; ha estado continuamente agotada y hasta me ha impedido dormir a mí. ¿Debe sorprenderos que una niña de su edad se complazca en oír el canto del ruiseñor? ¿No sucede lo mismo con todas las criaturas?

—Bien, concluyamos de una vez —repuso Lizio algo amostazado—; que se coloque una cama en la galería con cortinas de sarga, donde podrá dormir y oír el canto del ruiseñor cuanto quiera.

Informada por su madre de esta conversación, apresúrase Catalina a hacer colocar la cama en la galería, esperanzada de acostarse allí aquella noche. Durante el día hizo lo posible por ver a Ricardo; mas no habiéndole podido hablar, le dio el aviso por medio de una señal convenida entre los dos.

Aquella noche, cuando estuvo acostada, su padre cerró una puerta que daba paso a la galería y a su vez se fue a descansar. Juzgando Ricardo que todos los de la casa dormían, sube, ayudado de una escala, por un muro, desde el cual salta, no sin mucho trabajo y gran peligro, sobre un montón de piedras, y de allí se encarama a la galería sin hacer el más leve ruido.

La joven, que estaba muy despierta, le recibió con el mayor agasajo. Los dos amantes pasaron aquella noche muy agradablemente, haciendo cantar el ruiseñor varias veces, aunque no tan a menudo como deseaban. El pajarito, para cobrar ánimo, sólo cantaba a intervalos, siendo más y más agradable su canto cada vez que volvía a empezar. En una de esas intermitencias, que por cierto no eran muy largas, nuestros amantes, rendidos, sea por la fatiga o por el calor, viéronse sorprendidos por el sueño antes de que despuntara el alba. Estaban desnudos sobre la cama, abrazando la joven a su amante con el brazo derecho, mientras que en la mano izquierda conservaba el ruiseñor que acababa de hacer cantar. Era muy entrado el día y todavía dormían, cuando, habiéndose levantado Lizio y recordando que su hija se había acostado en la galería, dijo para sí: «Debo ir a ver cómo ha pasado la noche Catalina al arrullo del ruiseñor».

Acércase a la cama sin hacer ruido, temeroso de despertarla; entreabre las cortinas y ve a Ricardo y a su hija en la susodicha postura. No despega los labios y con la misma cautela va en busca de su mujer.

—Levantaos enseguida —la dice—; venid a ver a vuestra hija. Sabéis las ganas que tenía de oír al ruiseñor; pues bien, la noche pasada lo ha espiado

tan bien que lo atrapó y aún lo tiene en la mano.

—¿Es cierto lo que decís? —pregunta la madre.

—No lo dudéis, y os convenceréis de ello si me seguís en el acto.

La señora Giacomina salta de la cama, se viste a toda prisa y sigue a su marido, que la previene no haga ruido, mirando a su hija que, efectivamente, tenía cogido al ruiseñor que tanto deseaba oír cantar.

Contrariada de verse engañada a tal punto por Ricardo, en quien nunca hubiese sospechado semejante traición, iba a despertarlo para llenarlo de injurias a no habérselo impedido su marido.

—Guardaos bien de dar el más pequeño escándalo —la dice—, puesto que sería la mayor de las bestialidades. Ya que nuestra hija lo ha elegido por amante tendrálo por esposo. Es rico y de buena cuna; por lo tanto, constituye un partido tan ventajoso como el mejor. Si Ricardo quiere salir de nuestra casa como ha entrado, ha de casarse con nuestra hija, y así, creyendo haber metido el ruiseñor en tan extraña jaula, sucederá que lo habrá hecho en la suya propia.

La dama, viendo lo prudentemente que razonaba su marido, moderó su cólera y dejó descansar a la enamorada pareja, tanto más cuanto que su hija dormía muy bien, sin duda a causa de su fatiga al dar caza al ruiseñor, al que tan aficionada se mostrara.

Pero Ricardo no tardó en despertar, y sorprendido de que el sol estuviese tan alto llamó a Catalina.

—¡Ah, querida mía! —la dijo—. ¿Cómo haré para irme? Ya es muy tarde. ¿Qué partido tomar?

Al oír estas palabras Lizio se acerca a la cama.

—Yo os diré el partido que debéis tomarle dice, descorriendo las cortinas.

Ante tan inesperada aparición, Ricardo creyó llegada su última hora.

—Os pido perdón, caballero —dícele al momento— soy un traidor, un pérfido y merezco la muerte; mas reflexionad que mi crimen proviene del gran amor que profeso a vuestra hija. Castigadme, no me opongo, pero no me quitéis la vida.

—La amistad que te profesaba —replicó entonces Lizio— no merecía tal recompensa por tu parte; mas ya que has desconocido tus deberes hasta tal punto, ya que un transporte de la juventud te ha conducido a faltarme de esa manera, de ti depende salvar la vida y reparar el ultraje que me has hecho. Es preciso que inmediatamente reconozcas a mi hija por tu legítima esposa; de lo contrario, puedes encomendar tu alma a Dios. Ve el partido que quieres

tomar. Decídete con prontitud, pues no estoy de humor de guardarte muchas consideraciones.

Mientras Lizio hablaba de esta manera, su hija había abandonado el ruiseñor y escondídose entre las sábanas. Bañada en copioso llanto, suplicaba a su padre tuviese piedad de Ricardo y a éste que accediese a los deseos del autor de sus días. El joven no se hizo rogar mucho tiempo. La confusión en que lo sumiera su falta, el deseo de repararla, el temor a la muerte y, más que todo, el amor que sentía por Catalina y el ansia de poseerla con toda libertad, determinaron a contestar, sin dudas, que estaba pronto a unirse con ella.

Entonces Lizio tomó una sortija de su mujer y el joven se enlazó con su amante acto continuo, jurándola fidelidad eterna. Terminada la ceremonia, el padre y la madre se retiraron y dejaron reposar a los dos amantes, que bien lo necesitaban. No bien se vieron solos cuando se abrazaron nuevamente, y aunque habían hecho cantar seis o siete veces al ruiseñor durante la noche, hostigáronlo para que cantara otras dos veces antes de levantarse.

Todo induce a creer que los días siguientes no fueron tan afortunados como aquél, puesto que es pájaro el ruiseñor que pierde su voz a fuerza de cantar.

Una vez levantado, Ricardo tuvo una larga conversación con su suegro, y no se separaron sin haberse reído largamente de la aventura.

Pocos días después se celebraron las bodas públicamente, en presencia de los parientes y amigos de los desposados, con todas las formalidades que el caso requiere. La fiesta, que fue brillante y magnífica, verificóse en casa del padre de la señorita, que tuvo motivos para felicitarse de haberla casado tan bien. Asegúrase que el ruiseñor que ella había elegido cantó mucho tiempo a medida de sus deseos.

LAS PESCADORAS

Todos vosotros habéis oído hablar mil veces del rey Carlos *el Viejo* o Carlos I, el cual, habiendo vencido gloriosamente a Manfredo, expulsó a los gibelinos de Florencia e instaló en ella a los güelfos. Durante aquella guerra, un caballero nombrado micer Neri, de la casa de Uberti, obligado a abandonar la ciudad con toda su familia, partió con sus tesoros para ponerse bajo la protección del mismo Carlos. Más tarde, cansado del tráfico y las contrariedades de los negocios públicos, y deseoso de pasar el resto de sus días tranquilo y en la soledad más completa, se retiró a Castello da Mare, donde compró un magnífico terreno plantado de olivos, nogales y castaños, que son los árboles que más abundan en aquel país.

Sobre este terreno, muy poco distante de las demás viviendas, mandó levantar una quinta, agradable y cómoda, con un jardín encantador, en el cual, según se acostumbra entre nosotros, hizo correr algunos arroyuelos y abrir un gran vivero que pronto se vio lleno de peces. Este jardín era objeto de todos sus cuidados, embelleciéndole de día en día.

Hizo la casualidad que el rey fuera a descansar algunos días a Castello da Mare, y habiendo oído hablar con elogio del jardín de micer Neri, tuvo deseos de verlo; pero pensando que pertenecía a un caballero del partido de sus contrarios, creyó que debía obrar familiarmente y dirigirse allí sin ninguna ostentación.

Pasóle recado para anunciarle que al día siguiente iría a cenar con él sin más escolta que cuatro de sus gentiles hombres. Semejante noticia fue muy del agrado de micer Neri, quien, después de dar sus órdenes y de trabajar él mismo para que el recibimiento fuera espléndido, introdujo al soberano en su precioso jardín con las mayores muestras de alegría. El rey lo visitó todo, lo mismo que el palacio, deshaciéndose en elogios.

Las mesas para la cena habían sido colocadas junto al vivero. Empezaron a servir y después de haberse lavado el rey las manos, cada uno tomó asiento según ordenó Carlos, quien hizo colocar a Guido de Monforte a su izquierda y

a Neri a la derecha. Los manjares eran de lo más delicado, excelentes los vinos y el orden del servicio admirable, lo cual dejó muy complacido al rey.

Mientras cenaba alegremente y paseaba sus miradas satisfecho por las agradables bellezas de sitio tan solitario, entran dos jóvenes, de unos quince años de edad, rubias ambas y con el pelo graciosamente trenzado y coronado con una guirnalda de flores. Su rostro era tan hermoso y tan delicadas las facciones, que más parecían ángeles que mujeres. Llevaban una túnica de tela de lino, de deslumbrante blancura, que no tenía, desde la cintura hasta arriba, otros pliegues que los que naturalmente producían un talle elegantísimo y una garganta modelada por las manos del Amor; lo restante, al bajar, se ensanchaba en forma de pabellón y les caía hasta los pies.

La primera, traía en una mano redes y en la otra un palo; la otra cargaba una sartén sobre su hombro izquierdo y en el mismo brazo un fogón y un trípode en la mano; con la diestra sostenía un tarro de aceite y una pequeña flámula encendida.

El rey no pudo mirar sin sorpresa a tan lindas criaturas; sin embargo, no despegó los labios, impaciente por saber a qué conduciría todo aquello.

Pasaron las niñas por delante del monarca, y, con gran timidez, le hicieron una profunda reverencia, dirigiéndose enseguida a la entrada del vivero. Una vez en aquel sitio, dejan en el suelo su carga, y apoderándose una de la red y otra de un palo lánzanse al agua y se zambullen hasta la mitad del cuerpo. Uno de los criados de Neri enciende fuego, derrama aceite en la sartén, aguardando que las nuevas náyades le echen algunos peces.

No tuvo que impacientarse mucho; pues como conocían ellas muy bien el agua donde batallaban, la que llevaba el palo no tardó en hacer entrar al pescado en la red que sostenía su compañera, y lo tiraban a medida que lo iban pescando al criado, el cual lo metía vivo en la sartén. Los mejores fueron echados delante del monarca, que se divertía mucho en verlos freír, y, para animar la broma, a veces, volvía a echar algunos de los que caían a su lado a las lindas pescadoras. Este entretenimiento duró todo el tiempo que el cocinero tardó en freír el pescado, no tanto por lo delicado de sus carnes como por la manera agradable como había sido preparado.

Por último, las jóvenes salen del vivero; el agua que había pegado sus ropas al cuerpo, permitía ver todos sus contornos y demás partes, y pasaron por delante del rey más tímidas porque estaban más bellas. Ninguno de los presentes dejó de contemplar y prodigar sus elogios a tan amables ninfas; pero a nadie causaron tan honda impresión como al rey, cuyos atentos ojos las habían examinado con tal voluptuosidad, que nada habría podido arrancarle

de tan deleitosa ocupación. Todavía, después de haber desaparecido de su vista, se ocupa de ellas, recuerda sus encantos, sus gracias, su deliciosa turbación; siente que el amor se desliza insensiblemente por su corazón; mas está indeciso sobre a cuál de las dos dará la preferencia, puesto que su parecido es muy grande y ambas le harían dichoso.

Después de soñar un buen rato, pregunta a micer Neri quiénes son aquellas dos jóvenes.

—Sire —contesta éste—, son mis hijas gemelas; una se llama Ginebra la bella y la otra Isotta la rubia.

Al oír esto el rey vuelve a elogiar sus encantos y aconseja a Neri que las case, pero éste puso por delante la escasez de sus rentas.

Sólo faltaban los postres. Las náyades volvieron a comparecer con un nuevo atavío, aunque no menos seductor que el primero. Un ligero tafetán cubría sus delicados miembros. Las dos llevaban, en fuentes de plata, frutas de la estación que colocaron delante del monarca. Y habiéndose enseguida retirado de la mesa, desplegaron las dulzuras de su voz armoniosa, en una canción que empezaba así:

*Lá ov'io son giunto, Amore,
Non si poría contare lungamente...*

El rey creíase trasladado al paraíso e imaginábase oír cánticos angélicos. Después del cante echáronse a los pies de Su Majestad pidiéndole las permitiese retirarse, lo cual las fue otorgado, si bien hubiera deseado el monarca retenerlas a su lado algunos momentos más.

Terminada la cena, Carlos montó a caballo dirigiéndose a su palacio con su acompañamiento, alimentando en su pecho la nueva pasión que le atormentaba, la cual, por el momento, no trascendió a la corte. Sin embargo, entre el bullicio de los más arduos negocios, la imagen de las dos hermanas, y sobre todo la de la bella Ginebra, no se apartaba de su memoria.

Había sido tan fuertemente aprisionado en las redes del amor que no podía salir de ellas. Con frecuencia visitaba a micer Neri, ocultando con fútiles pretextos tan extraordinaria familiaridad. En fin, viendo que no podía resistir por más tiempo la impetuosidad de sus deseos, y no hallando otro medio para satisfacerlos que apoderarse de las que se los causaban, resolvió hacerlo así, comunicando su designio al conde Guido, digno de su confianza por las altas prendas de carácter que le adornaban.

—Sire —contestó éste—, lo que acabáis de decirme me sorprende tanto más cuanto que, habiendo estado desde mi infancia al servicio de Vuestra Majestad, conozco mejor que nadie vuestro temperamento e inclinaciones. Nunca durante vuestra juventud me apercibí que el amor, pasión natural de aquella edad, os hubiese desvelado en lo más mínimo. Así, pues, muy extrañado ha de parecerme que haga mella en vuestro pecho cuando la vejez está próxima a llamar a vuestras puertas. Si me fuese dado aleccionaros, os diría que, en las circunstancias actuales, esto es, en un reino conquistado apenas, en medio de una nación extraña, falsa y pérfida, no terminados aún los más importantes negocios, abandonarlos para ocuparse de un amor frívolo, es portarse, no como rey magnánimo y discreto, sino como un joven débil e imprudente. No me expreso bien todavía. Queréis, decís, privar a un padre de lo que más ama en el mundo, a un padre que os ha albergado en su casa, os ha agasajado mejor de lo que permiten sus medios, y el cual para honraros y demostraros la confianza que vuestra fe le inspira, os ha presentado a sus hijas casi desnudas. ¿Pretendéis acaso que pierda el buen concepto que de vos tiene formado? ¿Habéis olvidado ya que sólo a las violencias cometidas por el rey Manfredo debéis el sentaros en el trono de este reino? ¡Qué traición podría compararse a la que intentáis cometer! ¡Cómo! ¡Arrancar la honra, la esperanza, el consuelo del alma de un hombre de quien fuisteis huésped! Pensad lo que de vos se hablaría. Tal vez creéis que bastaría con decir: es gibelino. ¿Ha cambiado la justicia de los reyes? ¿Desde cuándo les es permitido abusar de la confianza de un hombre que se ha colocado bajo su protección, para perderle y acuchillar a quien se echa en sus brazos creyendo salvarse?

Habéis conseguido una gran victoria sobre Manfredo, mas tenéis que conseguir otra más victoriosa sobre vos mismo. Vos, que debéis servir de ejemplo a lo demás, sabed vencedros, ahogad los deseos criminales, y no echéis sobre vuestro nombre una mancha que lo haga aborrecible a las generaciones futuras.

Tales palabras acibararon el alma del monarca, afligiéndolo tanto más cuanto que eran justísimas y sentía todo el peso de ellas. Por fin, después de lanzar de lo más profundo de su pecho hondos suspiros, contestó:

—Mi querido conde, no hay enemigo, por temible que le supongáis, que no sea más fácil de vencer con valor y experiencia que el domar uno sus propios deseos; pero, aunque empresa difícil y que necesita de todas mis fuerzas para ella, vuestras palabras me han infundido tal ánimo, que intento probaros que sé gobernarne a mí mismo tan bien como a los demás.

Algunos días después, de regreso a Nápoles, resolvió, tanto para alejar de él la ocasión de cometer alguna villanía como para recompensar al caballero, casar a las dos hijas de Neri, aunque le costaba gran trabajo ceder a otro los atractivos que hubiera deseado para sí. Después de obtener el consentimiento del padre, entregó a Ginebra la bella a micer Maffeo da Palizzi, e Isotta la rubia a micer Guillermo della Magna, ambos altos señores y caballeros muy afamados por su ánimo. Hecho ese penoso sacrificio, se retiró a la Pulla llevando el luto de su alma. Finalmente, después de grandes combates y no poca pena, logró romper sus cadenas, quedando enteramente libre de aquella pasión.

Algún lector me dirá tal vez que no hay nada de sorprendente en el hecho de que un rey case a dos jóvenes. Convengo en ello; pero si se añade que el rey es todopoderoso y estaba enamorado, el acto se trueca en verdaderamente admirable. Luego, grande mostróse Carlos I en esta ocasión, pues supo honrar la virtud de un gentilhombre, recompensar la hermosura de sus hijas, y, lo que vale más aún, domar sus ímpetus.

LA ALBAHACA SALERNITANA

Vivían en otro tiempo en Mesina tres hermanos, comerciantes, que quedaron muy ricos a la muerte de su padre, hijo de San Gimignano. Tenían una hermana, joven y linda, llamada Lisabetta, la cual se mantenía soltera, aunque varias veces había tenido ocasión de casarse. El encargado de la tienda, sobre el que descansaba casi todo el peso de los negocios, era un joven de Pisa llamado Lorenzo, de rostro agradable y de carácter muy afable. La preciosa Lisetta enamoróse de este joven, y como él lo supiera púsose muy contento y abandonó todas sus queridas en honor a su nueva conquista.

Teniendo ocasión los dos amantes de verse y hablarse con frecuencia, no tardaron en darse señaladas muestras de ternura. El comienzo de su intriga tuvo todo el éxito que podían esperar a la par que se mantuvo secreto; pero la suerte quiso que el mayor de los hermanos encontrase una noche a Lisabetta en el momento de ir a entrar en el cuarto de su amante. El joven, si bien irritado por la conducta de su Hermana, de la que no había sospechado hasta aquel momento, supo contenerse y aguardó al día siguiente para participar el descubrimiento a sus hermanos.

Bien madurada la cosa por parte de los tres, resolvieron soportar secretamente una afrenta que sólo podían lavar con la venganza, y esto no era posible sin deshonar a su hermana y cubrirse ellos mismos de vergüenza, y esperaron que no tardaría en presentarse la ocasión de poner remedio al mal sin comprometerse. Fingieron ignorar lo que pasaba y trataron a Lorenzo como de costumbre, para no dar a que sospechara que estaban enterados de sus amoríos.

Sin embargo, como el comercio de galantería seguía su camino y podía llegar a tener consecuencias desagradables para su hermana, se cansaron de esperar y tomaron el partido de romper por todo. En vista de lo cual invitan un día a su dependiente a dar un paseo con ellos fuera de la ciudad, y llegados a un sitio muy solitario, échanse de improviso sobre él y le apuñalan sin darle tiempo de poner la más leve resistencia. Después de enterrarlo sigilosamente llegaron a Mesina, donde hicieron correr la voz de que habían enviado a

Lorenzo fuera de la ciudad para un negocio de su ramo; cosa que fue creída, ya que otras veces había desempeñado comisiones de esta naturaleza.

Pero como no volviese, Lisabetta, a quien en manera alguna acomodaba su ausencia, no cesaba de preguntar a sus hermanos si tardaría mucho en llegar. Un día que repetía con ahínco la misma pregunta; la dijo uno de sus hermanos:

—¿Qué significa esto? ¿Qué te va ni qué te viene con Lorenzo para mostrarte tan ansiosa de su llegada? Si lo nombras otra vez serás tratada como mereces.

Asustada por tan brusca respuesta y no sabiendo a qué atribuir esta amenaza, no se atrevió a preguntar más por él. Pero no podía olvidarlo y se lamentaba de su dilatada ausencia. De noche le llamaba en sueños, suplicándole viniera a enjugar sus lágrimas y mitigar las penas que le causaba vivir lejos de él. Estaba inconsolable, si bien no se atrevía a quejarse a nadie. La imagen de su amado no la abandonaba ni un momento. Una noche, después de exhalar sus habituales quejas, quedóse dormida. No bien hubo cerrado los ojos, cuando creyó ver a Lorenzo en persona, pálido, desencajado, con las ropas destrozadas y manchadas de sangre, y la hablaba así:

—¡Ay, mi querida Lisabetta, en vano tú me llamas y te atormentas lamentando mi larga ausencia! Sabe, ángel mío, que ya no puedo volver a tu lado. Tus hermanos me han asesinado el último día que nos vimos.

Y después de indicarle el sitio donde había sido enterrado, desapareció.

La joven, al despertar, creyó en el sueño como artículo de fe, y empezó a llorar amargamente. Después de levantarse estuvo tentada de ir a contar el sueño a sus hermanos; pero reflexionándolo bien se contuvo, temerosa de agriarlos más. Resolvió, sin embargo, acudir al lugar señalado, para ver si aquel que se le apareciera realmente había muerto. Habiendo obtenido de sus hermanos permiso para ir a pasear en las afueras de la ciudad en compañía de su antigua aya, encamínase derechamente al lugar indicado.

Su primer cuidado es buscar la tierra que parecía removida más recientemente, deteniéndose y abriendo un hoyo en una colina. Al poco rato da con el cadáver de su infortunado amante, que estaba incorrupto y nada desfigurado, viendo con dolor realizado su sueño. Tan triste espectáculo renueva sus lágrimas y lamentos, mas juzgando no ser aquel lugar a propósito para abandonarse a su dolor, suspende el llanto para pensar lo que convenía hacer con el cuerpo de su amante. Si hubiera podido lo habría hecho enterrar decentemente; pero en la imposibilidad de ejecutar ese proyecto, córtale la cabeza con un cuchillo que llevaba, la envuelve en un pañuelo, colócala en el

delantal de su criada y vuelve a su casa después de cubrir nuevamente de tierra el inanimado tronco. Al encontrarse en su habitación ante la cabeza de su amante Lorenzo, la besa con los mayores transportes de dolor y la riega con sus lágrimas.

No sabiendo cómo sustraerla a las miradas de sus hermanos, imaginó colocarla en uno de esos grandes jarrones donde se planta la mejorana u otras flores. Comienza por envolverla en un precioso pañuelo de seda, luego la cubre de tierra, y planta encima una lindísima albahaca salernitana, con intento de no regarla sino con agua de rosas o de azahar, o con sus lágrimas.

La pobre no se cansa de admirar aquel tiesto querido que encerraba los preciosos restos de su caro Lorenzo. A veces era tan grande su llanto que la albahaca sobre que se apoyaba quedaba inundada con sus lágrimas. El asiduo cuidado que de esta planta tenía, unido al abono que le producía la cabeza, la hacían crecer a ojos vistas, siendo cada día más linda y olorosa. Lisabetta, por el contrario, desmejoraba de día en día; tenía los ojos hundidos, el rostro flaco y descarnado, y sus facciones volviéronse tan repulsivas como agradables habían sido.

Sorprendidos sus hermanos por un cambio tan notable, supieron por una vecina, que lo vio desde su ventana, que su infortunada hermana pasaba horas gimiendo y llorando ante un jarrón que no cesaba de contemplar. Reconviniéronla por ello, y viendo que continuaba lo mismo se lo quitaron de delante. Echándolo de menos Lisabetta lo pidió con las mayores instancias; pero sus hermanos no quisieron devolvérselo, lo cual la apenó tanto que cayó gravemente enferma. Durante su enfermedad pedía sin cesar el tiesto.

Sorprendidos sus hermanos de capricho tan singular, quisieron ver lo que contenía; quitaron la tierra y encontraron una cabeza humana, en tal estado, que pudieron reconocer fácilmente ser la de Lorenzo. Fácil es comprender su sorpresa. El temor a que fuese descubierto su crimen, les determinó a enterrarla y huir inmediatamente de Mesina, retirándose en secreto a Nápoles y dejando a su pobre hermana Lisabetta presa del dolor. La pobre joven, que incesantemente preguntaba por el jarrón, no tardó en expirar. Su extraña muerte, la desaparición de sus hermanos y algunas palabras escapadas a la mujer que la acompañara al sitio donde estaba enterrado Lorenzo, hicieron casi público el suceso, y sobre esta aventura se compuso un romance todavía en boga.

LOS CONSEJOS DE SALOMON

La fama de la milagrosa sabiduría de Salomón se había esparcido por todo el universo, sabiéndose al propio tiempo que no se desdeñaba el gran sabio en dar pruebas de ella al que se las pedía. De todas partes acudían a verle y se le consultaba sobre asuntos más áridos y espinosos. Un joven gentilhomme de la villa de Lajazzo, llamado Meliso, púsose en camino para ir a verle; encontró en el camino otro joven llamado José, que se dirigía a Jerusalén con el mismo objeto. Continúan juntos el camino, se informa sobre su cuna, su patria y el propósito de su viaje; José le informa que va a consultar a Salomón para saber cómo debía conducirse con la mujer más difícil, desagradable y mala que Dios había criado, habiendo llegado a corregirla hasta entonces, ni ruegos, ni amenazas, ni caricias, ni halagos. Interrogado a su vez Meliso por José, contestó:

—Soy natural de Lajazzo, joven, rico, generoso de buena casa y honro a todos mis conciudadanos; pero mi desdicha es cual la vuestra; a pesar de mi celo y mis dispensios todavía no he podido hallar un amigo. Voy, por tanto, lo mismo que vos, en busca de Salomón para consultarle sobre el medio de ser amado.

Llegados a Jerusalén, son conducidos a presencia del rey. Meliso compareció el primero y contó su historia:

—*Ama* —le contestó Salomón.

Y le dejó solo después de tan lacónica respuesta. Entra José y le cuenta su desdicha:

—*Vete al Puente de los gansos* —fue el único consejo que obtuvo.

Reuniéronse los dos y se comunicaron las respuestas del sabio rey, considerándolas como enigmas incapaces de descifrar, o como palabras vagas que, no teniendo la menor relación con sus asuntos, parecían haber sido pronunciadas para burlarse de ellos. Muy descontentos de su viaje abandonaron Jerusalén, regresando a su país.

Después de algunos días de marcha llegan a un caudaloso río sobre el que se tendía un magnífico puente. En aquel momento le atravesaba un gran

convoy de caballos y mulos que impedían el paso a los transeúntes, de suerte que nuestros dos viajeros se vieron obligados a aguardar que pasaran aquellos animales. Todos habían desfilado y sólo quedaba un mulo taciturno que no quería andar. El mulero empuña un garrote y primero le pega con suavidad, mas como el mulo no obedeciese, redobla los golpes y esta vez con fuerza, sacudiéndole los ijares, la cabeza, las ancas; pero todo inútil. José y Meliso, que aguardaban a que el paso estuviese franco, compadecidos del pobre animal, decían:

—¡Verdugo! ¿Acaso quieres matarlo? ¿No puedes intentar arrastrarle con más dulzura? No cabe duda que nos parecerías más humano.

—Caballeros —contestó el mulero— ustedes conocen sus caballos y yo mi mulo; déjenme a mí.

Dicho esto redobla los golpes, hasta que al fin la bestia pasó el puente. Antes de abandonar aquel sitio José preguntó a un hombre que allí había sentado, cómo se llamaba aquel puente.

—Caballero —contestó el interpelado— le llaman *Puente de los gansos*.

Entonces José se acordó de las palabras de Salomón.

—Empiezo a ver claro —dijo a su compañero— en el consejo que me dio el sabio, y que creo excelente. Hasta ahora no he sabido apalear como se debe a mi mujer; pero ese mulero acaba de darme una lección que no desaprovecharé.

Llegados a Antioquía nuestros viajeros, José retuvo a Meliso algunos días para que pudiese descansar. Aquél fue recibido con bastante agasajo por su mujer, a la que dijo les preparase una cena conforme al gusto de su amigo. Éste, obligado a plegarse a tal acto de cortesía, dio sus órdenes; pero ninguna fue ejecutada, ofreciéndoles una cena completamente al contrario de lo que hubo dicho. Irritado, José dice a su mujer:

—¿Acaso se te había dicho de qué debía componerse nuestra cena?

—¿Qué significa esto? —replica la mujer agriamente—. ¿Qué tengo que ver con las órdenes de los demás? Yo hago lo que me da la gana. Que la cena te guste o no poco me importa.

Sorprendido Meliso de la respuesta de aquella mujer, no pudo menos de censurarla; pero José, más irritado que sorprendido, dijo:

—Mujer, te encuentro lo mismo que cuando te dejé; mas te aseguro que sabré hacerte mudar de carácter.

Y volviéndose del lado de Meliso.

—Amigo mío —le dice— veremos si es bueno el consejo de Salomón; si bien te ruego no tomes a mal lo ponga en ejecución delante de ti y que no

creas sea cosa de juego lo que vas a ver. No te ofusque mi empresa, y recuerda la contestación que nos dio el mulero cuando nos enterneçimos por la suerte del mulo.

—Estoy en tu casa —repuso Meliso— y me he propuesto no hacer nada que te desagrade.

Como José hallara a mano una vara de fresno verde aún, sube a la habitación donde su mujer había ido a esconder su despecho; la agarra por los cabellos, la arroja a sus plantas y la apalea como un desesperado. Al principio ella grita, amenaza, y viendo que ni gritos ni amenazas ablandan a su marido recurre a los ruegos; jura, promete hacer en lo sucesivo cuanto él quiera, y a pesar de su arrepentimiento, redoblan los golpes sobre sus costillas hasta que el cansancio pone fin a aquella escena.

José va en busca de Meliso, y le dice:

—Mañana veremos qué milagro habrá operado el consejo de ir al *Puente de los gansos*.

Después de reposar un rato, se lava las manos; luego se sientan a la mesa, y llegada la hora de descansar se acostaron. En cuanto a la pobre mujer, bien que mal, logró tirarse en una cama; al día siguiente se levanta temprano, va a ver a su marido y le pregunta qué quiere para comer.

Éste, riéndose con Meliso, se lo dice, y llegada la hora de la comida encuentran servida la mesa conforme se había ordenado. Así fue que tanto José como su amigo no pudieron menos de elogiar la sabiduría del consejo que al principio no habían podido comprender.

Algunos días después Meliso, de regreso a su casa, confió a persona discreta la respuesta de Salomón. Ésta le dijo:

—No podía daros consejo mejor. Ya sabéis que vos no amáis a nadie: las fiestas que dais, los placeres que os procuráis, no significan amistad hacia nadie, sino egoísmo, nada más que egoísmo y vanagloria. Amad, pues, como os ha dicho Salomón y seréis amado.

Así fue como José logró corregir a su mujer y Meliso tener amigos.

Notas

[1] Mixtificarle. <<